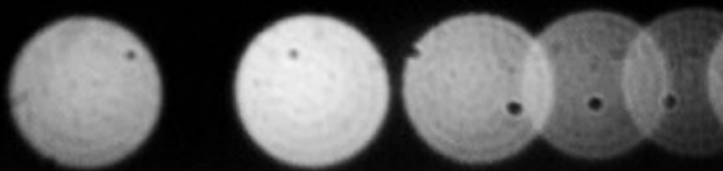


Perplejidad y otros relatos



José Palacios

PERPLEJIDAD Y OTROS RELATOS

Perplejidad y otros relatos

José Palacios



Ediciones Perdidas

Ediciones Perdidas
Asociación Cultural Libros de Arena
Camino de los Espejos 51
04131 Retamar - Almería
www.librosdearena.com

Foto de portada:
Perplessità. Roberta Palazzo

ISBN 978-84-937160-8-0
Dep. Legal AL-954-2012



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-CompartirIgual 3.0 España

Trabajo fácil

Dejó el coche a la entrada del pueblo, junto a un muro semiderruido. Aunque no era muy tarde, ya comenzaba a oscurecer. A esa hora, en invierno, el día deja paso a la noche casi de golpe. Hacía frío, el viento subía por la empinada pendiente que llevaba hasta el pueblo, del que solo se veían las primeras casas y los tejados de las que se encontraban, detrás, un poco más altas. Hacia el oeste, por la parte de la ladera que descendía, el sol oculto entre las nubes despedía sus últimos rayos, coloreándolas como en un dibujo infantil. Demasiados colores para esa tarde helada.

Echó a andar, cuesta arriba, con el cuello hundido entre las solapas del abrigo. Al llegar a la plaza se paró. Era la parte más alta del pueblo. El viento la barría por los cuatro costados, haciendo remolinos en los ángulos, levantando polvo y papeles sucios en espirales sin sentido. La plaza de los vientos. Estaba totalmente desamparada, soplase el viento que soplase, no se podía permanecer allí mucho rato sin helarse. La gente del pueblo tenía que saberlo bien, pues no se veía un

alma. Escogió sin pensar una de las calles laterales que daban a la plaza, casi al final creyó ver el cartel que anunciaba un bar y se dirigió hacia él.

Los viejos que jugaban a las cartas y al dominó vieron entrar a un hombre ya mayor, forastero sin duda, arrebujaado en un abrigo gris de lana. Tenía poco pelo, y alguno pensó que una boina le hubiera venido muy bien a ese señor, con el día que hacía. El hombre pidió un café y un coñac, le daba igual la marca. Encendió un cigarrillo negro y bebió la copa en dos tragos. Pidió otra. Sin apoyarse en la barra, sin acercarse demasiado siquiera, como si no deseara rozarse con el zinc sucio del mostrador, bebió despacio su segunda copa, mientras fumaba con profundas caladas. Tomó el café sin azúcar, ya casi frío.

Su rostro era severo, pálido, muy bien rasurado, aunque la piel era flácida y enfermiza. Una cara más, anónima, no muy amistosa pero tampoco agresiva. Un tipo cualquiera, viajante de comercio, casi seguro. Se desabrochó el abrigo cuando entró un poco en calor; jersey negro, pantalones negros. Quizá había venido a un entierro, pensó el camarero, pero ¿quién había muerto? Que él supiera, hacía varios días que no moría nadie en el pueblo.

Siguió callado, mirando las botellas, el almanaque grasiento, los chorizos y el jamón que colgaban inertes sin la molestia de las moscas.

Apuró la copa, mirándola durante unos segundos, pensando quizá si sería suficiente. El camarero se acercó e hizo un gesto con la botella. El hombre asintió lacónicamente y sacó otro cigarrillo.

Fuera, se hacía de noche. Solo la débil luz de la farola de la esquina abría un semicírculo iluminado en la calle. Hasta el otro extremo, donde había otra, la oscuridad era casi total. La puerta del bar proyectaba un pequeño rectángulo amarillento en el cemento oscuro. El viento seguía soplando con ligeros murmullos que sugerían la inutilidad de enfrentarse a él. Lo mejor era permanecer en un sitio caliente; en casa, sentado frente a la chimenea; o en el bar, cerca de la estufa de leña, con unas copas de coñac o aguardiente, que tanto se agradecían en esas malditas tardes de invierno.

Apuró su tercera copa. Ya estaba bien, no tenía que emborracharse. Miró al camarero y éste se acercó. Pagó, y en voz baja, profunda, le preguntó algo que los que estaban en el bar no pudieron oír; solo cuando se hubo marchado supieron — gracias al camarero que, para variar, no era muy reservado —, que el hombre había preguntado por una de las calles del pueblo. La curiosidad general quedó satisfecha y siguieron jugando a las cartas. Nadie recordaría a aquel hombre que habían visto solo de reojo y que no tenía nada de particular.

Caminó despacio, siguiendo las indicaciones

recibidas, bajando una pequeña cuesta, girando a la derecha, atravesando después un arco, y luego a la izquierda. La calle era una especie de hondonada, bajaba en marcada pendiente para, después de un tramo llano, volver a subir. Descubrió la casa que buscaba solo unos metros antes de llegar hasta ella. Tenía que ser ésa. Era la única con ese aspecto de casa de rico pobre de pueblo, la fachada roja ya casi desteñida que la oscuridad hacía aún más decrepita, la puerta de madera estropeada desde siempre, las redondas ventanas sucias de la buhardilla, y el pequeño escudo en la fachada. No cabía duda. Esa era la casa.

Se paró. Sacó un cigarrillo y lo dejó colgar de sus labios. Con las manos en los bolsillos se acercó a la puerta. Llamó con la mano izquierda, la derecha siempre en el abrigo. Al poco, se abrió la puerta y apareció un hombre. No se le veía la cara, solo el contorno del cuerpo y de la cabeza se dibujaban en el contraluz producido por la claridad interior, que lo iluminaba por la espalda. Miró durante un segundo esa figura, confirmando que era la de quien buscaba. Lentamente extrajo de su bolsillo izquierdo una pistola con silenciador, apuntó al corazón y disparó. Solo se oyó la amortiguada detonación de la pistola, un ruido seco y débil, uno más imperceptible en la noche, sin importancia. El otro cayó desplomado. No se había llegado a pronunciar una palabra. Con un

pie, apartó la mano que impedía cerrar la puerta, echó una última ojeada al interior. Nada se oía. Cerró la puerta y siguió andando hacia el otro extremo de la calle, por donde no había venido.

La calle ahora se empinaba de nuevo. Caminó despacio, no tenía prisa, hasta la esquina donde la calle se cruzaba con otra, más estrecha, también en cuesta, el pequeño cruce iluminado por una bombilla solitaria, que apenas conseguía disipar la oscuridad. Se paró y encendió el cigarrillo. El trabajo ya estaba hecho. Trabajo fácil, como de costumbre, ahora solo le quedaba marcharse. Ir a su coche y alejarse sin prisa, volver a la ciudad. Oyó voces y unos pasos que se acercaban. Instintivamente se volvió, su rostro ligeramente tenso, dos hombres se acercaban charlando, encogidos por el frío, camino de algún bar. Cruzó la calle, buscando el lado más oscuro. No hacía falta. Nadie lo recordaría, nadie lo reconocería, su descripción sería ambigua, incoherente, contradictoria. Ni el camarero ni la gente del bar daría pista alguna. Un fantasma. Pensó con qué facilidad cree la gente en fantasmas. Echó a andar.

Oyó un ligero silbido y algo le pasó rozando la oreja. En la pared donde se incrustó la bala se levantó un poco de polvo. No podía haber dudas, le habían disparado, con un silenciador además, seguro, pues no había habido el disparo. Rápidamente sacó su arma, se apoyó en la pared y miró

alrededor, pero no vio más que a los dos hombres que se alejaban tranquilamente, ignorando que alguien había intentado matarlo. Estaban ya demasiado lejos. No podían haber sido ellos. Pero ¿quién? Se quedó parado, mirando lentamente alrededor, esperando el menor movimiento, el menor sonido, pero solo encontró la oscuridad y el indiferente silbido del viento. No podía hacer callar al viento. Despacio, comenzó a andar de espaldas, luego se dio la vuelta y corrió unos metros, hasta la siguiente esquina. Se paró. El corazón le latía con fuerza. ¿Le habían disparado? Ahora lo dudó. Ya estaba un poco viejo para que le surgieran imprevistos, por eso solo le encargaban lo más sencillo. No podía correr mucho. Respiró profundamente, intentando tranquilizarse un poco. El coche no estaba demasiado lejos. Tenía que llegar hasta él. Sí, ahora estaba seguro, le habían disparado. Alguien lo perseguía.

Pero antes de que acabara de estar seguro, antes de pensar cómo y quién, sintió algo en el brazo derecho, una picadura, un mordisco; no le dolió de inmediato pero supo qué era. Poco a poco empezó a quemarle, justo por encima del codo. Era su brazo izquierdo, menos mal. Pero ¿quién había disparado?, ¿desde dónde? Tenía que marcharse rápidamente, huir, llegar al coche. Salió corriendo por la estrecha calle, al llegar al final oyó cómo otra bala se adelantaba a su carrera y

mordía la esquina un segundo antes de que él llegara. Se puso al otro lado con el arma levantada y esperó. Asomó un milímetro la cabeza, esperando ver a alguien dirigiéndose hacia él, pero el callejón estaba vacío.

Un fantasma, antes había pensado en un fantasma, pero sabía que los fantasmas no existían, que era solo un modo de nombrar lo desconocido. Los fantasmas no disparan con silenciador. Oyó pasos de nuevo, pero a su espalda. Se giró rápidamente y vio venir a un hombre solitario, caminando despacio, mirando al suelo. Guardó el arma en el interior del abrigo, apuntando siempre al hombre. Este lo miró un instante, pensando qué haría ahí parado en la esquina, con ese frío de perros, esperando a alguien posiblemente. Buenas noches. Buenas noches, respondió el hombre. Siguió su camino, y desapareció por una calleja. Nunca supo lo cerca que había pasado de la muerte.

Respiró. Enfrente había un portal grande, oscuro. Se metió en él. Durante un buen rato estuvo agazapado en la húmeda sombra del viejo portón, esperando el momento. Pero nada ni nadie pasó por la calle, ni se asomó siquiera a una esquina, el instinto que da la experiencia le decía que allí no había nadie, que solo estaban él, el frío y la noche. Pero no se fiaba. Esperó un rato más. Probablemente el otro sabía dónde tenía el

coche y lo esperaría allí. Pero ¿cómo podría saberlo? No, no podía saberlo. Era una búsqueda en caliente. Alguien estaba con el tipo aquel, solo eso, y había salido detrás de él. ¿Lo habría despistado?, ¿sería un profesional? Era extraño, el hombre muerto no era importante, solo un pendejo con mala suerte y peor cabeza, no había sabido bien con quién se las veía. Ahora estaba muerto. Eso era todo. ¿Entonces?

Salió del portal. La calle era más ancha y llevaba hasta la plaza. Una farmacia, una tienda de ropa, una panadería, debía de ser la calle principal. Caminó despacio, mirando hacia todas partes sin mover casi la cabeza, atento al menor ruido, intentando oír detrás del murmullo del viento. Le dolía el brazo, le quemaba, pero tenía frío, los pies helados. Llegó hasta la plaza. Estaba vacía. La estaba cruzando cuando alguien apareció por la calle opuesta. Se puso rígido y su mano se agarrotó al arma. Pero inmediatamente se relajó. Era un niño, solo era un niño, que caminaba despacio, con ese ritmo inconsciente, juguetón, que tienen los niños al caminar. Se cruzaron, ni tan siquiera se miraron, el hombre ya podía ver su coche al final de la calle.

Cuando sintió el disparo en la espalda era demasiado tarde, casi no le dio tiempo a comprender.

Love in the close

—¿Quieres bajar la bolsa de la basura?

—Después la bajo.

—Da igual, yo lo haré.

—Te he dicho que ahora la bajo.

No quiero irritarme. Estaba más o menos alegre mientras preparaba la cena, luego ha venido ella y, no sé por qué, se me ha torcido el ánimo. Será porque ella tampoco está muy animada, vuelve cansada del trabajo y es peligroso soltar las palabras sin medirlas bien antes, sin meditar el tono, y eso me pone nervioso.

La luz de la cocina es excesivamente blanca, deslumbra. Fuera, en el parque, la oscuridad es absoluta. Una noche sin luna ni estrellas. El cielo lechoso que aquí hace las veces de noche hoy es negro. Hace viento y se oye el rumor de los árboles que se agitan pero no se ven, deben de tantear con las ramas, como los ciegos en la oscuridad, las grietas del viento. Olvido que estoy aquí, me pasa a menudo, me pierdo en mí, o fuera. Pero no demasiado.

—¿Quieres té?

—Bueno.

—¿Leche?

—No.

Tomamos el té en nuestra habitación. Es agosto pero hace frío. Encendemos la estufa. Nuestra habitación era el salón de la casa, tiene chimenea pero en el hueco del tiro hay una estufa de gas, como en todas las falsas chimeneas de Londres. Sisea como una serpiente. Antes, en mi habitación, tenía un calefactor que vibraba como un tractor. Los sonidos del calor.

Pongo la radio. Siempre escuchamos una emisora de música clásica. Suena Scarlatti. Ella odia a Scarlatti. Yo amo a Scarlatti. Apago la radio y pongo una cinta de Mozart oída mil veces. La prefiero a la de Tchaikovski, oída otras mil veces.

Hablamos. Poco a poco nos relajamos, nos va entrando el sopor del sueño y todo se hace más agradable. Nos metemos en la cama y nos acariciamos con la lentitud de las ballenas, casi en sueños. Le cuento en voz baja cómo hacen el amor las ballenas, según Tabucchi. Ella duerme, casi sobre mí, soy su colchón. Cuando no estoy, pone una almohada que me simula, eso quiero creer, y se acuesta sobre ella, abrazada.

Las ramas del árbol que hay delante del salón producen sombras en el ventanal, gracias a la farola que siempre está encendida, día y noche, a la entrada del *close*, esa comunidad de vecinos a

la inglesa. Las figuras aparecen fugaces en la cortina blanca, se inclinan, se alargan, desaparecen. Empiezo a imaginar historias de miedo, pero no puedo tener miedo, no abrazado a ella. Duermo.

Me despierto de pronto, alguien grita, ¿qué ocurre? En el silencio absoluto del *close* se repiten los gritos, muy cercanos. No entiendo nada. Tania, nuestra vecina yugoslava (la casa solo tiene dos pisos, en el de abajo viven una yugoslava, Tania, y un marroquí, Said) se desgañita, de repente su voz se ahoga como si la estrangularan. Llama a Lucy.

—¡Lucy! ¡Lucy! ¡Aaagh!

Las viejas maderas del piso resuenan, chirrían, parecen a punto de romperse, no sé, intento subir desde el fondo de mi sueño, desde abajo de la nada. Cuando recupero un mínimo de conciencia, intento imaginar una muerte pasional. Imposible, no tendré tanta suerte. Parece que se pegan con fuerza, que forcejean, pero todo es hipotético, solo puedo interpretar la confusión. Entran en el apartamento. Ella, más histérica que otra cosa, y atemorizada, pero con rabia de traidora en la mirada. Él encolerizado, más noble. Seguro que le pega porque grita, y ella grita porque él le pega. No sabría decir. Quizá ni ellos lo sepan. Tania corre hacia nosotros como diciendo: ¡defiéndeme! Se cuelga en nuestra habitación y empieza a encender un Ducados tras otro, mis escasos,

preciosos Ducados, entre sollozos y frases entrecortadas. Suicidio, pienso, no fuma pero es el quinto que apura en diez minutos. Se va al baño, llora, vomita, hace ruidos muy raros, irreconocibles. Se queda a dormir en nuestra habitación, en el suelo. A dormir es un decir, porque no para de hablar. Yo no entiendo nada (no tengo ni idea de inglés, aunque esté en Londres) pero Lucy parece escuchar atentamente, durmiéndose. Yo duermo atentamente, con voracidad.

Me despierto y es tarde. Lucy ya se ha marchado al trabajo. Tania está tumbada en el suelo, con los ojos rojos y mirando al techo. Tiene una pinta horrible esta mañana, como si tuviera resaca. Preparo té y me siento en la cama, le sugiero que coma algo. Ella habla y habla. Yo escucho atentamente, aunque sin entender (esta noche no he aprendido inglés, seguro) pero ella me lo explica con las manos, gesticulando: degollina, loco (eso lo sé, *crazy*, por el *crazy cat* de los dibujos animados) me mata, me voy, lo abandono, qué miedo, no me dejes sola, está loco, etc ... ad infinitum. Soy el caballero que defiende al dragón de la princesa asesina, porque Tania es grande, enorme y debe de tener fuerza para matar a cuatro Suids como él, delgado y pequeño, y nada violento, por cierto. Es la persona más tranquila del mundo, de Marruecos, al menos.

Ella sigue hablando, me cuenta con particula-

ridad detalles de su vida íntima con Said que, menos mal, no acabo de entender. Ella ha abortado hace dos días —eso ya lo sabía, pero qué mímica más brutal—, está histérica pero se regodea en su desdicha. Said se ha sentado en su cama, en la habitación de al lado y no se mueve desde hace horas. Me mira resignado cada vez que voy al baño o a la cocina. Bien, así, quietecito, no vaya a ser que se líen otra vez y me pille por medio. Nunca me ha gustado mucho meterme en los asuntos íntimos de las parejas. Aunque se trate de asesinato recíproco, siempre sales mal parado.

Son ya más de las tres y yo sigo en pijama, sin poder ducharme siquiera: ella no quiere que la "abandone" porque él la mataría aprovechando mi ausencia. ¿Y a qué espera? Es inútil intentar explicarle que de querer hacerlo ya lo podía haber hecho. Ni yo hubiera podido evitarlo, ni sería tampoco un buen testigo de la acusación, en caso de juicio.

Aparece Silvie, la vecina (italiana) de enfrente, por el jardín del *close*. La llamo a gritos (con ella sí puedo hablar, en italiano), para que venga a ver si me ayuda a salir de esta historia, historieta más bien. Tania le cuenta todo —para mayor aburrimiento mío, que ya lo he oído al menos tres veces, aunque sin entenderlo— detalladamente, pero sin delicadeza alguna. Silvie me traduce algo, aunque innecesariamente, porque está cla-

ro. Silvie odia a quien aborta porque, en su opinión, es "un miserable asesino de un inocente". Empieza a poner cara de asco y yo me preparo para oír la proclama de la liga antiaborto, pero Tania sigue hablando, sin darse cuenta de nada.

Decidimos hacer una expedición (Said no se atreverá con los tres) a casa de Silvie para telefonar desde allí a una amiga de Tania. Telefonado que se ha, Tania cuenta por enésima vez la historia de su supuesto apaleamiento brutal, ahora a Miguel, el venezolano que vive con Silvie y que acaba de llegar del trabajo. Tania va creciendo en detalles conforme cuenta su historia, conforme la inventa. Miguel, como si oyera llover. Yo decido irme a casa pero... ellos también vienen conmigo.

Miguel hace de mediador entre las partes en conflicto y, en un plisplás, tenemos una hermosa reconciliación en casa, llantos, abrazos, besitos de niño bueno y, esto es lo peor, nueva versión de los hechos contada al alimón por ambos amantes. Extrañamente están muy de acuerdo en la versión, que, por arte de magia, ya no se parece a las previas. Silvie y yo nos vamos a la cocina, evidentemente encabronados los dos, pero por diversos motivos. Miguel se ha marchado. Comemos algo y preparamos café. Los púgiles estarán en otra lucha más tierna, la calma tras la tormenta, parece que se pelean para tener después el placer de reconciliarse, ese par de cochinos. A mí me

ciega la rabia, "que me pringuen de esa manera"... y Silvie también está rabiosa "abortar... asesina". Me ducho y me visto a las siete de la tarde, ya de noche. Lucy debería haber venido hace ya rato. Fumamos un poco de hierba y tomamos una cerveza. Silvie no fuma ni bebe casi nunca. Cuando llega Lucy, Silvie me está contando (hoy es el día de los cuentos contados) su terrible historia con Miguel.

A veces pienso que más que el amor o el odio, nos une la estupidez.

Mañana de verano

Quando tutto va male, va peggio

Es increíble cómo suceden las cosas, cómo se combinan de tal manera que hacen que lo que solo es pura casualidad —maldita casualidad— parezca más bien fatalidad, oscuro castigo del destino o, simplemente, putísima mala suerte.

Me levanté el viernes temprano, hacia las ocho, con la espléndida sensación de que ese día iba a ser bueno, muy bueno. De haberlo pensado dos veces, o de haber imaginado lo que habría de ocurrirme, me hubiese quedado en la cama todo el día. Sin duda. Estaba en condiciones óptimas, cosa bastante difícil de conseguir, para ponerme a escribir: tenía buen humor y ganas, hacía sol, el sol de un agradable día de junio, sin señales, sin presagios de lo que iba a deparar.

Como cada mañana, ordené un poco el apartamento y pensé, hombre práctico, que mientras escribía bien podría hacer además la colada. Preparé la lavadora y la puse en marcha. A estos aparatos se les supone una autonomía plena,

como si fueran seres responsables que por nada del mundo te han de hacer una pifia. Comencé a preparar el café tranquilamente mientras Mozart asustaba al loro —le gusta la música clásica, pero no demasiado fuerte— y recordé que si encendía la cafetera mientras funcionaba la lavadora el automático saltaría y tendría que bajar al sótano a conectarlo de nuevo. Para evitar esto, apagué la lavadora y me senté tranquilamente a tomar mi café y fumar mi primer cigarrillo —el mejor— del día. Mientras tanto me puse a pensar en qué hacer con el idiota protagonista de mi estúpida novela. No tuve mucho tiempo para pensar, algo así como dos minutos, pues sonó el teléfono. Era Fernando, un primo de Maryluz, para ver si ya había ido a la calle Serrano a comprobar los resultados de sus oposiciones, porque a él no se lo querían decir por teléfono, y tampoco iba a venir de Albacete para que le dijeran que había suspendido, como esperaba. Yo había olvidado totalmente el asunto —esto de vivir en Madrid a veces es un coñazo, tienes que hacerle un montón de recados a tus parientes de provincias, que luego, cuando vienen, solo quieren ir al cine o de copas. Los asuntos me los dejan a mí— y como esa mañana estaba dispuesto a escribir, le dije que iría el lunes sin falta. No le gustó mucho la idea de seguir todo el fin de semana en la ignorancia sobre su futuro, pero ése es el precio de la litera-

tura, amigo, sufre un poco como lo hago yo.

Seguí con mi café pensando qué hacer con el tipo ese de la novela —si hacer que se presente a oposiciones y después de cuatro años estudiando, suspenderlo, o matarlo cuanto antes y acabar de una vez— pero recordé que había puesto la lavadora y que, como ya no se oía, debería haber terminado. Decidido, me acerco, la miro, no muy detenidamente, y la abro: me vomita una oleada de agua sucia en las zapatillas. Cierro inmediatamente, pero demasiado tarde, me ha empapado hasta los tobillos y el cuarto de baño está inundado. Blasfemando, refunfuñando, insultando al loro —que, afortunadamente, no me devuelve los insultos pues aún no habla— me dedico durante media hora a recoger agua y dejar el baño como estaba, más o menos, antes de mi desafortunado olvido. Me cambio de zapatillas, calcetines y pantalones. Bueno, son cosas que pasan, me digo, a ti solo, insisto, pero me hago callar, no es cuestión de cebarse en uno mismo. Volvamos a la faena. Esta vez no olvido conectar la lavadora. Faltaría más, uno no tropieza dos veces. Si lo hace, lo hará por lo menos cuatro.

Me senté a la mesa, cogí el teclado dispuesto a no matar a mi personaje sin antes haberle dado una paliza, alguien tiene que pagar, pero el teléfono vuelve a sonar, no, desgraciadamente la Sra. Berta no está, no, no volverá hoy, nunca, espero,

no importa, hasta luego. Si alguien marca mal un teléfono seguro que suena el mío. A la primera hostia que le sueltan a mi "cliente" insiste el maldito teléfono. Es Fernando de nuevo, que el plazo para presentar la documentación acaba el martes y si lo miras el lunes pues que no me da tiempo a ir y que si puedes esta mañana por favor... Bien, está bien. Apago el ordenador. Mi personaje respira hondo, te has librado por ahora pero volveré, no te preocupes. Solo son las once, aún puedo escribir más tarde. A la calle Serrano.

Cuando volvía de mirar las listas, por cierto, había aprobado el cabrón, con lo que hubiese gozado dándole una mala noticia, cuando volvía me crucé con una antigua alumna —no tan antigua, de hace seis meses, no más— que iba del brazo con su madre. Como soy un tipo educado la saludo (¡hasta luego!) sonriente, pero —era muy tímida, la pobre, demasiado, hasta parecía tonta de lo tímida que era; o quizá era tonta y no tímida— ni me miró, puso cara de estar buscando caracoles en el cemento de la acera. La madre sí que me miró como si yo fuese un yonqui violador de hijas tímidas/tontas del brazo de su madre. Claro, señora, lo que usted quiera, me dio por reír y la madre puso cara de estar enormemente ofendida, supongo que pensaría en policías, muchos policías. Adelante pues, a casa, a casa.

Pero mi casa casa no era más que un lago lago.

El agua tiene una lógica espantosa, se extiende hacia donde quiere y, normalmente, hacia el sitio donde puede hacer más daño, donde tienes las cosas más necesarias o más queridas. Siguiendo su principio destructivo, habiendo en casa cantidad de cosas por los suelos, había empapado algunas, tal que un bafle, algunos libros, cintas de música, cosas que había por ahí tiradas como siempre, el tresillo —sin patas, se había empapado como una esponja—, hasta el loro parecía un pobre náufrago en su jaula rodeada de agua por todas partes en mitad de la habitación encharcada, se bamboleaba como un barco. Pobre loro, no es nada pirata, se estaba desgañitando, brrrrrr! brrrrrr! ¿Qué había sucedido? Muy fácil, o muy difícil, depende, en mi caso es de una evidencia aplastante, eso, aplastante. Al limpiar el agua de mi primera inundación (Inundación I) empujé la lavadora hacia atrás, para secar, bloqueando inadvertidamente la goma del desagüe; como el agua tenía que salir por algún lado, eligió el punto más débil —estrategia fatal la de las lavadoras—: el filtro, que salió disparado seguido de toda el agua que cabe en un tambor de lavadora, que es mucha, se lo puedo asegurar.

Ya no era cuestión de lamentar el tiempo que iba a robar a la literatura, o al menos a "mi" literatura, sino más bien de imprecicar a todo lo divino y humano, y sobre todo a lo científico y lo téc-

nico, que me complicaba tanto la vida. Procedí con pasión filológica a mentarle la madre al tipo que inventó esos filtros de lavadora tan pusilánimes mientras, como nuevo Sísifo anfibio, volvía a recoger esa agüita sucia. Me llevó al menos una hora, y eso que descubrí que había un sumidero en el cuarto de baño, y que por ahí podría evacuar parte del agua. El problema consistió en la complejidad del sistema —muy seguro, supongo, pero podían avisar—, la parte inferior de la tapadera, al soltar la rosca, se coló por el agujero y taponó la parte inferior, hizo vacío y se encajó a presión. Me costó lo mío meter la mano en aquel agujero negro de agua sucia para sacar aquella subtapadera inferior B, que se resistía como se resiste un cerdo a ser degollado. Pero lo conseguí. ¡Oh, lo que yo no consiga! Pero quien acabó como un cerdo fui yo.

Bien, una vez seco todo, o casi, porque hay algunas cosas que aún hoy mantienen la humedad, como, por ejemplo, uno de los cantantes de las cintas mojadas ha cogido una pulmonía y canta que parece un moribundo en sus últimos estertores. Si pudiese le pondría supositorios, pero dígame usted cómo. No creo que dure mucho. Una vez todo a punto, decía, pensé que lo mejor sería acabar la colada de una vez, aún estaba a medio lavar la ropa. Pero esta vez con precisión, sin precipitaciones (¡faltaría que lloviese!, pero no hom-

bre, no llueve), con método, analizando todos los factores para evitar cualquier nuevo contratiempo. ¿Contratiempo? Joder, menuda mañana. Limpié bien el filtro de todas sus asquerosas pelusas húmedas; lo coloqué. Bien, segundo paso: dejar el sumidero abierto por si hay una nueva inundación. Bien, correcto. Conectar la lavadora y probar el funcionamiento. Bien. Mal, el filtro se vuelve a salir con su correspondiente chorro de agua sucia. La puta cana. ¿Por qué? ¡Dios! No me haga esas preguntas en estos momentos. Se ha salido, ¿no le basta? Pero como yo estaba allí listo para evitar la debacle, no fue muy grande la riada. Paré todo, cerré el filtro y el agua que había conseguido escapar a su destino de instrumento de colada fue a parar a su destino de sucio e inútil sumidero. Bien. ¿Ve cómo las cosas hechas con orden y lógica al final funcionan? ¿Por qué es usted tan escéptico? Aunque mal, funcionan. ¿Cuál era el problema entonces? Estaba claro, tenía que ser culpa mía, pero yo lo único que había hecho había sido poner el filtro. Así que me despellejé un dedo, el pulgar, que tan útil es, enroscando aquel filtro hasta que, como suele ocurrir con las cosas de plástico, la rosca saltó, se pasó, se pasó de rosca el filtro, sin metáforas. Es algo horrible, como una pesadilla lenta, por mucho que enroques siempre estás en el mismo sitio. Cuando llegas al punto de rosca culminante entonces, pluf,

anticlímax total, al principio de nuevo. La madre que parió a Sísifo. Perdón.

Ya no recuerdo muy bien cómo lo hice. Creo que en esos momentos, y durante un buen rato, me ofusqué un poco, bueno, me cegó la rabia. Creo que golpeé el filtro con una piedra —no tengo martillo pero tengo una piedra gorda en casa ¿quién cree en el progreso?— hasta encajárselo en la mismísima trompa de Falopio, que tiene, se lo juro, cualquier lavadora. Ya no creía que volviese a salirse. Es más, me parecía difícil incluso sacarlo a posta. Todo funcionaba: entraba el agua, giraba el tambor, vamos a ver cómo desagua, bravo, muy bien, no se sale el filtro pero, maravillas de la hidráulica, el agua ahora se salía por el sumidero que no había cerrado, borboteaba hacia arriba como un géiser hijoputa del infierno. Paré todo y tardé otra media hora en conseguir cerrar el sumidero, y sequé por última vez ¡milagro! el baño. Todo taponado y seco, ya podía acabar la colada. Eran las dos y había empezado a las ocho y media. Mientras tanto lavé los platos de la cena de la noche anterior. Cuando acabé de fregar tendí la ropa. Al fin había acabado mi maravillosa mañana de verano. Pude sentarme a fumar un cigarrillo tranquilamente. ¿Había acabado? ¡No! Las fundas del tresillo, todo él, estaban empapadas y sucias. ¡A la lavadora! Menos mal que ahora funcionaba perfectamente.

Como eran ya las tres menos cuarto y a las tres y media debía estar en el médico —me operaron de apendicitis hace dos semanas y, por supuesto, se me ha infectado la cicatriz, o mejor dicho, mi propia carne me ha rechazado: dos puntos rebeldes no quieren unir mis partes bisturianamente separadas— decidí comer algo. ¡Qué hambre que tenía!, hambre sí, pero no tiempo, entre una cosa y otra me quedaba un cuarto de hora para comer. Así que me preparé un bocadillo de tortilla y abrí una cerveza. Me senté tranquilamente pero justo en el primer bocado me llamó Mariluz y tuve que hablar con ella con la boca llena, y sin parar de masticar porque me tenía que ir. ¿Qué cree usted que me dijo el médico? que la herida no estaba nada, pero que nada bien, por tanto más pomadas, gasas, vendas, etc. Y nada de ducharme durante una semana, solo lavarme por sectores. Evité preguntarle si debía numerarlos, subdividirlos, hacer croquis, por si acaso se mosqueaba y me mandaba inyecciones. O supositorios. Odio los supositorios.

A las cinco salimos Mariluz y yo hacia su pueblo. La maleta la hice como se hace la bolsa de la basura: tiras todo lo que pillas dentro y la cierras como puedes. Cuatro horas más tarde —el autobús tarda cuatro malditas horas para hacer 150 km., haga usted la media— y tras habernos endosado un video con 50.000 disparos, 3.000

gritos de violación (el 64% consumadas, el resto evitadas por el bueno a base de liquidar a todos los violadores y sus primos), 38.750 muertos con sus respectivas ruidosas caídas desde lo alto, e innumerables carcajadas, amén de injurias infantiles, retos horteras y la imperdonable escena final con atardecer en Almería, entre chumberas. Olé. Aunque te pongas los loros a tope oyendo a cincuenta músicos heavies tocando cada cual por su cuenta, no evitarás escuchar la película. Verla, no la verás aunque quieras.

Llegamos tarde y yo estaba francamente reventado. Cenamos algo y después decidí cerrar el kiosco por ese día, ya estaba bien. Subí a la habitación. Me hago un peta, pensé, me relajo y me duermo como un bendito. Como un bendito mártir me puse. ¿Sabe usted qué conseguí ese día? ¿Quiere usted saberlo? Un muermo, me puse malísimo. Sudores fríos, vomitonas, en fin... hasta dos horas después no me pude dormir. Ha sido la única vez en mi vida que me he puesto mal con la cañita para dormir. Y luego me dicen que no tengo sentido del humor, que dramatizo, que exagero, que no tengo paciencia. Sí, encima tengo que escuchar todo eso. Seguro que usted también lo piensa. Pero ¿quiere que le diga una cosa?, ¿quiere saber por qué le cuento todo esto? Esta mañana se ha vuelto a salir el filtro de la lavadora.

Poulet au feu follet

Introducción

Les presentamos en esta ocasión una sencilla y original receta combinada con suicidio. Va dirigida en especial a aquellas personas que —por su condición, temperamento o estado— desean tanto abandonar este puerco mundo como hacerlo de un modo cómodo y agradable, exento del dramatismo que generalmente va ligado a este acto. Y qué mejor para ello que acompañarlo con una de las más placenteras actividades: la cocina. Para ello explicamos, en un ordenado proceso, cómo alcanzar los fines propuestos de la manera más rápida y sencilla, sin olvidar en ningún caso la importancia que quien siga nuestras indicaciones concederá tanto al suicidio en sí como a la preparación del plato. Es una ocasión única.

Se incluyen además diversas apreciaciones sobre motivos, justificaciones, materiales complementarios, posibles errores, preguntas frecuentes, así como referencias bibliográficas para el lector erudito que desee motivos, si le faltan, para patear bibliotecas antes del gran acto.

Como hemos realizado nuestra labor con el deseo de que quien intente alejarse de este valle encuentre una grata y efectiva manera de conseguirlo en estas páginas, esperamos que no falle. RIP.

1. Preparación del guisote

1.1. Ingredientes

—Un piso de alquiler lo más caro posible, impagable, con necesidad de tres nóminas de alto ejecutivo para formalizar el contrato. Con revisión anual del precio tres veces superior al IPC que el dueño ha estipulado unilateralmente para ese año. Hay que joder bien al dueño. Si es a través de una agencia, mejor que mejor, dos pájaros de un tiro.

—Un horno, sucio de años, con buen tiro de gas. Si está un poco estropeado, mejor. No es necesario ni que encienda. Solo que tire gas. Olvídese de microondas y mariconadas por el estilo. Piense que para suicidarse convenientemente con estos aparatos hay que ser al menos físico nuclear. Además, no es fácil programar una receta combinada como la nuestra con esos artilugios. Pero si quiere suicidarse con extrañas radiaciones, allá usted.

—Un pollo muerto y desplumado. Importantísimo: No intente nunca desplumar un pollo vivo, pues además del trabajo innecesario, su

carne puede saber después ligeramente a agobio. Tampoco es conveniente alertar a los vecinos sobre sus intenciones. Para el caso también serviría un pollo muerto y con plumas. Si es habitante urbano le será difícil encontrarlo, así que olvídense y háganos caso: un pollo muerto y desplumado.

—El aceite, la sal, la pimienta, las patatas dependerán de variables que más adelante tomaremos en cuenta y explicaremos detalladamente. (Véase 1.3.2.)

1.2. Motivación

Piense que para hacer esta receta, como ya hemos apuntado en la Introducción, es imprescindible una decidida voluntad de suicidio. Si usted no tiene clara aún su determinación, aprenda antes a ser un hombre que a lo hecho, a lo dicho, o a lo pensado: pecho; no pierda el tiempo.

En cuanto a las motivaciones, si a usted le falta alguna, le proponemos unos cuantos temas de reflexión, que, a poco que sea usted un hombre coherente, lúcido, lógico o simplemente sincero consigo mismo, le llevarán inevitablemente a la idea de suicidio, y del dicho al hecho, en fin, ya sabe.

1.2.1 Elenco de temas de reflexión previa

—La duda, hombre, la eterna duda.

—Los días tienen 24 horas 24.

—El mundo, la religión, la ciencia, la política, la literatura, el flan chino mandarín, ¡puajf!

—¡Cómo no!, tema estrella: las hipotecas, el euríbor, los desahucios, los alquileres, las fianzas, los contratos, los caseros, los porteros, las facturas ¿Quiere más? Pues tenga:

—Los camareros, los pinchos resecos, los cubatas de garrafa, los precios imbebibles de los bares.

—Los sueldos, los jefes, el trabajo, los "compañeros", los bedeles, los guardias jurados.¹

—Y si no, pues el paro. Todo el paro del mundo.

—El precio del pollo, con o sin plumas.²

Sabemos que éstas son motivaciones digamos banales; para simples cabreos, dirá el poco avanzado a acariciar la idea del suicidio. Desconoce, en su ingenuidad, que el protosuicida nunca se cabrea. Evidentemente, condescenderemos a la

¹ *Mi pelea. Cómo acabar con los vigilantes jurados*. Junípero Huertas. Editorial Orden & Caos. Teruel 1998.

² El lector perspicaz comprobará que la mayor parte de la bibliografía citada se refiere más al asesinato que al suicidio. Es evidente que los motivos son similares, pues ¿qué es el suicidio sino el asesinato más personal que existe? Hay quien mata porque odia, hay quien se mata porque odia, sin más. Los motivos son convergentes. Si antes del suicidio el lector considera conveniente ejercitarse en el arte del asesinato, aparte de leer a Thomas de Quincey, cosa que damos por descontada, encontrará una buena ayuda en nuestra bibliografía.

crítica, hay ideas mucho más grandes. La Metafísica ha sido a menudo una proveedora de suicidas digna de encomio. Pero, ¡ay!, es tan difícil que una idea de este tipo nos lleve a la autohorca. ¿Quién, pensando en Dios, en el Infinito, en el Ser, en el Tiempo (esa abstracción tan poco generosa) no se duerme mucho antes de haber ido a comprar la cuerda?

Cerremos este apartado, pues bien sabemos que las motivaciones son tantas y tan dispares como los hombres y que cada uno debe buscar su propio *leit-motiv*, que dicen los horteras.

1.3. Manos a la obra

Vencidos nuestros titubeos, si los hubiere, nos dispondremos, con el mejor estado de ánimo, a realizar nuestros preparativos. Antes de enredarse con el pollo y demás ingredientes en la cocina, hay que escribir la carta, pues si lo hace después, con las manos pringadas de grasa, oliendo a cebolla, no dejará una buena impresión al juez, a los amigos, a la esposa, en fin, por qué no, a la posteridad.

1.3.1. La carta

Ha de ser, ante todo, breve. Quien la encuentre no estará en disposición de leer cuarenta páginas con sus recuerdos de infancia, ni un detallado relato de sus aventuras de la mili, ni de las

últimas consecuencias de la caída del imperio austro-húngaro. Brevidad. Un modelo puede ser el siguiente:

Querido/a esposo/amigo/hermano/a:

Supongo, y sé que supongo bien, que te alegrarás. El pollo está en el horno. Que aproveche.

El suicida que tanto os quiere:

Firma.

También le recomendamos que, si no la deja en un sitio seguro, procure ponerla en un sobre de amianto, o cualquier otro material no inflamable. Llame a los bomberos, le informarán sobre las diferentes variedades de sobres para proteger documentos. Aunque tampoco es necesario, por poco que usted piense encontrará el lugar adecuado, ¿qué le parece el frigorífico? Seguro que no se estropea, y la encontrarán con toda seguridad, no lo dude.³

3 Si en vez de una receta de pollo desea preparar un pastel, le recomendamos nuestra receta *El mensaje en el pastel*, en esta misma colección. Se sugieren en ella diversos e interesantes modos de últimos comunicados gracias a la técnica de la escritura con merengue, chocolate, nata, crema, etc. Ni que decir tiene que es adecuada sobre todo para cocineros experimentados, y que los *dilettanti* suelen fracasar las más de las veces. Si usted no tiene mucha confianza en sus habilidades culinarias, no estropee lo que será su último plato, y su último mensaje.

1.3.2. Preparativos

Como le hemos remitido en 1.1. a este apartado le explicaremos por qué, para que no nos tache de descuidados. Le decíamos que las patatas, aceite, cebolla, ajos, perejil, etc. dependen de cuánto y cómo quiera usted agasajar a quienes descubran el asado. Si está usted en buenas relaciones con el juez, o con sus familiares, póngale de todo al pollo. Se lo explicamos:

Coja el pollo y métale por el culo un limón. ¿Ve como es mejor que el pollo esté muerto? A continuación, unte una fuente resistente no ya al horno sino a las más altas temperaturas, dignas de una fundición. Si no tiene, da igual, una fuente cualquiera servirá, si se rompe tampoco le importará mucho, de cualquier manera este plato no es para usted. Alrededor del pollo distribuya las patatitas, las cebollitas, los dientes de ajo, el perejil (sobre el pollo también está bien, se chamuscará de todas maneras). Salpiméntelo, rocíelo con aceite, y póngale un chorrito de vino blanco. De este modo sus invitados gozarán de un estupendo banquete funerario, como hacían los romanos. Fíjese, qué bien que va a quedar.

En caso de que no le agraden ni sus amistades, ni su familia, ni el juez (porque sabe que es corrupto, de extrema derecha, por su odio ancestral contra la magistratura, *ad caeteram*) y no quiera invitarlos a cenar, suicídese usted de otra manera.

Bien, ponga el pollo cómo y dónde le dé la gana. Esto al fin y al cabo no es más que una receta. ¿De acuerdo? Bien, sigamos.

Deposite la fuente, la besuguera, la plancha de acero o lo que usted haya elegido, en el horno. Deje la puerta abierta. Ordene un poquito, no demasiado, no hace falta, la cocina y dispóngase a ejecutar el último paso, que le explicaremos en el siguiente apartado.

1.4. Denominación

Pero espere un momento ¿no querrá usted marcharse de este mundo miserable sin un último acto creador? La cosa es el nombre, sin él no es más que un acto aislado dentro del caos, un fenómeno natural que la historia culinaria no puede aceptar ni registrar. ¿Se imagina a un cocinero diciendo: "Una vez hice una cosa que estaba de buena...", en vez de "recuerdo aquel *Poulet Au Feu Follet Avec Du Gaz Axphysiant Ou Mystique*? Debe esforzarse un poquito y dejarse llevar por la imaginación. Póngale un nombre a su receta, titule su suicidio, no deje que lo hagan los periodistas. Y ahora sí que pasamos al siguiente apartado.

2. El suicidio

2.1. Descripción teórica

No piense que un suicidio es algo fuera de lo normal, pertenece a lo cotidiano tanto como

el asesinato, el robo, la violación, el estupro, el chantaje, y demás viles artes del género humano. Pero se diferencia de éstas por su carácter decididamente personal, por su infinito misterio, por su romanticismo, si así lo desea. Podemos dividir las artes de la maldad del género humano en dos tipos: misántropas y filántropas. A la esfera de la misantropía pertenecen todas las arriba citadas, por su carácter centrífugamente destructivo. Pero el suicidio, como usted ya ha adivinado, es centrípeto. No hace falta que dé vueltas con la mano en una u otra dirección para acordarse de lo que es cada cosa, porque es evidente, ¿no le parece? De cualquier modo, abandonaremos las descripciones teóricas para centrarnos en nuestro asunto, para ir al ajo, como nos gusta decir a los cocineros del espíritu.⁴

2.2. Instrucciones de aplicación

Usted ya tiene listo el asado, aún por asar, por supuesto; si hablásemos latín podríamos decir el *asaturus*, pero no es el caso. Póngase ahora ropa

⁴ Una excelente propedéutica de la maldad humana lo constituye el libro *Theory of the Evil*, A. S. Synnox. Ed. Baal, New York, 1990. El lector que se interese por las taxonomías exhaustivas, los desarrollos históricos y los más impensables ejemplos, encontrará en este libro una de las mayores aportaciones al tema. Baste con decirle que su autor cumple una condena de más de 3.000 años de cárcel y sobre él pesan 6 condenas de muerte, en espera de ejecución, en el estado de Illinois, EE.UU.

cómoda (le recomendamos que siempre se ponga ropa cómoda, es una estupidez ponerse ropa incómoda) o elegante, como usted desee. Hay quien prefiere cruzar el río Aqueronte en chándal, y quien va de smoking, pero para el caso es lo mismo. Algunos incluso se han llegado a comprar un traje de pana. Caprichos. Si es en el mes de julio, puede incluso ir en bañador o bermudas, darse un bañito, aunque no creo que le resulte fácil convencer al barquero. El *top-less*, señorita, siempre es recomendable, al menos para quienes esto suscriben. Vístase como quiera, de cualquier manera, no importa, de usted solo quedarán chicharrones. Como si quiere ponerse un traje de buzo.

Ahora se trata de abrir el gas del horno, sin encenderlo por supuesto, no se precipite usted ni se deje llevar por la rutina. ¡Se trata de un suicidio, no de una merendola! Mientras el gas va saliendo despacito, cierre todas las ventanas (esperamos que sea usted un manitas ahorrativo y durante el invierno haya puesto cinta para evitar las fugas de calor, o las invasiones de frío) y siéntese a esperar. Ya está todo, ¿ve qué fácil que es? Solo tiene que esperar, y ¡alehop! dentro de unos minutos usted comenzará a dormir *the big sleep*. No se enterará de nada.

Pero ¿quién encenderá la llama? ¿quién traerá el fuego final que ha de arrancar de todo esto el

definitivo y último esplendor?

Tranquilo, tranquilo, relájese. Nosotros pensaremos por usted. Usted aún está consciente ¿no? ¿qué le impide fumarse el último, éste sí que será el último, y más placentero de los cigarrillos? Nada, hombre, nada. Pero no deberá impacientarse, porque en ese caso solo conseguirá chamuscarse el flequillo, y no es eso lo que usted desea.

Hay otras formas que dependen de su ingenio y que no dejan en sus manos el último gesto, pero siempre están sujetas a contingencias que pueden dar al traste con sus propósitos. Por ejemplo: un mechero de relojería. Pero, o es usted relojero, o sudará tinta antes de encontrar uno en el mercado. Además, nunca se fíe de los relojes, nunca. Y menos en este caso. Otra forma: usted sabe que su mujer, o su marido, o su amante, o su cuñado, o su suegra, basta ya, quien sea, volverá a casa a una hora determinada, y que siempre entra con el cigarrillo encendido, la pava en los labios, llenándolo todo de ceniza, cosa que a usted le molesta sobremanera, pero que en este caso le puede ser útil. Está bien, si se fía, de acuerdo. Pero, ¿está seguro de que el gas reaccionará a la simple brasa de un cigarrillo? Nosotros no lo tenemos tan claro, y tampoco nos apetece llamar a la compañía del gas para preguntarlo. Ahora bien, si usted quiere, puede hacerlo. No se lo impediremos, pero

opinamos que es complicarse la vida inútilmente. Sea usted un hombre decidido, encienda usted la llama que le llevará a esa siesta singular.

2.3. Descripción de efectos posteriores

Lo que pasará después se lo contamos por anticipado. Porque usted, claro, no lo verá. Pasamos por alto el jaleo que se armará en el vecindario, el susto de todos los pájaros enjaulados que por la mañana cantan (es un decir, sabemos cómo gritan) para despertarlo a usted (algunos morirán del susto, corazón débil el de los pájaros, alégrese), el grito de las vecinas, que ya no oirá, como tantos otros, las sirenas de bomberos, ambulancias, policías, las usuales blasfemias de los porteros, las versiones de los oscuros viandantes (una bomba, un meteorito, un ovni, ¿usted cree en los ovnis?, sí, ¿cómo no? mi cuñada es uno⁵, etc), la triste mirada de la vecina solitaria que siempre le sonreía, pasamos todo esto por alto para centrarnos en la escena que se desarrollará en su casa.

Primero el caos será tal que solo habrá un gran número de personas dando vueltas por su casa, de un lado para otro, cogiendo lo que usted haya dejado por ahí encima, buscando su cartera, el joyero de su mujer, el calcetín de la abuela debajo del colchón; los últimos en llegar solo pillarán

⁵ *Chopped beef, chopped pork. Cómo acabar con extraños parientes.* I. Del Pozo. Editora Regional. Murcia, 1985.

algún libro, (si no se han quemado todos, o si usted tiene alguno), abrirán los armarios, pero no se llevarán sus corbatas, no se preocupe, ni regaladas. Poco a poco la eficiencia policial y bomberil irá imponiendo su orden, echando a la gente, discutiendo con sus familiares. Los bomberos con sus hachas derribarán las pocas puertas que aún queden en pie, y los policías gritarán: ¡circulen circulen! como en el mejor de los atascos.

Imagine ahora (después no podrá hacerlo) la agradable sorpresa de sus allegados, del juez, de la policía, cuando encuentren el pollo tostado, con sus patatitas y todo. Entre jirones de humo que lentamente se desvanecen, pondrán la mesa, sacarán el bote de mayonesa y las cervezas del frigorífico —ahora negro por fuera no queda mal, usted, tan hortera, creando estilo. El juez leerá solemnemente la carta que después se echará al bolsillo casi con prisa. Y luego, con caras felices de agradecimiento, saborearán ese plato único, irrepetible, que ha preparado con toda dedicación, con toda su buena voluntad, para hacerles más agradable el trago, mientras que usted, como un torrezno ya en la bolsa de plástico, ¡qué espectáculo más bello!, los mira con su último rictus de desconfianza, de desprecio.

Ilusiones y fracasos de Fidel Valera

Fidel Valera vino a la luz de la religión un día de enero del año de Nuestro Señor de 1959, como a él le gustaba decir y, en su momento, aunque raras veces, celebrar. Había nacido un mes antes en una pedanía llamada La Copa, más conocida en la región como El Copón (para algunos podría ser ya un presagio, pero tengamos en cuenta el nada despreciable hecho de que otros miles de almas, aunque pocos, también habían nacido allí y nunca les había ocurrido nada parecido), municipio de Bullas, partido judicial de Mula, provincia de Murcia. Era el tercer y último hijo de una familia pobre pero no mal situada en relación con el resto del pueblo. Su padre había gozado de los beneficios y los sinsabores de la emigración pero, tras unos años de frío, niebla, incomprensión y morriña, había vuelto al terruño natal con unos pequeños ahorros que le permitieron arreglar la vieja casa donde había nacido, instalarse en ella con su fiel esposa y sus tres hijos, y establecerse como pequeño comerciante en ultramarinos, sector económico que pensaba

no le habría de dar grandes beneficios, pero que le aseguraría la pitanza en el caso de que llegasen años difíciles, que no se presentaron. Ni ese día ni el de su nacimiento físico —el que realmente recordaría su madre— hubo presagios, si no consideramos como tal el hecho de que el loro del barbero dijera su primera palabra, que no fue otra que "guarra", motivo que nos parece suficiente para no establecer relación alguna entre ambos hechos. Tampoco hubo astrólogos que establecieran la posición de las estrellas y su influencia sobre Fidel, con lo que en este caso nos quedamos a dos velas sobre la importancia del Destino, que no de la Providencia (cuestión escolástica ésta de la diferencia entre ambos que Fidel desarrollaría en uno de sus primeros, y únicos, escritos. No le quedó del todo mal el razonamiento, aunque fuera un poco sesgado en favor de la segunda). No se vieron tampoco prodigios de ningún tipo en el cielo que, mientras tanto, se ocupaba en buscar por los rincones del aire la nieve que una semana después descargaría sobre la comarca para alegría de niños y agricultores, y para quitar de en medio a dos o tres abuelos que no pudieron resistir una helada más.

Su primer juguete, si así puede considerarse al primer objeto que despertó su pasión y su fervor, fue la imagen de la Virgen de los Dolores metida en una urna de madera, con un cristal frontal

como un escaparate; se cerraba con una puerta de doble hoja atrancada mediante un gancho para que la Virgen no sufriera en sus desplazamientos, bastante usuales porque hacía el giro del pueblo de casa en casa, cumpliendo un exacto y recurrente círculo de visitas y protección; también tenía una ranura en su base como la de una hucha para que sus devotos contribuyeran con sus óbolos al mantenimiento de la Iglesia. Sin saber por qué, Fidel se extasió una tarde delante de aquella imagen, pensando —como solo lo puede pensar un niño: sin saberlo— que en sus manos, en su cara pálida y ausente se encerraba un misterio digno de todo respeto pero que él algún día habría de desvelar: el secreto de la pureza.

Tal admiración por la figura de la Virgen le ocasionó su primer encontronazo con la vida por causas religiosas. Sorprendió a su hermano mientras zarandeaba boca abajo la caja donde estaba encerrada su adorada, intentado sacar algunas de las monedas que atesoraba a sus pies. Aquello le pareció la mayor de las profanaciones. Como no podía enfrentarse directamente con su hermano, algunos años mayor que él y por tanto mucho más fuerte, buscó el auxilio de la justicia suprema: su padre. No le dijo qué ocurría, porque había alguna que otra parroquiana en la tienda y no quería, pese a todo, que se enterasen de la atrocidad que estaba cometiendo su hermano,

así que instó a su padre a que lo acompañara; su madre, que también estaba en la tienda lo miró algo sorprendida, pero se hizo cargo del negocio sin darle mayor importancia, mientras su padre lo acompañaba, preocupado por la urgencia con que lo reclamaba. Cuando llegaron a la sala donde estaba la Virgen, su hermano, a quien no había dado tiempo a largarse, sentado en una de las mecedoras, ojeaba un tebeo con la más distraída de las expresiones. Su padre, incómodo e impaciente al ver que nada ardía ni nadie había muerto, le preguntó qué ocurría. Fidel le contó lo que su hermano había estado haciendo, pero éste lo negó, fingiéndose sorprendido de que se le imputase tal acción, y se declaró inocente de los cargos. El padre, al que le importaba un bledo el posible robo de los ahorros marianos y quería volver cuanto antes a la tienda, lanzó un rotundo "que le den por culo" y se largó. La blasfemia paterna cogió desprevenido a Fidel, pero no tuvo tiempo de reflexionar demasiado, pues advirtió que inmediatamente la cara de su hermano sufría una transformación absoluta, abandonaba los rasgos de placidez y bondad con que se balanceaba y, parando la mecedora y levantándose despacio, adoptaba la máscara de la ira, el rostro preclaro de los que van a matar. Oír las palabras "chivato de mierda" y recibir una bofetada que le volteó la cara fue todo uno. Salió disparado antes de que

su hermano pudiera darle más, creyendo que lo perseguía, aunque no era así. No le hicieron el menor caso cuando llegó llorando a la tienda. La madre le preguntó distraídamente qué le pasaba, mientras cortaba rodajas de salchichón, y una de las clientes le largaba un repizco en la cara que quería ser cariñoso, pero que le dolió más que el sopapo de su hermano. El padre pensaba que esos asuntos tenían que solucionarlos entre ellos; no le gustaban los chivatos, así aprendería el pequeño.

Esa fue la primera de las desventuras que le acarreó la religión, si es que podemos culparla a ella y no a su hermano, quien, por otra parte, le ocasionaría pocas, pues murió a los dieciocho años, recién obtenido el carné de conducir, el mismo día que recogió su primer coche, un dos caballos de los que nunca volcaban pero que sí se caían por los puentes. De todas maneras, alguna relación tenía. Si en vez de hacerlo con la Virgen, hubiera estado saqueando la hucha de su tercer hermano, el mayor, que estaba ya en la mili, no habría pasado nada. Pero es mucho suponer, pues siempre había estado vacía.

A los siete años entró a servir como monaguillo del párroco de la única, y gracias, iglesia del pueblo. En su casa no hubo casi comentarios; por una parte se ahorrarían lo poco que costaban las clases de preparación del catecismo que daba una vieja beata para hacer la primera comunión, y con

el cura aprendería mejor; y por otra, se consideraba hasta cierto punto normal en los niños que se hiciesen monaguillos, por la curiosidad que los atraía hacia una de las pocas cosas misteriosas en el pueblo: la iglesia; o por el orgullo de tirar de la cuerda para tocar las campanas y salir al lado del cura en la procesión el día de la Virgen. También era opinión común que se despabilaban, pues es proverbial la picaresca sacerdotal. Cuando el cura lo pillara robando hostias sin consagrar, bebiéndose el vino de misa o poniéndole pitillos a San Juan entre los dedos de su mano alzada, como si estuviera buscando quien le diera fuego, lo mandaría para su casa, cumplido el sabio examen clerical que tantos otros habían superado, y buscaría a otro más joven e inocente para su poco mística experiencia iniciática.

Pero con Fidel no ocurrió así. Hasta el cura se sorprendía de la insólita bondad natural, de Fidel. Como no acababa de creérselo, lo espío con una insistencia rayana en la manía, buscando el punto flaco de aquel chaval que, si de algo pecaba, era de exceso de humildad, de obediencia, de buen hacer, de suma bondad y perfección. Era desconcertador, para el carácter más que humano de aquel cura, tener a su lado a alguien que, sin segundas intenciones, sin pretenderlo casi, era el más claro ejemplo de santidad que había visto nunca. El único incluso. Le aburría con su solem-

nidad y su respeto, y le costaba aceptar sin más que fuera cierto. Hubiera preferido un poco de juego por parte de Fidel, al fin y al cabo siempre se trataba de eso porque si no, maldita la falta que le hacía a él un monaguillo. Llegó hasta el extremo de prepararle las más burdas trampas, pero la inocencia de Fidel salió bien parada de todas ellas. Un día introdujo un número determinado de hostias en una bolsa que dejó abierta sobre la mesa de los paramentos en la sacristía, encargó a su disciplinado monaguillo que limpiara el polvo y se marchó a dar una vuelta, dispuesto casi a no volver hasta que aquel rapaz se comiera al menos una hostia. Con una se conformaba. Él también conocía las tretas del diablo. Cuál no sería su frustración y su rabia al comprobar después que allí seguía el número exacto de hostias que había dejado y para más inri, la bolsa cerrada y guardada en el armario bajo llave, y ésta en su púa correspondiente detrás de la puerta. Ni una mota de polvo en toda la sacristía. Aquello no había quien lo aguantara. Pero no podía despedir al muchacho, y menos con la excusa de que era demasiado bueno, así que decidió tener otro monaguillo, con la esperanza de que las malas influencias sirvieran para dar pábilo al ensimismado espíritu de Fidel. Le costó ciento y la madre —y nada más al caso, porque tuvo que ceder a algunos chantajes especiales por parte de su madre, pero eso es otro

cuento— que uno de los chavales más despiertos del pueblo, tan despierto que estaba casi fuera de control, aceptara ser su segundo monaguillo. Saboreando su cercano triunfo estaba cuando, para sorpresa suya y de las cuatro beatas que se iban consumiendo en el frío de la iglesia con la tranquilidad de los cirios pascuales, el malvado rapazuelo se acercó al confesionario y le pidió al cura la absolución de sus múltiples pecados. Llevaba dos días de monaguillo y ya se estaba confesando antes de que se lo pidiera; eso era obra de “San” Fidel. La sorprendente conversión y su posterior confirmación con los hechos que demostraban que era auténtica, aunque más aparente de lo que parecía, hizo que los hasta entonces ocasionales comentarios sobre la bondad de Fidel adquirieran naturaleza de rumor constante que se fue expandiendo en la localidad.

En ciertos círculos, claro está. No olvidemos que Fidel había nacido en una época en que la religión, y su casi única manifestación en el país, la Iglesia Católica, estaban en franco declive, y a nadie se le daba un pimiento de los posibles monaguillos protosantos y sus milagretes.

El segundo monaguillo se aburrió al cabo de un mes de su piedad, que no le reportaba más que misas somnolientas y algún que otro caramelo de limón —¡caramelos a él!—, y decidió volver a su vida mucho más creativa de malvadas travesuras,

comenzando por dejar la iglesia sin una hostia y sin la garrafa de vino de misa que el cura ya no vigilaba; luego se supo —en un pueblo todo acaba sabiéndose— que con todo ello y con las palabrejas latinas aprendidas en su período santo hizo todo un festín “satánico” para celebrar el regreso triunfal como jefe de su antigua banda de matagatos.

A Fidel solo le dolió de todo ello que el cura se alegrase, pero continuó siendo monaguillo hasta una edad en la que la mayoría de los muchachos ya iban pensando en arrinconar mozas.

Sus padres no dijeron ni pío el día que apareció el cura para apoyar la petición de Fidel de entrar en el seminario, deseo que hasta entonces habían considerado una *boutade*, pues para algo sabían francés. No eran radicalmente anticlericales pero sí lo bastante como para no tener el más mínimo deseo de que su hijo fuese cura. Sin embargo, los argumentos del párroco los convencieron: Fidel podría hacer el bachillerato sin ser una carga para la economía familiar y más adelante, cuando hubiera madurado su carácter, quién sabe si continuaría pensando en ordenarse o preferiría estudiar otra carrera. En cualquier caso, oponerse a su deseo solo podría ocasionar problemas. Fidel se marchó de casa una lluviosa mañana de octubre en el autobús de línea a la capital, con una maleta de falsa piel y una bolsa de deporte llena

de latas y embutidos. La madre no confiaba en la eficacia de las abstinencias monacales.

De los años de seminario solo le quedó un profundo odio por las lentejas; el amargo recuerdo de las meriendas con un bollo y una jícara de chocolate en la fría humedad del patio; la cara triste de algún padre inteligente y bueno, y muchas otras de miserables, mezquinos y necios curas; la sublime y somnífera afición a la lectura de las *Confesiones* de San Agustín y la *Summa* de Santo Tomás; el agobio de tantos libracos de burda religiosidad, de casuística barata y un cierto conocimiento del latín que no le permitía la lectura de los clásicos.

Bastante antes de estar preparado para ordenarse, pero no lo suficientemente pronto como para que no le quedase para siempre la tara de haber ido para cura, decidió que no estaba del todo convencido, pese a los sibilinos argumentos de la teología, para ofrecer su vida al servicio burocrático de Dios. Así que a los veintitrés años abandonó sin pena ni gloria el seminario y decidió encarar la vida, que él creía que era otra cosa, aunque no sabía muy bien qué. Lamentaría siempre su decisión.

Hasta cuando tuvo que hacer el servicio militar hubo de pagar su santidad haciéndose obligatoriamente voluntario para ayudar al capellán castrense en sus tareas, que no iban más allá de

la misa del domingo, y algún que otro servicio especial. No fue del todo una labor desagradable encargarse de la pequeña capilla del cuartel, le dejaba todo el tiempo libre para continuar sus lecturas que, gracias a un filósofo que pasó dos meses en el cuartel —después se fue derecho al psiquiátrico—, derivaron hacia autores más críticos con la divinidad y sus representantes terrenales. Pero las rechazó, considerando que si algo le sobraba eran dudas.

Estaba empezando a temer que, por no querer ser sacerdote, iba a tener que ser sacristán, si quería vivir de algo, aunque el sueldo de éstos tampoco diese para mucho, desde luego. Volvió a su casa después de la mili, que no le había hecho más hombre, ni menos, de lo que era, y que solo le había enseñado como grandes lecciones morales que los capellanes castrenses también se emborrachan y si tienen que dar alguna hostia, la dan, sin confesión previa. Sus padres ni se alegraron ni se entristecieron por su vuelta, estaban ya demasiado viejos para que nada les importara, aparte de su cansancio infinito que les llevaba lentamente a la tumba. La tienda se había quedado desfasada con los tiempos y un supermercado le había quitado la poca clientela que le quedaba. Su hermano mayor hacía años que se había marchado a Barcelona y solo volvía cada dos o tres o cuatro años a pasar unos días de vacaciones,

con una familia que tenía un espantoso acento catalán. En el pueblo cada vez vivía menos gente.

A los veinticinco años Fidel se sentía acabado, resumía su vida en una cuartilla llena de indecisiones, sensaciones erróneas, desapasionados desvaríos místicos, una casa vieja con dos viejos, un pueblo mortecino, y su absoluta incapacidad para decidir hacer nada, puesto que ¿qué podía hacer? Quedarse para vestir santos.

Fidel Valera fue nombrado Hermano Mayor de la Cofradía de Nuestra Señora de los Dolores, y se dedicó a organizar viajes a Lourdes, Fátima y Roma, importar agua milagrosa, estampas y reliquias de santos, organizar visitas a extraños y remotos curanderos y vender cirios, catecismos, santos de yeso y niños jesuses en la vieja tienda de sus padres durante el resto de su vida. Ya bien entrado el tercer milenio murió virgen y absuelto de todos sus pecados que, según las malas lenguas, solo había sido uno: ser demasiado santo.

Falsa rima

*¡Oh, cómo florece mi cuerpo, desde cada vena,
con más aroma, desde que te reconozco!*
R. M. Rilke

Estas cosas no suelen ocurrir nunca porque son evidentemente imposibles, pero si alguna vez lo hacen, nos desconciertan tanto, nos destruyen de tal modo, que pensamos que el resto del tiempo vivido no ha existido jamás, que ha sido solo un sueño en el que nos hemos perdido y del que un dios maldito nos ha hecho despertar al fin. Todo empezó con un sueño y en un sueño creí vivir. Ahora sé que no es así.

El excesivo calor de agosto siempre me ha alterado los nervios y la paciencia lo suficiente como para que el insomnio que suelo padecer se esfume en horas insospechadas. Así, al atardecer de aquel primer día en aquella anónima habitación de hotel, me quedé dormido sobre los folios que intentaba ensuciar con mi torpe letra para comentar no sé qué extraña interpretación de una crítica de un libro que ya no recuerdo —¿cómo

podría?—. En fin, esas cosas de las que me ocupaba desde hacía años con una rutina tan insensata como feliz y que ahora, sin embargo, me parecen tan lejanas. Ya no soy capaz de coger un libro y mucho menos una pluma. Ya no soy capaz de mucho, la verdad.

Arena, ése era el sueño, arena. Y un ritmo apagado, oculto, lejano, que sentía en mi cuerpo. Era la placidez, el sueño dentro del sueño, el calor paralelo. Estaba acostado en la arena caliente, mirando a un cielo azul cobalto. Una extraña luminosidad parecía brotar de todas partes y de ninguna, no había sol, no era atardecer ni anochecer, era el verano sin tiempo, el calor y la humedad de mi cuerpo sobre la tierra.

Despacio, acercándose lenta y casi imperceptiblemente, fui sintiendo una sombra. Y comencé a sentir una vibración en el aire marcando un ritmo lento, como un corazón latiendo en el fondo de la tierra. El ritmo fue aumentando, haciéndose cada vez más denso, más sonoro, más profundo. Era como un tambor, un lento golpear que sentía alrededor y que me iba encerrando poco a poco en él. Algo golpeaba la tierra con violencia. Entonces comprendí. Vi como se acercaba pero no podía moverme. A la velocidad con que caen las cosas inevitables, algo que parecía un enorme palo de madera, una baqueta gigantesca, caía sobre la piel de arena, sobre el tambor de esa tar-

de de verano, caía una y otra vez sobre la tierra, acercándose a mí a cada golpe, hasta que caía sobre mi cuerpo.

Me desperté sudoroso y con la boca pastosa de los malos sueños. Ni siquiera había sido una pesadilla, solo un sueño, un mal sueño. Una ligera sensación de miedo aún vibraba en mí, una molestia imprecisa, como una espina clavada en cualquier parte. Qué importa, me dije, y en la ducha intenté olvidar la pesadez de mi cuerpo, fundirme con el agua fría, olvidar el latido de la tierra que aún resonaba en mis oídos. La tarde ya estaba acabando y empezaba a refrescar, así que me puse una camisa limpia y me fui a pasear por la playa. Así empezó todo.

No quedaba casi nadie a esa hora de la tarde, solo algún paseante despistado como yo. El sol estaba ya mojándose los tobillos y en unos minutos desaparecería. Me gustaba pasear despacio por la arena mojada, pensando en frases escritas y no escritas, en opiniones, sugerencias, réplicas, exergos, citas, como conjuros que podría llevar al papel a la mañana siguiente, cuando el fresco amanecer me ayudara a escribir páginas y páginas que no leería nadie, que dormirían cubiertas de polvo en la biblioteca de algún departamento universitario tan triste y aburrido como el mío. Ese verano el trabajo me había proporcionado una pequeña sorpresa, un cursillo en la isla, unas

cuantas conferencias, unas pocas horas de clase y todo un mes para gozar de una tranquilidad que realmente no necesitaba porque era parte de mi vida, pero que aquí adquiriría un carácter diferente, casi de aventura, por estar cerca del mar, algo que para mí era una satisfacción que se reflejaba en mi mirada absorta, supongo que casi estúpida, ante la monótona lentitud de las olas. Por otra parte, el olor del mar siempre me ha abierto el apetito. Y la sed.

Había dejado de beber unas semanas antes. Un médico —se me hace insoportable decir “mi” médico, como si el posesivo diera visos de realidad a la enfermedad que yo tendía a considerar inexistente— un médico, decía, me había conminado taxativamente a dejar de beber. Es decir, me lo había prohibido. Por mi bien. Y por mi bien yo lo había estado haciendo durante varias semanas. Dos, para ser exactos, y tres días. Ése era el tercero. Y me dije que qué mal me podía hacer una cerveza. Es duro romper una abstinencia pero es más difícil soportarla. Imaginar una cerveza fresca y rubia y verme en un bar pidiéndola fue cosa fácil y sumamente agradable, mucho más que la sensación de deber cumplido que cada noche trataba de imponerme como recompensa, poco gratificante la verdad, al acostarme sin probar ni gota.

Para mí, beber siempre ha sido un deporte intelectual. Entre bares y libros he pasado mi vida.

De viejos libros he aprendido tantas cosas que no sirven para nada y que son lo único que tengo... De los bares no creo haber aprendido nada. Pero he disfrutado, ¡y cómo! Porque siempre me han ayudado a soñar con todo aquello que no he podido tener, que no he podido tampoco vivir, han sido el complemento perfecto de la literatura. Mis memorias, de haber podido escribirlas alguna vez —absurdo ¿para contar qué y a quién?— solo hablarían de libros y botellas.

Continúo. De esa tarde, de esa noche, recuerdo bastante mal el paso del tiempo. Solo sé que me encontré, como antes, como siempre, acodado en la barra, bebiendo despacio y soñando, algo como una mujer, viento, un huracán y mucho alcohol deformando algunas noches, algunas frases, alguna metáfora perdida entre el tintineo del hielo y el rumor del mar frente a la veranda. Puede que fuese una historia así, con algo de trópico, como tienen para mí todos los mares, y mujeres fatales y hombres destrozados por la vida, pero no soy muy cinematográfico, en ningún sentido, así que solo puedo recordar que soñaba historias de amor aventuroso. O puede que fuese algo más prosaico, un profesor que no podía ser yo tal y como era y una alumna improbable, ambos fascinados —¿de qué?— y ella quizá abandonada quizá asesinada por él, por celos rabia rutina rituales de amor muertos, ya no lo recuerdo,

¿o sí? En cualquier caso, novelas baratas en las que supongo que cambiaba mucho el argumento dependiendo del nivel de la copa, o del tipo de líquido, pues hacía ya rato que había abandonado la cerveza para dedicarme a vapores más sólidos. Además, nunca he sido muy bueno para los argumentos, más bien he sido casi un genio de las malas paráfrasis. Y del whisky con hielo. Poco. Poco hielo

Al principio el camarero me había mirado como sorprendido. Los camareros siempre miran como sorprendidos de que entre alguien en el bar, o de que entre alguien como yo en un bar como el suyo, no sé, quizá sea yo el que se sorprende de que haya camareros. Después de la segunda o tercera cerveza empezó a tratarme con una cierta familiaridad, como te tratan esos lejanos cuñados en la boda de una prima, y después ya no recuerdo si miraba o si bizqueaba —él o yo—. De cualquier modo conseguí que la relación se mantuviese fría, en un servicio al cliente que paga y basta.

Porque me ha pasado en algunos bares, a veces, que si no bebías te echaban (no en muchos *of course*), y en otros sucedía todo lo contrario, si bebías demasiado también te echaban (algunos más, *purtroppo*). Estos camareros éticos y no éticos que velan por tu salud y tu higiene mental tanto como por su economía, aunque a veces hasta puedan renunciar a ella, me han parecido siem-

pre algo truculentos y un poco cretinos. ¡Dios!, un bar es un bar y se va a beber y basta. Mientras no grites, ni insultes, ni destroces el bar a patadas, ni menciones a la familia de nadie, sobre todo a la del dueño, en fin, ni hagas todas esas cosas que la buena educación recomienda no hacer, pues hale, a beber y a pagar. Pero no son absurdos comentarios sobre sociología del bar lo que intento escribir, sino por qué estoy aquí, entre estas cuatro paredes, ¡cielos, cómo me suena esta frase!, que son tres en realidad porque la cuarta es una ventana que no se abre —¿sigue siendo entonces una ventana?— ni para dentro ni para fuera ni para ningún sitio pero que permite a través de su esencia translúcida contemplar ese patio interior más desolado que mi... que mi corazón.

Estuve allí tranquilamente bebiendo y callando durante bastante tiempo, sintiendo cómo se me alargaba la mirada entre un vaso y otro, como mi oído perdía la poca capacidad auditiva que alguna vez tuvo o quizá era que la música había empezado a sonar más fuerte a medida que el bar se fue llenando de gente. Recordando cómo giran los búhos la cabeza posados en su rama, intenté una panorámica animal del bar, pero es obvio que tengo poco de rapaz, por mis evidentes carencias tanto en el sentido de la vista como en el del equilibrio. Pobre y torpe lechuzo a punto de caerme del taburete; cuatro, seis manos suje-

tándome por los codos, recogiendo mis gafas del suelo... No recuerdo ya casi las escenas que siguieron. Solo sé que en un determinado momento me encontré hablando —¿de qué por dios de qué? me lo han preguntado tantas veces... y no he podido recordarlo— con un grupo de gente: jóvenes más o menos, creo, no sé si llevaban ya tiempo allí dentro o acababan de llegar, no consigo recordar cuántos eran, ni cómo iban vestidos, ni cómo me introduje en su conversación. Solo la recuerdo a ella.

Supongo que miraba como han de mirar por fuerza los borrachos, un poco turbio y sin expresión definida, como las vacas recién ordeñadas. Tuve que hacer un gran esfuerzo, concentrando toda mi miserable fuerza en una mirada, para intentar reaccionar, aunque solo conseguí perder aún más el control. Empecé a sentirme mal, absolutamente mal. Mi corazón era un infarto sin síntomas, yo era lo que ya no he dejado de ser, pura embolia, cerebro que gira como una peonza loca a las tres de la mañana en una pista de tenis llena de coches mal aparcados, un vaso roto a los pies de una barra, un cenicero apestoso lleno de colillas que nadie vacía. Me sentí viejo y equivocado, a destiempo en mi borrachera que ahora me estorbaba como una camisa sucia. Había visto la gacela, la nube, el arpa, el perfil y la sombra, el calor y la risa que siempre había soñado sin

saberlo, ella era todos los poemas conocidos, sin ningún comentario, sin ningún maldito pie de página, sin notas ni traducción ni introducción ni prólogo, era el puro verbo que me enfrentaba en una mínima y dorada sonrisa, el rayo verde que auguraba y resumía todas mis desgracias.

Me eché a temblar e intenté ir al baño, eso sí lo recuerdo, porque cuando quise gritarlo, se me quebró la voz, aunque no creo que nadie lo oyera, entre tantas risas, voces, músicas, copas, toda la confusión que puede haber para alguien como yo borracho en un bar, intentando evitar la altura vertiginosa del taburete sin despeñarme como un mierda de héroe romántico hasta caer en las olas, en las losas que me habrían de arrastrar hasta el baño. Y allí procurar no llorar, por favor, no, ahora no, no volverás a beber jamás pero ahora mójate la cara y que el agua oculte y borre la sal de tus lágrimas, pedazo de imbécil, ¿dónde te has dejado las palabras, eso que creías que era lo único que tenías, dónde te lo has dejado todo, maldito náufrago?

Me estoy poniendo demasiado nervioso al recordar, como si todo el alcohol de aquella noche volviese a ensuciarme, a corroerme las venas para no dejarme pensar ni recordar ni escribir. Me lo han pedido tantas veces, me han rogado, suplicado, conminado, amenazado, prometido, pero soy incapaz de recordar qué fue lo que hice, cómo,

por qué lo hice. Solo recuerdo el oro de su pelo y como lloré al sentir que ya no se movía entre mis manos. ¿O eso lo he soñado después?

En la playa las olas adormecidas arrastraban ligeros ribetes de espuma hacia mis pies y el mar ronroneaba con la placidez de un tigre saciado. La arena al caminar me hacía recordar una falsa infancia de piratas y lluvias monzónicas, de plenilunios sin brisa, de botellas de ron y avaras morenas de pechos generosos. Falsas mitologías para un tiempo de sueños comunes, catalogados, implícitos. El desastre no me ha hecho nunca ser autocompasivo, nunca me he perdonado nada, quizá porque tampoco haya habido mucho que perdonar. Supongo que se puede ser mediocre, vacío, huero, banal, triste y hortera sin remordimientos, están los demás para eso, para salvarnos de nosotros mismos, para ser lo que nunca hemos sido. Pero ahora sé que solo eran palabras huecas para tragarme los mocos, para soportar estar vivo unos segundos más, para volver a la habitación del hotel y sentarme en la terraza con una larga noche y una escasa botella por delante, mirando hacia la nada de la propia soledad, de la desidia, del abandono. Nunca hubiera creído que se pudiera estar tan derrotado.

No sé muy bien por qué descubrir aquel rostro, aquella simple figura de mujer me produjo tanto mal. Suele ocurrir lo contrario, el descubri-

miento de la belleza debería de producir placer. Yo descubrí el horror de vivir, con ella o sin ella, el horror de ser. En un estallido de razones, una clarividencia absoluta me envolvió como un silencio perfecto que me arrancara de cuanto podía serme cercano, de cuanto de real hubiese en ese momento, como si una isla me atrapase en el corazón de esa otra isla, metáfora de todo dolor, de todo sufrimiento.

Antes o después, el sol nos busca, nos coge de las orejas y nos hace caminar como momias hacia la ducha, tropezando con un número increíble de zapatos. Creo que durante tres días —¿pero por qué tres y no dos o siete o mil?— me limité a estar sentado, o de pie, o acostado, no sé, siempre en estas tres dimensiones, en este tiempo de cárcel que intento borrar siempre y del que nunca consigo escapar. Durante esos días no pude volver a la universidad, a las clases, pretextando no sé qué enfermedad o malestar o indisposición inverosímil, pero finalmente tuve que volver al trabajo. Casi con una operación de taxidermista, rellenándome el alma de paja y aire, conseguí reunir las fuerzas suficientes, eso sí, con un poco de ayuda artificial —pero no apestando a alcohol como luego dijeron esos alumnos pijos de mierda—, y me presenté en la facultad para dar mi clase. No podría afirmar si fue un éxito o un fracaso, solo puedo decir que se convirtió en un

escándalo. Simplemente me dejé llevar y hablé hablé hablé como nunca lo había hecho ni creo que sea capaz de volverlo a hacer jamás. ¿Por qué no me ceñí al tema, por qué no dije lo que ellos sabían que iba a decir, lo que todos esperaban y a ninguno importaba, lo que en realidad nadie deseaba oír? Ella estaba allí, en la segunda fila, tercera por la izquierda, zapatillas blancas, pantalón vaquero, camiseta blanca, y ella dentro y fuera y alrededor y por encima de todo y de mí y de los demás y de la luz insular que entraba por los ventanales y nos cegaba, nos bañaba, nos arropaba, nos envolvía, nos demolía, nos destrozaba, nos unía en un infinito imposible y absurdo: ella. Mis ojos y mis oídos y mis labios reseco hablaron durante un tiempo eterno pero que sé que duró poco y la cara de capullo, ahora me puedo permitir decir estas cosas, ahora por fin sí, de tanto gilipollas que no podía entender, por fin, la poesía, toda la poesía tragada como tragan perlas los cerdos, como margaritas las girafas, allí estaba, en mi corazón, en mi boca, en el aire, por fin era mía, la poesía, y luego ya solo quedaba morir. Todo lo que puedes esperar después de un momento así son lágrimas.

La habitación, estas cuatro paredes que son tres más una ventana aritmética a un pálido patio que nunca miro, está tranquila. Dormir siempre ha sido un accidente, como recordar. Ahora en

mi pasado hay un hueco, un vacío, un tesoro escondido en cualquier parte que nadie encontrará jamás, una flor marchita, no sabría decir. No sé qué ocurrió en realidad, ni antes, ni después, y prefiero que sea así. Pero la amnesia no da la felicidad, porque para eso están ellos. Ellos sí lo saben. Todo. Me lo cuentan a menudo para — idiotas— hacerme reaccionar, pero no los puedo oír. Son como peces tras el cristal y odio mirar a esos ojos, a los ojos de esa gente que me procura alimento y molestias, higiene y palabras soeces que no me alcanzan. Estos mismos pensamientos que ensucian estos tristes folios grises han de acabar en la papelera porque me parecen tan banales y sucios, dicen tan poco de lo que es que no sé siquiera cómo me permito escribirlos. Para los demás, mis labios solo pronuncian versos, — ninguno mío porque jamás osé escribir ninguno, jamás permití que la vanidad rompiese el círculo perfecto de un soneto—, solo respondo con versos ajenos, versos inmaculados, inmotivadamente perfectos en cada ocasión, indescifrables en su idioma único, altanero, suficiente, exacto. No hay razón para que diga más. Solo me queda la última respuesta, la que siempre les dedico cuando quiero que me dejen en paz. Paz, inútil palabra.

*O wie blüht mein Leib aus jeder Ader
duftender, seitdem ich dich erkenn*

R. M. Rilke

Colillas

Yo he visto al hombre invisible.

Tras una afirmación así, usted pensará que soy un cretino. Y es probable que así sea. No me corresponde a mí afirmarlo. Si acaso, negarlo, cosa que tampoco haré. Pero espere un poco antes de emitir juicios, no se precipite. Las cosas a veces son como son. A veces, no siempre. Le contaré.

Todo empezó con una colilla. Verá, yo fumaba negro y no era mi costumbre mirar las colillas en los ceniceros. Ahora ya no puedo decir lo mismo. Para mí las colillas siempre eran blancas. En casa, claro. Pero, mire por dónde, esa mañana la colilla, la única, no era blanca.

No me sentía muy bien cuando empecé a buscar algún paquete de tabaco. La noche anterior había intentado impresionar a unos amigos que había invitado a cenar con mi "deslumbrante" colección de vinos, pero cuantas más botellas iba abriendo, más picado salía el vino. Según ellos, claro. Aunque yo siempre lo notaba igual, ni bueno ni malo: vino. No sé cuántas botellas pudieron caer. Muchas. De cualquier modo, si espera-

ban beber algo del otro mundo se equivocaban. Siempre compro vino de marcas raras (y todo lo baratas que permite el decoro) para que nadie me pueda andar diciendo nada. En realidad, mis amigos no tienen ni puta idea de vinos, y yo me ahorro un montón de pelás. Me da igual que el vino sea como sea, a veces hasta me gusta más el peleón que un reserva. Esa mañana la cabeza me dolía lo suficiente como para seguir buscando mi paquete de tabaco y no hacer mucho caso de la maldita colilla de Winston (¿quién coño fuma Winston en esta casa?) que encontré en el cenicero. Usted habrá pensado que podría ser de uno de los invitados de la noche anterior. Nada de eso. Ninguno fumaba. Ni siquiera después de una cena y de varias botellas de vino. Sus mujeres tampoco. Hablar sí que hablaban, las señoras, y bebían, incluso más que nosotros, lo que ya es difícil. Pero fumar no fumaba nadie. Salvo yo, que tenía casi que pedir permiso para salir un momento al porche o irme a mi estudio para fumar con ansia (con lo que se calienta) un cigarrillo, porque les molestaba (¡en mi casa!) y les estropeaba el paladar. Que creían tener.

Ahora ya, creo que he dejado de fumar. No estoy seguro. Lo decidiré más tarde. Pero eso es otro asunto. Yo vi la colilla, pensé lo que pensé y seguí buscando mi paquete. Solo más tarde recordé que la había visto. Pero tampoco entonces

hice mucho caso. Tardé demasiado en recordarla y para entonces ya tenía otras pruebas. Si hubiera hecho caso de aquella maldita colilla quién sabe si hubiera podido prepararme para lo que ocurrió después. Pero el destino avisa con voz demasiado débil. Bueno, no solemos enterarnos ni cuando lo hace a gritos.

Me llamo Juan Tristán. Por culpa de mi padre, que era un gilipollas que se pasaba la vida leyendo historias de la edad media. Era un entusiasta de las cruzadas. De las Cruzadas. Se pasó la vida hablando de reyes, caballeros templarios, traiciones, emires y esas cosas. A veces era insoportable. Para decir la verdad, muy a menudo. Vale, siempre. De ahí fue de donde sacó mi nombre, de una de esas viejas, mohosas historias que tanto lo emocionaban. Lo que recuerdo: allá por el siglo XIII (¡no ha llovido!), el rey San Luís¹, que andaba de cruzadas por el Mediterráneo, preparó un asalto (desastroso) contra la ciudad de Damietta, en el delta del Nilo. Habría que contar la historia pero es un poco compleja y no merece la pena. La verdad es que no me acuerdo muy bien de los

¹ Luis IX de Francia era rey, claro, y además: santo, virtuoso, alto, rubio, piadoso, encantador, devoto, humilde, austero, con sentido del humor... Ahí es nada. Pero sufría de malaria, erisipela y anemia. No tenía piedad con los que consideraba enemigos, era duro y cruel. Con sus hijos se comportó como si lo fueran, enemigos. Y a su mujer no creo que le agradase descubrir que se había convertido en la esposa de un santo, pero que sabe nadie.

detalles, pese a que mi padre me la contó infinidad de veces. Quizá, de tanto como me la contó, he llegado a olvidarla. El caso es que el rey cayó prisionero de los infieles egipcios gracias a la codicia y estupidez de los cruzados (eso era fijo en sus historias) y la reina Margarita de Provenza, que no sé qué pintaba en mitad de una cruzada, y menos aún preñada, estaba a punto de dar a luz. Hizo de partero un caballero octogenario, no sé si por pudor, por experiencia, o solo porque era el único que no estaba para batallas (es uno de los enigmas de la Historia). El caso es que Margarita estaba pariendo cuando el ejército franco, en bloque, fue hecho prisionero, rey incluido. Entonces, la reina Margarita de Provenza, imagine en qué estado, llamó a su hijo Juan Tristán, la criatura del dolor. El pobre principillo, que no era culpable de nada.

Pues a mi padre —que ni había asistido al parto ni estaba prisionero de nadie, por desgracia, solo andaba releendo ese tomo de las cruzadas de su adorado Steven Runciman, olvidando cosas como los gritos que su mujer fue dejando por la ciudad, camino del hospital— le emocionó la historia, ya ven, y me colocó el nombre. Juan Tristán. Maldita la culpa que tenía yo de nada. Pero él se enorgullecía siempre de reutilizar la historia, o al menos los nombres de la historia. A los demás, que teníamos que soportarlos, nos

parecía abusivo, por decirlo con suavidad, que el perro se tuviese que llamar Saladino, (al pobre le hubiera bastado con llamarse Alí) o el jardín Hat-tín, el lugar de la gran batalla, solo porque una vez mi padre se dejó dos dientes en el parterre al tropezar con un rastrillo y peinarse la sonrisa.

Aunque peor lo llevaron mis hermanas, Melisenda y Berenguela. Eso sí que fue una putada. O dos. Berenguela no se lo perdonó nunca, lo del nombre. A Melisenda la verdad es que casi todo le daba igual. Digo casi todo porque solo había una cosa que le importara de verdad en esta vida: el sexo. Era una voraz devoradora (¿todos los devoradores son voraces?, me pregunto) de hombres (aunque no era ella la mujer pantera, habría podido dar la talla si no hubiera sido por su aspecto físico: no tenía los ojos atigrados, apanterados, digamos con propiedad) y era más bien retaco. Los hombres pasaban raudos por su vida y por su cuerpo y ella era feliz. Y nosotros con ella.

En cierto sentido, claro. Aunque nos pareciera inexplicable cómo podía estar con tantos en tan poco tiempo. Murió hace unos años en un accidente de coche, como medio país, aunque supongo que en su caso fue algo diferente y murió gozando. Así lo pensamos todos, y supuso un cierto consuelo: iba a doscientos, por lo menos, subida encima del conductor. Le gustaba el riesgo.

Berenguela tampoco se quedaba corta en cuan-

to a amores. Era más comedida que Melisenda, aunque nunca lo podíamos saber con certeza, porque adoraba el misterio. Tardábamos meses en conocer el nombre de su último amor, y aún así lo negaba, jurando pizpireta que no, escondiéndose para hablar por teléfono, con más tontunas que una espía del Mossad. Como no había muchos motivos para esconderse en casa, pues nadie hacía mucho caso de nadie, casi la presionábamos, fingiendo espiarla, para que se sintiera bien. Intentábamos abrirle alguna carta la rara vez que no se precipitaba encima del cartero; o mi madre le prohibía ver al novio de turno, a veces sin saber siquiera si existía o quién pudiera ser. Ella se sentía mejor, podía escaparse, rebelarse, protestar y seguir con sus amores de intriga. Le encantaban los mensajes secretos, las citas nocturnas a escondidas y las sorpresas de sus novios. Uno de ellos la esperó un día en el armario ropero de su dormitorio. Se llevó tal susto que acabó en el hospital, la pobre. A la vuelta, quemó las puertas del armario. Aún sufre taquicardias. Cuando volvió a ver a su novio, algunos días después, no dijo nada, le dio una patada en los huevos y se alejó contoneándose. Él tampoco dijo nada (aparte del usual ¡aaaauuugh!) y desapareció en el olvido, que se dice. No sé si él también sufrirá de taquicardia, pero seguro que ya no se esconde en los armarios.

Bueno, estaba diciendo que me llamo Juan

Tristán. ¿Y qué? Si no hubiese contado la historia de Margarita de Provenza, para usted sería un nombre como cualquier otro. Ahora conoce un poco más la Historia. Enseñar deleitando, ¿recuerda? Me llamo Juan Tristán y soy escritor. ¿No le suena mi nombre? No me extraña. Porque soy un escritor experimental. Tengo teorías. Ya entraremos en materia, si viene al caso, que lo dudo. Y no me conoce porque no publico, y no me lamenta en absoluto. Yo escribo. Lo que me da la gana. ¿Entendido, sabihondo? Y si no le gusta, uñas. Bien, está bien, vale... es que me sale la vena chula cada vez que empiezo a discutir de literatura. Y se supone que esto es una confesión, o un thriller o algo parecido y no una de mis geniales novelas. ¿Discutimos de géneros? ¿No? Pues volvamos a la colilla.

La recordé varios días después. ¿A usted no le pasa eso? Que está meando y se acuerda de una colilla que vio hace varios días y era de Winston y usted fuma negro, y en su casa nadie fuma y... tenga cuidado, que se puede mear fuera. Y su mujer, o su madre, ya está harta. Cierre la tapa del wáter, por favor. Le hablo como si usted fuera un hombre, no porque me traicione el inconsciente machista, ya me cuido yo, sino porque la escena era masculina. Luego, en otras ocasiones quizá hable como si fuera usted una mujer, o un geranio. Dependerá de la situación. No interrumpa-

mos. La recordé, la colilla. Mi mente se bloqueó como un ordenador en mitad de la faena. Y ni al tirar de la cadena conseguí resetearme. Nada, ctrl+alt+supr y a esperar.

Horas más tarde había olvidado por completo el hecho, enfrascado en los meandros lingüísticos del experimentalismo más audaz, cuando de pronto, como una provocación, un desafío, un insulto, una humillación: una colilla de Winston en mi cenicero, en MI cenicero, el del estudio, el inviolable reducto donde no se podía entrar bajo ningún pretexto y menos aún para dejar colillas, joder, encima que nadie fumaba.

Decidí que ya estaba bien, que no podía soportar más la presión de ese retorcido canalla que trataba de hacerme perder la concentración. ¿Sabe usted cuánto le cuesta a un escritor experimental retomar el "hilo del discurso"? ¿Se da cuenta? Entonces, con absoluta frialdad de corazón y cerebro, tomé la decisión de descubrir por qué y elaboré el siguiente P.U.A.:²

PRIMERO: Abrir una cerveza, que ya era la una.

SEGUNDO: Interrogar a mis familiares y amigos con la siguiente pregunta a bocajarro y a des-tiempo: ¿Quién se ha fumado un Winston en MI estudio?

TERCERO: No volver a ver jamás la televisión, dejar de fumar, afeitarme más a menudo y acabar

² (Plan Urgente de Actuación)

la novela que debería haber empezado ese mes.

Los resultados inmediatos de mis decisiones fueron desoladores. La cerveza me supo a poco, porque era la última. Mis familiares y amigos no estaban a mano y lo demás, imagínelo.

Mi padre siempre lo decía (sin venir a cuento, claro): "cherchez la femme". Eso y lo de "los pueblos que no conocen su historia, bla, bla, bla" que soltaba cada tres por dos, mejor con la boca llena, y abierta. En un arrebato infrecuente de obediencia paterna, decidí aplicar lo primero porque lo segundo no era un imperativo y ponerlo en práctica no me iba a resultar fácil, supuse, sin pasar por la cocina.

Intentarlo con Melisenda era absurdo. Si le preguntaba:

—Meli, ¿qué sabes tú de una colilla de Winston?

Me respondería más o menos.

—A Winston lo dejé precisamente por lo de la colilla, je, je.

Así que empecé por Berenguela, la misteriosa. Se daba más para empezar una búsqueda. El sexo ya vendría después. Berenguela quizá tuviese algún novio en el frigo que fumaba Winston y se bebía mis cervezas. Mis cervezas. Imperdonable. Ya, vale, como hipótesis no era muy buena. Pero había que empezar por algo. Encontrar a mi hermana podía ser muy difícil. O muy sencillo, si

se la conocía. Yo, por aquel entonces, era muy perspicaz: fui a su locutorio íntimo, al centro vital de comunicaciones secretas de mi hermana: al armario de las escobas. Pero no estaba allí. O no estaba enamorada en ese momento o mi padre le había vuelto a requisar el móvil.

Entré en la cocina y allí estaba mi madre.

—¿Qué hago de comer hoy, Juan Tristán? —
Mi madre era así de democrática y obsesiva. Nos preguntaba constantemente el menú del día. Para preparar cualquier cosa menos lo sugerido, por supuesto. Le respondías albóndigas y te hacía alubias con chorizo. Que no están mal, pero que no son lo mismo. A mamá le encantaban. Así andaba luego la familia, a tirones.

—Me niego a responder a esa pregunta —le dije, chistoso— si no es en presencia de mi padre.

—Un día te romperé una botella en la cabeza, Juan Tristán.

Mi madre era así de cariñosa. Pero como también era muy capaz de hacerlo, le sugerí malicioso:

—Pues arroz a la cubana.

Se le reblandeció el bazo de ternura y me dijo:

—Tú estás mal, Juan Tristán.

Una cosa a la que hay que acostumbrarse con mi madre, una de tantas, es a que acabe todas las frases con el nombre de su interlocutor. Siempre. **E x a s p e r a n t e.** Juan Tristán. Tenía que irme

de la cocina. Tenía que irme.

—Está bien mamá, lo que tú prefieras. A mi me gusta todo.

—Nadie me ayuda, en esta casa nadie me ayuda. Juan Tristán.

¿A qué?, pensé. Pero no lo dije. Cualquiera se atrevía, con mi madre.

Mi hermana Melisenda no dejaba que nadie entrara en su habitación. Mi casa era como un campo minado, como un templo lleno de lugares sagrados y/o prohibidos. La cocina era una trampa de falsos menús, desafíos maternos y Juantristanes. La habitación de Melisenda tenía siete llaves y tres candados. Se suponía que ni mi padre podía entrar. Aunque tampoco lo intentaba ya, ni se acercaba por allí, después de las dos o tres veces en que, despistado, se coló en la habitación. A saber qué llegaría a ver, a quién o a quiénes encontraría dentro. Y lo que podía estar ocurriendo. Desde entonces los candados colgaban mustios y las cerraduras servían a mi hermana para sus juegos de voyeurismo. El fondo del pasillo era la zona X de la casa.

En la habitación de Berenguela tampoco apetecía mucho entrar. Vivía en una especie de celda con una cama de hierro, una mesa y una palangana. La única concesión era un florero. Las flores solían ser de camposanto, ya sabe, lirios, crisantemos, nomeolvides... Ah, claro, y una caja fuerte

que compró en un chatarrero, donde escondía sus chorradas de mensajes y sus (falsas la mayoría) cartas de amor. Era una mística, Berenguela.

Como mi padre nunca estaba en casa, no tenía territorio propio: su lugar estaba en cualquier otro lugar. Su trabajo y su vida habían transcurrido en el instituto, en la biblioteca del instituto, en la municipal, en la de la comunidad, en las librerías de viejo, en los archivos de la diputación o de algún ayuntamiento perdido en el culo de la provincia. Ahora que estaba jubilado, también. A veces creía entender a mi padre, lo de andar siempre fuera. Pero su fuera era otro dentro aún peor, entre polvo y legajos y ratas y polillas y funcionarios. Ya sé que las bibliotecas no suelen ser ya así. Pero no me puedo quitar de la cabeza esa imagen decimonónica de las bibliotecas. A mi padre le iban más que esas modernas, luminosas y funcionales que parecen cafeterías berlinesas, no creo que las hubiese reconocido de no ser por el letrero. Por su aspecto, era el erudito más casposo que se pueda imaginar. En el instituto le llamaban "el piojo". Nosotros, sus hijos, también.

Yo convertí el estudio de mi padre en MI estudio, que era (sigue siéndolo) el estudio de un escritor experimental, por tanto nadie quería, ni quiere, entrar para nada. Salvo para fumarse un Winston, maldita sea.

Ya va siendo hora de que hable de mi mujer.

Total, hay tan poco que decir... Nadie sabía muy bien en qué mundo vivía, o en qué dimensión, quizá en un espacio onírico autónomo desconocido por la ciencia y la religión. De no haberla conocido lo suficiente, habría jurado que alguna vez había tenido experiencias con LSD y por allí, por esos sinuosos, centrífugos y coloridos espacios fractales de la psicodelia andaba. Pero no, era más sencillo que todo eso. Era feliz. Dormía, dormía, soñaba y volvía a dormir. Cuando despertaba aprovechaba para hablar. No se sabía nunca muy bien de qué, pero era amable y dulce y no molestaba. Un ejemplo de conversación:

—Había un gato verde sobre el tejado y en los geranios caracoles azules...

—Perdona, querida, decías...

—Sí, ¿recuerdas aquella camisa azul de flores verdes, de una tela así como muselina...? Sí, mi madre tuvo una igual, o parecida, aunque era de algodón y no eran flores, eran pájaros...

—No sé, no recuerdo. Además nunca llegué a conocer a tu madre.

Bostezo largo y lento. Mudo.

—Pobrecita.

—¿Quién?

—¿Quién qué?

—¿Qué dices?

—Nada, no importa. ¿Has desayunado?

—Sí, esta mañana, ahora me van entrando ga-

nas de cenar, son ya las ocho....

—Las ocho... cómo pasa el tiempo. ¿No venían hoy a cenar tus amigos?

—Pero si vinieron ayer, ¿no recuerdas?

—Ah sí, Luciano y Alberto.

—¿Quiénes son esos?

—¿O eran Alfredo y Miriam? Sí, fue muy divertido.

Bueno, eso era la lucidez máxima. A los amigos les agradaba mucho su conversación. Y a mí también, por qué negarlo. Era amable y dulce. Sí, mi mujer era amable. Amable. Y dulce. Mi peluche. De todos modos intenté preguntarle lo del Winston.

—¿Winston, qué es, un músico? Sí, me gusta mucho Winston... ah sí, Marsalis, ¿has comprado un disco?

Yo jamás he comprado un disco de nada. No tengo ni radio en el estudio. La música siempre me ha dejado frío. Mi mujer era incapaz de recordar que yo odiaba la música —como tampoco se acordaba nunca del nombre del perro³ y cada vez lo llamaba de una manera: Mohamed, Alí Babá, Yussuf, Aladino (tenía pase), Ahmed, Omar, no sé de dónde sacaba tanto nombre árabe. De todos modos, el chucho estaba acostumbrado y siempre le daba la pata— pero tarareaba melodías hasta en sueños y recordaba las letras de to-

³ Por cierto ¿se acuerda usted del nombre de mi perro?

das las canciones de los últimos cincuenta años, más algunos madrigales de Monteverdi, dos o tres libretos de Metastasio, casi todas las óperas (en alemán no, creo) y por supuesto nombres de cantantes olvidados. Tan olvidados que hasta ellos habían olvidado que alguna vez fueron cantantes, pero mi mujer recordaba cómo andaban vestidos, cómo se movían, qué cantaban (para su vergüenza) y los hacía volver a ese tiempo lento y cálido en el que vivía.

Usted se preguntará cómo es que vivíamos juntos y tan mezclados en casa. Pues es sencillo: la casa era grande, nos llevábamos relativamente bien, éramos una familia y todo eso. Y sobre todo, no había más remedio. Vivíamos de las pensiones de mis padres: él, ex-profesor de instituto, rama de Historia por supuesto, y mi madre ex-funcionaria de Hacienda, sección persecución del fraude, rama cobros forzados o algo así, supongo. Los demás no trabajábamos porque se suponía que era imposible encontrar trabajo. Probablemente fuese así, pero tampoco lo intentábamos mucho. Además yo soy un artista, recuerde: escritor experimental. Todo artista necesita compañía femenina estable para no desperdiciar su genio en bohemias, de ahí mi matrimonio. Y mis hermanas... bueno, ya sabe, no tenían especial interés en el mundo laboral.

Ahora que ya conoce un poco mi mundo, vol-

vamos al asunto que nos ha unido efímera pero eficazmente: colillas. Para que usted se haga una idea de lo que significa encontrar una colilla nada más y nada menos que de Winston en MI cenicero y lo que eso podía representar, habría que refrescar la enciclopedia contextual⁴ referente a esa apestosa marca de cigarrillos. Es lo que yo, tras mi siesta ritual, intenté como terapia prope-
dética inicial, digamos. ¿Me sigue? Preparar un expediente donde todas las informaciones se encontrasen, se conociesen, se relacionasen y produjesen informacioncitas que me llevasen a descubrir al tipo de las colillas. Y sobre todo, además de quién, cuándo y por qué y todas las preguntas que se me fuesen ocurriendo.

Winston. Nombre propio, masc. sing. Dícese de los cigarrillos de esa marca de cigarrillos: *cigarrillos Winston*. Más o menos. También de cada cigarrillo considerado en su unidad: *¿Me das un Winston?* O de una cajetilla: *¿Me traes un (paquete de) Winston?*

Bueno, visto así queda un poco ridículo, ya, pero no soy lexicógrafo, ni nada parecido, solo intentaba mantener las formas. Pero quizá sea más productivo dejar que la enciclopedia se desencuadere, vuelen las hojas, las frases y la memoria en un vórtice nicotínico que nos lleve a alguna parte. Veamos qué nos trae la palabra Winston.

⁴ Si usted se pregunta cómo se puede "refrescar una enciclopedia" póngale cubitos a la suya. ¿Vale?

Winston Churchill. Que fumaba puros y por tanto no tiene nada que ver con el asunto. A ver, más Winston. Sí, la pista de mi mujer, un tal Winston Marsalis. Llamé a Leopoldo el melómano. Nada de Winston, sino Wynton Marsalis, con la y griega y sin ese, un fallo de mi mujer que no podría reprocharle ya que no le hubiera importado lo más mínimo. Winston Smith, el personaje de *1984*, de Orwell, no, por ahí no, que nos rayamos. Más cosas. Un paquete de Winston lleva veinte cigarrillos veinte, tiene un índice tal de nicotina y tal de alquitrán, con unos dibujos rojos y blancos y un tipo de letra como de salón americano. La boquilla es del color de todas las boquillas que no son blancas. Y lleva unas pintitas como las boquillas que las llevan. ¿O no las lleva? Tendría que comprobarlo. Pero he tirado las colillas. Debería acercarme a un estanco y comprar un paquete. Otro día, ¿eh? ¡Ah, claro! Winston, el genuino sabor americano. La publicidad que recordaba solía ser de jazz años cincuenta, club Cotton-Club con negros cantando, tocando la trompeta, y New York o Chicago o New Orleans o... qué más da, de noche con sus lucecitas tan bonitas. Imagen típica de la América más americana. Mientras Marlboro era el símbolo de la América salvaje, del oeste, de los muchachos-vaca, de los cow-boys, Winston lo era de la América del este, urbana y desarrollada.

En su momento, entre nosotros, la periferia más casposa del imperio, fue un tipo de tabaco que imponía, tabaco de macarra, vendido casi siempre de contrabando, cuando se creía que si era americano era mejor. Antes de la era de los lights, ultralights, superlights. Antes del Gran Anatema, de la Gran Prohibición. De la Gran Inflación. Ya ve. No era un tipo de tabaco que se encendiera con cerillas o con clíper. Con encendedor metálico. O de oro. Aquí me paré: flashback. Y apareció entre las bambalinas de mi memoria, con sus andares manisos, zambos, la poco agraciada figura de mi tío Paco. Fumaba Winston, sí, mi tío Paco. Mi tío Paco. Era un personaje, mi tío Paco. (Ya me está entrando el vicio heredado de mi madre). Tenía un bigote como de coño. Ya sé que los coños no tienen bigote. Pero sí, como si se le hubiese quedado pegado el coño de alguna amante (es un eufemismo) pegado sobre el labio superior. Era gordo, bajo y calvo, como mi padre. Como los hombres de la familia. Como las mujeres de la familia también, solo que estas tienen en las tetas el volumen que los hombres, bueno, que mi tío Paco tenía en la panza. Y el bigote más ralo, las mujeres. Llevaba un reloj de oro, una esclava de oro en la que ponía Francisco (le preguntábamos —para que se enfadara, ¡y cómo lo hacía!— a quién se la había robado) un cordón de oro con el que podía ahorcarse sin temor a

inoportunas roturas, un escapulario de oro como un doblón de oro. Y un anillo, un mechero, un diente... y qué se yo más, de oro. Está claro, era constructor. Lo fue hasta que la tentación pudo más y se recicló en estafador inmobiliario. Si alguna vez no lo había sido. Desapareció con no sé cuantos millones, muchos parece, dejando a cientos de familias con un solar embargado y muchos camiones de ladrillos amontonados a pie de obra, que se dice. Porque obra no había. Simpático, el tío Paco. Un cabrón, el tío Paco. Y fumaba Winston, (a coro) ¡el tío Paco!

Llegados a este punto, usted y yo, si es que no me he quedado solo, deberíamos hacer una breve pausa para la reflexión. Apostemos. Supongo que se estará haciendo varias preguntas desde la primera página, y algunas más le habrán surgido conforme hemos ido avanzando. La primera, la gran pregunta es: ¿qué (coño, opcional) ha sucedido realmente con el hombre invisible?, ¿cuándo aparece en escena?, ¿qué hechos ocurrieron, *en realidad*, como anuncia el autor en la primera página, al final del segundo párrafo? Y después, como es lógico, usted se dirá ¿hasta cuando vamos a seguir con la (tacos al gusto) colilla? Si me equivoco, le debo una. Si tiene más preguntas que hacer, por favor, no me atosigue. Yo que usted me tranquilizaría, confiaría en la capacidad de un (gran, opcional) escritor experimental para

desarrollar el *plot*, la trama, el argumento, la intriga o como quiera llamarlo, me abandonaría en sus manos y... Venga, que se duerme. Sigamos.

El exhaustivo análisis de mi competencia enciclopédica no me sirvió de mucho, no conseguí nada que me pudiese ser útil, salvo recuperar la memoria de mi tío. Y a saber dónde, en qué envidiable paraíso putero-cubatero andaría mi tío Paco por aquellos tiempos. Me empezaba a aburrir, visto que no descubría nada, no aparecían más colillas y mi enfado se iba esfumando. Lo mejor sería comprar unas cervezas en la tienda de La Marrana⁵ e intentar picotear algo en la cocina, si lo permitía mi madre. Soy terriblemente ordenado, lo que es bastante inusual en un artista y, antes de abandonar mi estudio, comprobé que todo estaba en su lugar: el cenicero lleno de colillas (blancas blancas blancas); libros, folios, papeles, papelillos y papeletas revueltos; las tazas sucias de café reseco y los botellines de cerveza volcados, derramando sus espumosas gotitas sobre mis escritos; huesos del perro a medio roer, ropa sucia a medio roer (inquebrantables caprichos caninos), clínex usados, pelusas gigantes y telarañas por los rincones, debajo de la mesa y en las estanterías. Me gustaba, me gusta mi estudio.

Me dirigía hacia la puerta entornada cuando comenzó todo. (Véalo a cámara lenta, como yo lo

⁵ Apelativo cariñoso con el que conocíamos en el barrio la tienda de la esquina. Motivado.

recuerdo, como sucedió). Lo primero que vi fue la ceniza, dos milímetros de ceniza gris blanquecina, (como cuando empezamos a pensar inadvertidamente en sacudirla en el cenicero, momentos antes de que sea realmente necesario) después la brasa, encendida a no sé cuántos grados, muchos, por lo que llega a quemar, resaltando contra la oscuridad de la pared del pasillo, entre el borde de la puerta y el marco, y luego, lentamente, el blanco cilindro que las seguía, a la ceniza y a la brasa. En ese orden: ceniza, brasa, blanco cilindro. Y después la boquilla. Marrón, con sus pintitas. De Winston. Pasaron despacio, en perfecta sucesión, como a dos centímetros por segundo, tardando (treinta centímetros de la puerta al marco entre dos, zum zum perepepé: quince segundos, la eternidad). Primero desapareció la ceniza, por el otro lado, luego lo que la seguía, brasa, cilindro blanco. Y por último la boquilla, como es obvio, siguiendo un demoníaco orden ritual. Y después nada. ¿Comprende? Nada.

Regreso de Ultramar

UNO

"pacem, pacem, pacem..."

Concilio de Verdun-sur-le-Doubs, 1016

Se detuvo despacio, evitando tensar en exceso sus castigados músculos para hacer otra parada, otra más entre las muchas que habían realizado en el que para él era eterno camino. Piafó, de su hocico brotaban blancas columnas de vapor que desaparecían en el frío aire de la tarde, pequeños borrones de niebla frente a sus ojos opacos y vencidos. El hombre descabalgó. Era recio y grande. Los gruesos ropajes invernales, el tabardo de pieles, la espada y la cota de malla, lo hacían pesado y lento. El caballo se lo agradeció con un leve gesto de su cola. La espesa hierba, de un verde que jamás había soñado, mojada por la lluvia pertinaz que caía desde hacía días, le dificultaba el paso y ahora estaba aterido pese a las viejas mantas que, a modo de gualdrapas, el hombre le había colocado al iniciar el paso de las altas mon-

tañas, algunas semanas antes. Había olvidado el calor que durante toda su vida había conocido, echaba incluso de menos las moscas que tanto había odiado.

El hombre dio unos pasos hacia delante, luego se detuvo, mirando al horizonte. Densas nubes violáceas presagiaban el arreciar inminente de la lluvia, la misma lluvia que los acompañaba durante los últimos días del viaje. Los picachos de las montañas desgarraban las nubes, tan pesadas que apenas se alzaban sobre las montañas, empapando la tierra, los árboles, la hierba con un agua fría que pronto sería nieve. Entre girones de niebla que se arrastraban colina abajo, deshilachados e inciertos, volaban águilas y buitres que aprovechaban la mortecina luz de la tarde para atrapar las últimas presas del día. Desde el altozano donde se habían detenido hombre y caballo se anunciaba un valle que poco a poco se abría entre las montañas. El verde de los prados era oscuro y nítido, la luz mojada había lavado cualquier rastro de polvo. Quizá las primeras nieves viniesen tras aquellas nubes que ocultaban el cielo, empujadas por el frío viento del norte.

Cogiendo las riendas del caballo, el hombre echó a andar despacio por la suave pendiente que llevaba hasta el inicio del valle. De vez en cuando se detenía, indeciso, como si pensase que ese camino era errado o no supiese bien hacia dónde

se dirigía, hacia dónde se quería dirigir. Tras caminar durante un trecho, volvió a montar —para pesadumbre del cansado caballo— y, cubriéndose la cabeza con el manto para resguardarse de la lluvia que había arreciado de nuevo, lo espoleó con un gesto que éste entendió como ya está bien de dudas, vamos a llegar de una maldita vez, sea donde sea que haya que ir.

Los campesinos que lo vieron llegar no lo reconocieron. Volvían a casa tras un día duro y agotador como tantos otros, chorreando y con barro hasta las rodillas, unos con un haz de leña húmeda a la espalda, otros jaleando a los lentos bueyes a quienes no les importaba la espesa lluvia, algunas mujeres con una cesta de nabos para la cena y un enjambre de críos pegados a sus faldas, todos demasiado cansados, empapados y hambrientos como para fijarse en aquel hombre embarrado como su caballo, demacrado, de larga barba y mirada triste y perdida que se dirigía hacia el castillo. ¿Un buhonero, un mercader, un mensajero, un franciscano? Qué importaba. En ningún caso hubieran podido pensar que su señor, el gran señor de Axuch, volvía de Tierra Santa de ese modo, con esos ropajes gastados y sucios, solitario como un eremita, sin séquito, sin compañía alguna, casi como un pordiosero.

El camino era una serpiente desdibujada en la ladera; rebaños de cabras y ovejas sucias, puercos

correteando bajo los estacazos de la chiquillería que intentaba agrupar las pjaras, moteaban la subida hasta el viejo portón de madera del castillo. Lloriqueando una limosna, un mendigo se acercó al caballo y elevó una mano llena de llagas, o de roña, o de ambas cosas, hasta la pierna del hombre, que lo miró sin ver, desde una distancia aumentada por el cansancio reflejado en las sombras que enmarcaban sus ojos, en su tez pálida, en sus mejillas descarnadas.

—¡Es el señor de Axuch, ha vuelto el señor de Axuch! ¡Loado sea el Señor!

El grito del pordiosero se fue abriendo camino hasta el castillo, pasando del ronco vozarrón del mendigo al grito agudo de una mujer preñada, de la pregunta sorprendida de unos jóvenes que jugaban a las tabas al suspiro de indiferencia de varios ancianos a quienes ya nada sorprendía.

El caballero, ahora el señor de Axuch, palmeó los cuartos traseros de su caballo con resignación, y éste, indiferente al griterío, a las voces que se desgañitaban a su paso, aceleró ligeramente, pensando que quizá, por fin, encontraría un poco de calor tras aquellas piedras mohosas.

Así que, después de todo, pensó, el castillo seguía allí, enquistado en la roca, aunque ahora se le aparecía diferente, como en una escala menor, menos temible, una simple sombra recortada contra las nubes que hubiera debido reconocer

como hogar: la herencia de su padre, de su estirpe. Era como llegar a cualquier parte. O a ningún sitio.

DOS

A la mesa frente a la enorme chimenea llegaba un poco de calor, demasiado poco para Hugo de Axuch, rodeado de caballeros y damas que quizá hubiese conocido tiempo atrás, tanto tiempo antes, cuando había sido como ellos; y entre ellos, su señor; pero ahora él era otro: el otro. Nada le sugerían sus rostros, en los cuales solo podía entrever algo de lo que una vez fue, intuir un parecido, recordar un perfil tanto tiempo olvidado. Merced a sus nombres y a sus títulos, conseguía reconocer algunos cambios en las familias, las nuevas parentelas, quiénes los desaparecidos y quiénes los recién llegados, aunque en realidad no sentía curiosidad alguna por saber cómo se había transformado su pequeña corte. Se sentía mal, incómodo entre tantas personas que apenas recordaba, demasiado lejanas para poder recuperarlas, aunque ahora se acercasen despacio, fantasmas sonrientes de un tiempo ya marchito que no quería recordar. Habría preferido sentarse solo frente al fuego para intentar entibiar sus viejos y cansados huesos. Antes de la cena había pedido

tomar un baño, pero ni la reducida tina, ni el basto jabón, ni la áspera camisola de burdo algodón lo habían reconfortado lo suficiente. Ahora trataba de engullir esa comida insípida y grasienta, los gruesos trozos de carne mal asada, los nabos hervidos, las cebollas crudas, todo ello servido en tosca vajilla de barro. Casi hubiera preferido la galleta y el tasajo de los largos días de marcha a caballo. El tiempo no le había endulzado la memoria, no se había engañado recordando su hogar más acogedor de lo que nunca fue, pero tampoco había pensado que le resultaría tan inhóspito. No había sentido nostalgia durante todos esos años. Había recordado a veces, sí, con un ligero estremecimiento de placer, la nieve y la lluvia, el verde de la hierba y la frondosidad de los árboles, alguna cabalgata en esos bosques, alguna cacería, incluso alguna escaramuza en las constantes luchas entre reyes y señores a los que servir. Pero lo que recordaba con más intensidad, con absoluta viveza, era la tierra, su tierra: las montañas, los ríos, el agua fresca, el musgo, los ciervos saltando entre helechos, las águilas contra el frío azul de los inviernos. Emblemas distantes, casi ajenos, de aquellos días de juventud pronto quebrada por el espejismo de otras tierras, por el mar soñado. Nunca tuvo fe ni codicia. No lo impulsaron los mismos motivos que a los demás cruzados. Quizá ni siquiera llegó a tenerlos. No

fue un fanático ni quiso recuperar la Santa Cruz de manos impías, tampoco tenía que conquistar un reino: ya poseía uno. Las imágenes de la fantasía, en la juventud, encandilan a ciertos espíritus, quizá a los que se prestan a su embrujo, de tal modo que no pueden más que seguir la estela de sus sueños. En cualquier caso, Hugo supo que tenía que marchar, que no habría podido quedarse en sus tierras oyendo durante el resto de su vida las mismas leyendas, las mismas historias fabulosas que propalaban los peregrinos sobre ciudades de ensueño, en las que sus habitantes vivían en magníficos palacios y vestían a diario suntuosas sedas, contemplando las insignias de terribles cicatrices en los guerreros que conseguían volver tras haberle cortado la cabeza, o quién sabe qué otras partes, a cientos de infieles en terribles batallas bajo un sol ardiente, haciéndose repetir las crónicas fantásticas de los juglares que narraban la vida de esos afiebrados señores que nunca se decidían a retornar a sus tierras, a volver a sus castillos, a abandonar Ultramar, atrapados entre los brillos del oro de sus tesoros y el humo de los pebeteros de sus harenes. ¿Qué habría más allá del mar?

—Sí, estuve dos años prisionero de Saladino, tras la batalla de Hattin.

—¡Oh, debió de ser terrible! ¡Dos años entre perros infieles!

—No tanto como podéis haber imaginado. Yo acababa de llegar a Palestina. Poco más que los vaivenes del barco genovés que nos transportó conocía. Fue mi primera batalla, si puede llamarse así al infierno al que nos llevó Reinaldo de Châtillon en los Cuernos de Hattin. Ahí empecé a comprender —¡y a qué precio!— lo que en realidad éramos. Aunque, como prisionero, al principio me sentí humillado (el señor de Axuch, deseoso de entrar en batalla, sintiéndose de pronto derrotado, prisionero junto a su rey y todos los barones del reino), no pude tener mejor modo de conocer dónde me hallaba. Fue una experiencia cautivadora y agradable, más de lo que había podido imaginar. Saladino nos acogió como ningún rey de la cristiandad podría haberlo hecho, tratándonos con deferencia y amabilidad, con suma cortesía, como grandes príncipes que en realidad no éramos. Al margen del hecho de estar prisionero, fue una estancia asaz comfortable. Tuve ocasión de conocer mejor a nuestros enemigos y de paso aprender algo de álgebra y astronomía, materias en las que son maestros; leer a algunos de sus magníficos poetas, deleitarme con sus exquisitos manjares...

—Así es como Saladino corrompía el corazón de nuestros guerreros... —Dijo en tono socarrón, mientras mordisqueaba un trozo de carne, un joven sentado a poca distancia.

—¿Osas decir que el corazón de tu señor, que acaba de volver de Tierra Santa, tras luchar más de veinte años como cruzado, está corrupto? ¡Por Dios y la Santa Cruz que he de abrirte la cabeza de un mandoble con esta espada que ha destripado más infieles de los que tú nunca verás, bastardo de gorrinera!

Exclamó Hugo, y alzándose sobre la mesa cuan largo era, derribando copas y bandejas sobre el regazo de las sorprendidas damas y de los atemorizados caballeros, alzó al cielo su espada y a punto estuvo de descargarla sobre la cabeza de ese impertinente que no había calculado bien que su señor, aun débil y agotado, era el señor de Axuch, y que, sentado a su mesa, en adelante nadie podría, si así había sido hasta ahora, dar rienda suelta a sus chanzas, ironías y chascarrillos. Habría de medir sus palabras, en adelante.

—Perdonadme, mi señor, jamás habría osado decir, ni aún menos pensar, semejante cosa. Muy al contrario, estoy convencido de que vuestro corazón es puro como el unicornio y que vuestra alma, Deo volente, tiene sobrados méritos para la Gloria. Solo pretendía...

—Refrena tu lengua, muchacho, tus halagos no calmarán mi ira. Mis oídos han sentido demasiadas zalamerías para que puedas impresionarme, y también están cansados de oír juicios vanos y necedades, así que piensa siempre dos veces lo

que hayas de decir, y si has de decir tonterías, mejor mantén la boca cerrada.

Hugo no sabía quién era el joven, uno de los parientes de su esposa, quizás. Por la reacción de los comensales, por su silencio tenso y avergonzado, diríase que había sido él quien había pronunciado palabras necias, quien había ofendido al mequetrefe. Descubrió que, desde ese momento, era un enemigo, quién sabe si notable, en cualquier caso uno más. ¿O acaso lo fueran todos, en ese viejo castillo que era suyo por derecho, pero donde se sentía como un intruso?

—Serenáos, señor, vuestro sobrino Raimundo, no ha querido ofenderos — dijo con fría calma la que aún era su esposa, Leonor de Sulzbach, sentada ahora a su lado, sirviéndole otra copa de ese vino áspero y resinoso que le iba embotando la cabeza. Casi no podía recordar, en aquel rostro macilento y ajado, a la doncella apenas desposada que dejó tantos años atrás. El Tiempo, único gran señor, había obrado estragos en la figura de la que otrora fuera dama deseada por caballeros y cantada por trovadores. Apenas llegado al castillo, ni tan siquiera la había distinguido entre los demás. La sorpresa de su inesperado retorno había provocado enorme revuelo entre la servidumbre, que improvisó, con prisa y torpeza, las ceremonias ampulosas de la bienvenida. Mientras las rechazaba con desgana, deseoso de un poco de

descanso, en una interminable rutina de saludos, parabienes y demás halagos y lisonjas, descubrió de improviso en la mujer que tenía frente a él a su esposa. Poco después, solos en sus aposentos, se habían mirado desde una distancia mayor que la que procuran los años, reconociéndose pese a los estragos de sus cuerpos, ajenos como desconocidos, arropados tan solo por su propia desolación, sin deseos de fingir algo que hacía años quedó roto, o que ni siquiera llegó a existir, algo que perdió cualquier atisbo de posible, de real, cuando él decidió partir, cuando abrazó la cruz en pública, inesperada promesa. Una sorpresa para ella. Más que una sorpresa, una traición. No lloró, ¿había él acaso esperado lágrimas? No, pero tampoco esa mirada de odio que jamás olvidaría, ni las duras palabras que le escupió a la cara: si marchaba lo consideraría muerto para siempre. Lo sorprendió de su reacción que hubiese tenido en más consideración las consecuencias políticas de su partida que los evidentes peligros que, para su recién desposado, suponía marchar a una guerra lejana. Una mujer sola perdería apoyos ante el rey, entre la jauría de nobles que disputaban continuamente, aunque su esposo fuese un cruzado, o precisamente por ello. El señorío podría peligrar. Era ambiciosa y él la traicionaba, marchándose a una empresa incierta en la que había poco que ganar y mucho que perder. Leonor sabía que

su apenas conocido esposo no era un guerrero ni un conquistador, que no alcanzaría mayores prebendas, influencias ni poder en Palestina, Siria, Egipto o donde quisiera que fuese a parar. Hugo intentó hacerle ver que mientras él fuese cruzado, hasta que él volviese, si lo hacía, ella sería la señora de todas sus tierras y vasallos, de sus bosques y castillos, de todo lo que le pertenecía por derecho. Y con una voz tenue pero firme acabó aceptando que quizá sí, quizá muriese, para siempre, como se mueren los muertos, pero que no sería ella quien lo decidiese. Leonor, enfurecida, lamentó no tener a mano nada que arrojarle a la cara; abandonó la estancia al comprobar que aún no había aprendido a matar con la sola mirada.

No volvieron a verse. Nunca se había preguntado si habría podido llegar a amarla alguna vez. No había contraído esponsales por amor, ni siquiera había llegado a verla hasta unos días antes, respondieron a la conveniencia política, según los intereses del señorío y del rey, aunque no para la casa de Sulzbach, que veía en su unión con la de Axuch una merma de sus derechos de sangre. Leonor, princesa, blanca, bella, altiva, fría, luna de invierno, ¿era la misma mujer que ahora no conseguía reconocer, redonda como una barrica, de tez marchita y ajada, párpados hinchados y un decidido rictus hostil y amargo en la boca? Solo el brillo de sus ojos permanecía, quizá más azul,

más opaco, más duro, pero también más ausente. ¿Qué habría sido de su vida durante estos años?, ¿cuáles sus amantes y sus enemigos?, ¿acaso los confundiera, a veces?, ¿a quién habría destrozado su ambición?, ¿quién o qué habría hecho aflorar en su mirada el odio despiadado y cruel que antes velaban sus hermosos ojos? La indiferencia lo hizo mirar por la ventana la negrura de la noche estremecida por el viento y la lluvia. Le pidió que lo dejase solo hasta la cena. Apenas habían cruzado palabra.

Sentados ya a la mesa, de vez en cuando, con disimulo, giraba un poco la cabeza para mirarla, pero ella lo evitaba, fingiendo no notarlo. En realidad, Hugo no tenía mayor interés que el de recordar cómo es el rostro del desconocido que nos acompaña en una velada, ese rostro que olvidamos a cada minuto. Lo mismo le ocurría con el resto de comensales. No habría podido reconocerlos más tarde entre los criados o los caballeros de no ser por sus vestiduras. Al fin y al cabo, olían igual. Supuso que su enorme desgana nacía del cansancio, del lento caminar a lomos de su caballo desde las costas de Sicilia, tras el naufragio. Había salido de Acre con buen tiempo pero, varios días después de abandonar Limassol, en Chipre, el mar había ido empeorando. El invierno entonces se precipitó con vehemencia, las primeras lluvias dieron paso a una galerna que

les desvió del rumbo, amenazando con enviarlos a Egipto o a Túnez. Luego se convirtió en tempestad y volaron sobre las aguas entre trombas de agua y torbellinos. La tempestad no amainó en varios días, destrozó primero las velas, luego los palos, el barco desarbolado era una minúscula cáscara de nuez a merced de las olas que barrieron caballos, caballeros y marineros de la cubierta y, finalmente, arrojaron los restos de la nave contra las costas de Sicilia con tal violencia que solo unos pocos consiguieron sobrevivir, posiblemente solo los que sabían nadar o los que pudieron aferrarse a algún madero, como él. Aunque lo había perdido todo, gracias a la ayuda del rey de Sicilia pudo comprar un caballo árabe en Messina y partir por tierra, cruzando Italia primero y después los Alpes. No había vuelto a pensar en embarcarse una vez más hacia Génova o Marsella, desde luego. Nunca le había gustado navegar y, después de la última experiencia, ya no lo haría nunca más. Admiraba el mar pero sentía que le era ajeno, que estaba más allá de su comprensión, más allá de cualquier pregunta o explicación, de cualquier uso. Odiaba a los pisanos, a los genoveses, a los venecianos. Se creían, y lo eran, pero solo para el comercio, los dueños del mar, por eso se alegraba cuando se enteraba de que alguna de sus naves o toda una flota había sido engullida por las olas, que sus tesoros dormían, inalcanza-

bles, en el abismo. El mar no permite señoríos.

Una voz le requirió algo sobre Palestina, haciéndole volver al presente; alguien le insistía para que contase aventuras, milagros, batallas, crueldades, cualquier cosa. Parecía que su deber era entretenerlos esa noche. Pero no accedió. Se quedó mirando los blasones y estandartes que recubrían las altas paredes, pensativo, mientras los demás, molestos e incómodos, se iban retirando. Desde que zarpó hacia las costas de Sicilia y después, durante el largo viaje por tierra, se había prohibido pensar en Palestina, pero ahora los recuerdos volvieron con fuerza, con una nitidez estremecedora: el caótico viaje hasta Constantinopla, en una expedición que era más una horda de fanáticos saqueando y asesinando que una cruzada; la luz dorada del amanecer en el Bósforo, la maravilla de una ciudad jamás soñada; la península de Anatolia, Siria, el desierto implacable y el sentido absoluto del agua que devuelve la vida en un ansiado instante, que hace renacer entre frescos mármoles; Palestina, el dulce, melifluo aroma de los jazmineros al anochecer, mientras oía el murmullo de las fuentes en los patios; el olor del arroz y del azafrán, del cardamomo y de la nuez moscada, del clavo y del almizcle, y de tantas otras especias traídas de Persia, de la India y de lejanas y misteriosas islas; los dulces de almendra, miel y pasas, con una taza de esa hierba amarga y

suave, el té; la suavidad de la seda, la frescura del lino en los amplios y confortables lechos perfumados con incienso; las delicadas conversaciones con poetas y filósofos que tanto le había costado entender, y no solo al principio, pero que poco a poco habían ido introduciendo en su espíritu el placer de la duda, el amor por la paradoja, la pasión de conocer. Recordaba versos de tantos poetas de Damasco y Bagdag, de Antioquía y Tiro... Se levantó con brusquedad volcando la silla, asustando a los perros que dormitaban a sus pies. Miró a su alrededor y sintió frío. No quería recordar, no había vuelto para recordar. No sabía aún para qué había vuelto, tampoco si en realidad lo había hecho.

TRES

El invierno aumentó su tristeza. A la corta blancura de los días sucedía el cada vez más largo sueño de las noches. Hugo pasaba las horas recorriendo el castillo, entre viejos sirvientes a los que sonreía desde muy lejos, volviendo a descubrir rincones olvidados, armaduras, cotas, espaldas, espadas oxidadas, alabardas y estandartes, recuerdos de batallas perdidas o ganadas, ahora qué importaba. Salía a recorrer embarrados caminos en su caballo árabe engualdrapado, bajo

la mirada condescendiente de los ateridos campesinos, vasallos que miraban a su señor, desde la desgracia usual de sus vidas, con un desdén entreverado de pena. Creían que había visto el infierno y que nadie puede volver de allí con el corazón y la cabeza, pierde uno o la otra; y se apiadaban de él. Al caer la tarde se arrebujaba entre pieles frente a la chimenea, mirando azulear las llamas, resquebrajarse los troncos, consumirse los rescoldos, enfriarse la ceniza, impasible. Después, en su lecho, las horas eran quietud y temor, viento entre las piedras de las almenas, almenas que solo eran piedras amontonadas, unas encima de otras para nada, para que el viento las hiciera gemir antes de derrumbarlas, el mismo viento que entre los árboles, entre sus cortezas y sus ramas y sus hojas endurecidas por la nieve, tañía todos los instrumentos de la negra, larga noche, la sinfonía opaca del frío que desterraba el sueño.

Hugo empezó a temblar una de esas noches. Se encontraba en un claro del bosque sobre un tapiz de nieve inmaculada, la luna creaba sombras entre los árboles pero la nieve resplandecía espectral, como iluminada en sí misma. Se fue desnudando despacio, soltando sus ropas al viento que las llevaba lejos, más allá de los árboles, sin un sonido, sin aleteos. No sentía frío, su piel era ajena, podía haber corrido y dormido como un ciervo, como un lobo, entre la nieve. Se acos-

tó, dibujando su cuerpo en ella, y se entregó a su abrazo glacial, a su absoluta belleza. Sus propios temblores lo hicieron despertar, hubiera querido gritar pero sabía que era imposible. Entrevió apenas que estaba desnudo sobre su cama, que había arrojado los cobertores y las pieles a sus pies y que sudaba aunque la temperatura de la estancia fuese gélida. El frío que sentía era sobrenatural, se iba haciendo cada vez más denso, más cortante, le penetraba la piel, la carne, los huesos, el alma. Estaba rígido, no podía doblar las rodillas, ni casi mover las manos. Entonces supo que era la fiebre, la fiebre que volvía. Y deseó que fuese rápida. Definitiva.

Había sufrido todo tipo de calamidades desde que partió hacia Jerusalén. El terrible sol del desierto —que el *khamsin* polvoriento, seco, ardiente, que soplabá del sur convertía en una pesadilla— había estado a punto de matarlo en más de una ocasión. Cabalgar con la armadura, o solo con la cota, se convertía en una tortura y, a veces, el agua (¡el agua!) se agotaba demasiado pronto o aparecía demasiado tarde. Muchos hombres habían caído fulminados a sus pies, el rostro desencajado, entre delirios y espasmos. Pudo escapar del tifus, del cólera y de la peste que diezaban las tropas pero, merced a las aguas emponzoñadas que hubo de beber para no morir de sed, no consiguió evitar la disentería que le devoró las

entrañas. Pasó mucho tiempo sin poder casi comer. En ocasiones, lo que no tuvo fue, ironía del destino, algo que echarse al colete, y en otras probó el duro bocado de las cinchas de cuero de su caballo, que se comió antes que a éste, proceder de caballero que hubiera preferido evitar. Fue quemado en un asalto cerca de Antioquía con fuego griego, perdió la piel de las piernas y tardó meses en volver a andar con normalidad. Se quedó sin pelo y se le cayeron las uñas por la extraña arnaldia, aunque tuvo suerte y lo dejó vivir; aún así, muchas cicatrices le hacían recordar el mordisco de la cimitarra, la dentellada de la flecha, los verdugones de la maza que tantas veces lo habían llevado al borde de la muerte. Pero nada le había resultado tan pesados, tan difícil de soportar, como las recurrentes fiebres de la malaria y sus delirios, que volvían sin previo aviso y cada vez con mayor fuerza.

Durante varios días se debatió entre la vida y la muerte, una muerte febril y cercana que era ya como un infierno diminuto y efectivo en el que toda su vida perdía sentido, se recomponía en imágenes absurdas en las que todo lo bueno y hermoso, tan escaso, se desvanecía y solo quedaban los engaños, los horrores, las maldades, las traiciones. Volvía a ver ciudades enteras pasadas a espada, ríos de sangre correr por las calles sagradas de la Jerusalén liberada, salones repletos

de vísceras, brazos, manos, piernas, orejas, cabezas, cabelleras, pedazos irreconocibles de carne humana, como tajadas de carnicería que inundaban la ciudad, tiñéndola de un rojo que se elevaba hasta muy arriba por los muros, por las torres de las iglesias, de las mezquitas, de los palacios en cuyos salones leprosos y mercenarios, cruzados y salteadores de caminos violaban a niñas, mujeres, ancianas, en el caos de la rapiña, en el éxtasis de la sangre, en la locura inconcebible de la destrucción. Niños musulmanes asados al espetón por barbudos caballeros famélicos que reían y lloraban, desquiciados como fieras histéricas, mientras sus fauces devoraban esas tiernas carnes. Veía la corte de mendigos, pordioseros, prostitutas, falsos profetas, santones iluminados, borrachos, ladrones, tullidos, toda la escoria que seguía a los ejércitos como buitres, como hienas, alimentándose de las heces, de la carroña de la guerra. Libertadores del terror. En sus incubos, alimentados por la fiebre que su sangre retenía, Hugo volvía a vivir la aterradora verdad de su cruzada. Todo el dolor que había creído olvidado se presentaba ante él ahora con una claridad insoportable. Su voluntad desfallecida no podía detener la corriente impetuosa, desbordada, de los sueños que eran recuerdos incluso ajenos, ahora convertidos en una sucesión demasiado vívida de más de veinte años de locura y alucinación, de

aventura y vergüenza. Mientras su cuerpo luchaba por sobreponerse a la fiebre, por detener ese torbellino de imágenes en una cierta paz que, al menos, le permitiese el sueño, que sosegase por unas horas la locura de tanta barbarie revivida, Hugo, el caballero que había sobrellevado todos los espantos, se sentía derrotado y solo esperaba la muerte.

Volvía también a su mente cuanto su vieja aya le había susurrado días antes, mientras contemplaba el atardecer desde la almena que mira al oeste. Se había acercado sigilosa, con un miedo difícil de entender en una anciana, aferrándose a su brazo con manos crispadas, quién sabe si por enfermedad o por terror.

—¡Mi señor, agradezco tanto al cielo que hayáis vuelto! Pero os siento triste y ausente, ¿no tenéis el menor interés en conocer lo que ha ocurrido en todos estos años en que no habéis velado por nosotros? Tenéis que haber sufrido mucho para no sentirnos alegre de volver a vuestro hogar. Habréis ganado un poco de Paraíso pero quizá nunca os deberíais haber marchado, claro que lo hicisteis en nombre de Cristo y no se os puede reprochar, aunque de poco haya servido. Nunca lloraremos bastante la pérdida de Jerusalén, el Señor nos ha considerado indignos, ¡ay de nosotros, pecadores! Pero debéis pensar en vos, señor, y en vuestra tierra. En verdad que debe-

ríais, cuando menos conocer algunas cosas. ¿No reconocisteis a madama Leonor a vuestra llegada, verdad? Me percaté de ello, señor, porque no dejé de miraros como se mira la aparición de un ángel. ¿Cómo podríais haberla reconocido? Ha cambiado mucho su aspecto, pero sigue siendo la misma. Bien, vos la conocisteis poco tiempo pero ya sabíais como era... pues... malvada, como siempre, como lo han sido todos los de su sangre. Suerte tuvisteis de no tener que convivir con ella todos estos años. No habrá sido fácil y cómoda vuestra vida pero al menos os librasteis de una arpía. Perdonadme mi señor, pero es tan cierto como que el cielo es azul, aunque lo oculten las nubes. Debéis tener mucho cuidado. Sus hijos no permitirán...

—¿De qué hijos habláis? Yo no he tenido hijos.

—Vos no, señor, a lo que creo, pero madama Leonor sí. No hay mucha diferencia entre sobrinos y bastardos en esta casa, señor. Raimundo, Esteban y Guillermo de Sulzbach son sus hijos, señor. Aunque siempre los hizo llamar sobrinos. Madama Leonor decía que su hermana prefería que se criasen en el castillo como nobles, así que se los enviaba recién nacidos, señor, ¡recién nacidos!, ¿quién habría de creerlo? Y no son hijos del mismo padre. ¡Oh, no, señor! De diferentes padres. Por Raimundo se dice que corre incluso

sangre real, aunque yo no lo juraría, a tenor del odio que corre por sus venas. Es un desalmado y Dios quiera castigarlo por todo el mal que ha hecho y el que aún, si Dios no lo remedia, ha de hacer...

—¿Qué me decís, aya?, ¿es la edad la que os hace hablar así de madama Leonor y del rey nuestro señor?, ¿acaso ya no distinguís entre las infamias y calumnias de la corte y el respeto hacia vuestros amos?

—Señor, os juro por toda la corte celestial, por lo más divino, que no miento ni los años han hecho más mella en mí que la de arrugar lentamente este rostro y este cuerpo que ha de pudrir pronto la tierra. Esteban es hijo de un conde, del conde de Blois, a lo que parece; y Guillermo de un apuesto —¡y tanto!— alabardero que murió en mi cama, con la lengua negra y sufriendo horribles estertores. A buen seguro que fue envenenado.

—Os habéis vuelto loca, aya, dejad ya estos infundios y volved a las cocinas a chuscarrar faisanes.

—Señor, perdonad a esta anciana que siempre os ha querido bien y que solo desea que sepáis la verdad que aquí todos conocen y nadie se atrevería a deciros, pero yo, que os he amamantado, os he visto crecer y sé de la nobleza de vuestro corazón, aun temiendo vuestra ira y vuestro odio, que me han de destrozar el corazón ahora que

ya no me queda casi aliento, os he de poner en guardia...

—Estáis empezando a desvariar.

—¡Señor, escuchadme! Vuestro retorno ha trastocado los planes de madama Leonor, que siempre ha pensado que Raimundo sería su heredero, vuestro heredero quiero decir, pero no esperará mucho ni escatimará medios para conseguirlo. Conozco sus malas artes, y aún podría deciros mucho sobre ellas si pensase que me habríais de creer. Poned atención a cuanto ocurre a vuestro alrededor. Y no bebáis el vino que os escancie vuestra esposa. ¡Vuestra esposa, maldita furcia!

—¡Basta ya! Y agradeced a vuestra vejez, y al respeto que os debo por los días felices que me procurasteis en la infancia, que no os eche a patadas del castillo. ¡Marchaos, y no oséis repetir en mi presencia, ni difundir por ahí, tales habladurías!

Había seguido mirando hacia el oeste, viendo cómo el sol desaparecía tras recios nubarrones que parecían nacer de las oscuras montañas, brotando de la tierra y elevándose hacia el cielo como una mancha oscura que lo invadiese todo. El viento comenzó a doblegar la altivez de los árboles, pero él siguió allí, erguido, aferrado a las piedras, azotado por las ráfagas de viento que empezaban a llegar cargadas de recias y he-

ladas gotas, emborronando los contornos de los campos, de las laderas, de los bosques, cada vez más cerca la tormenta. Sabía que era verdad, que tenía que ser verdad, el aya no le habría mentido nunca; si acaso, le habría ocultado lo que no supiera a ciencia cierta. Pero nada de cuanto le había referido le importaba. En ese momento no le importaba en absoluto. Solo veía la lluvia caer despacio ante sus ojos, deslizarse por su cuerpo, resbalar sobre su rostro como limpias lágrimas que no derramaría jamás.

Después, con la fiebre, todas las historias cobraron vida, como si también hubiese vivido durante todos esos años en el castillo, como un fantasma que recorre los salones, las estancias, las cocinas y los patios oyendo conversaciones, descubriendo amores prohibidos, rencillas mortales, extraños encuentros, odios implacables. Vio entrar y salir del castillo a tantos caballeros —y tan imposibles, pues a muchos de ellos los había visto morir en Ultramar— que más que su castillo hubiera parecido el palacio del emperador de Bizancio. Contempló impávido a su esposa retozando con el rey, con diversos nobles, conocidos y menos, con caballeros e infantes, con mendigos y pordioseros, con turcomanos y armenios, en orgías con templarios y patriarcas, con damas y criadas. Era joven y hermosa. Sus sueños eran tan reales que no pudo sentir más que asco y rabia

por la hipocresía absoluta con que todos se comportaban, por esos rostros mucho más reales y sinceros en el evidente pecado. El mundo era así. Desde siempre. Lo había sospechado en Axuch, antes de marchar, pero le bastó muy poco tiempo para comprenderlo. De todos modos, lo que lo aterraba de sus pesadillas no era tanto lo que sucedía como el tener que ser testigo. No le dolía pensar que podía haber sido traicionado, habría sido absurdo pensar que en todo este tiempo ella le había esperado. Ni había pensado en ella ni le había importado lo más mínimo lo que hubiera podido hacer o dejar de hacer. Sin embargo, ahora lo sobrecogía que hubiese obrado con tamaña maldad, viciosa y corrupta, con varios bastardos cogidos a sus faldas, preparando bebedizos y filtros, conjuros y maldiciones, que hubiese asesinado para ocultar su vergüenza, que ésta no existiese en su corazón. Le asqueaba pensar que el ansia de poder y el azote del deseo eran irrefrenables; y que, unidos, llevaban siempre a la destrucción. Si alguna vez había llegado a tenerla, hacía mucho que había perdido para siempre la voluntad de poder. Pero ahora, ¿qué voluntad le quedaba? La voluntad de morir que su cuerpo no quería aceptar, alejándolo del deseado abrazo. En cambio, tras largos, inacabables días, le concedió la beatitud del sueño.

CUATRO

Y del olvido. Durmió por fin el sueño limpio de los niños, sin despertarse durante días ni siquiera para comer, pero cuando al fin lo hizo sintió que su cuerpo pedía renacer. En cierto modo, lo entristeció haber superado una vez más la fiebre. Se sentiría demasiado débil durante algunas semanas para pensar en haber vuelto a la normalidad, pero sabía que, hasta que las fiebres tornaran, tendría un poco de paz. Mantuvo los ojos cerrados, intentando no recuperar del todo la conciencia de sí mismo, perdida durante tantos días, en un tiempo que no podría calcular, demasiado corto en cualquier caso, pues estaba de nuevo allí, con su memoria y su desgana disputando. Oyó voces en la habitación. Por un instante pensó que se encontraba todavía en Acre. Abrió los ojos despacio, esperando ver la misma habitación inundada de luz de los últimos meses en Palestina, pero fue la fría piedra del castillo que lo cobijaba en su interior lo que pudo ver. Algunas personas se movían a los pies de la cama, atareadas. Imaginó el agua pero apenas pudo separar los labios. Intentó hablar pero solo pudo emitir un leve gemido más parecido a un jadeo que a una palabra. Lo oyeron y se acercaron; el aya y otra vieja arrugada como un higo seco le sonrieron, alegrándose vivamente

de ver que el señor había vuelto de las tinieblas, en las que de buena gana se habría quedado. Pero eso ellas no lo podían sospechar. De inmediato, una voz se elevó y las obligó a alejarse del lecho del enfermo y abandonar la estancia. Leonor de Sulzbach se acercó sin acercarse, manteniéndose a una ligera pero evidente distancia del lecho, quién sabe si por miedo a la enfermedad o con la frialdad del desapego.

—Veo que habéis vuelto en vos. Comenzá-
bamos a desesperar. ¿Qué extraña fiebre habéis
traído de Palestina?

—No os preocupéis —acertó a decir con voz
insegura y rugosa— creo que no es contagiosa.

—Temíamos por vos, señor, no por nosotros.

—Lo supongo. Siempre habéis sido generosa.
Era sin duda uno de los más amargos despertares
que había tenido jamás. Y después de las fiebres.
Le estaba entrando frío.

—Haré que os traigan de beber y de comer.
Debéis de estar hambriento.

—¿Cuántos días ha durado la fiebre?

—Desde la primera noche han pasado seis
días, en los que apenas habéis bebido el agua con
la que vuestra vieja aya os humedecía los labios
constantemente.

—Nunca antes duró tanto. ¿Y bien, qué espe-
rais?, ¿hay algo que queráis decirme?, ¿algo que
deba saber?

—El rey nuestro señor se interesó por vos. Lamentó no haber podido veros, como hubiese sido su deseo.

—¿Ha estado aquí el rey?

—Sí, marchaba al encuentro de las tropas que se dirigen hacia Italia.

—¿Italia?

—El Papa de Roma y el rey nuestro señor mantienen diferencias...

—Está bien, no es momento de hablar de política.

—Sin embargo, señor, en cuanto os consideréis con fuerzas suficientes me gustaría informaros de cuestiones de esa índole, que son de suma importancia.

—No deseo pensar en nada en estos momentos. Por favor, avisad a los criados. Creo que debería tomar un baño.

—Pero señor, en vuestras condiciones puede resultar peligroso.

—Peligroso sería exactamente lo contrario. Llamad a los criados. Obedeced.

—Sí, mi señor.

Sentía cómo el odio de Leonor llenaba la estancia como un aroma frío de flores muertas. Sabía que para ella era casi insoportable aceptar que él no hubiese muerto y que además, inesperadamente, se estuviese recobrando de tan altas fiebres. Una absurda sensación de lenta pena, in-

definida y amarga, le fue inundando el corazón. Era una emoción que no alcanzaba a recordar, que no creía haber sentido antes, pero aún más lo sorprendió descubrir que era ella quien la provocaba.

Después de todo, no tuvo fuerzas para tomar el baño que tanto le apetecía y lo dejó para más tarde. Bebió agua, pero al ver la comida frente a él, no pudo comer y desistió sin intentarlo siquiera, cayendo en un tibio sopor que lo mantenía en las fronteras entre la vigilia y el sueño, incapaz de pensar ni de soñar. En un estado de estupefacción semejante se había encontrado en muchas otras ocasiones pero ahora no tenía ningún deseo de alcanzar de nuevo la lucidez. Los días se sucedían en un continuo indeterminado, en una sucesión de sirvientes y ancianas que lo conminaban a caminar un poco por la estancia, le rogaban hasta la saciedad para que comiese una grasienta sopa de nabos o rumiaban a los pies del lecho las oraciones que un cura sucio y cebollón hilaba con desgana. También escandían el tiempo, como pinceladas negras sobre gris, las breves e hirientes visitas de Leonor para comprobar si vivía o moría, afectando al fin una difícil indiferencia con la que trataba de ocultar inútilmente su rabia. A veces le preparaba ella misma un ponche de vino con canela o alguna otra bebida caliente que propiciara el sueño, como la que acababa de

dejar junto al candelabro. Esa noche se dirigía ya hacia la puerta cuando Hugo, de repente, se sintió despierto.

—¡Esperad!

—¿Señor? —Leonor se detuvo al lado de la puerta, esperando una última orden para marcharse.

—¿Estáis preocupada porque he estado enfermo o porque he recuperado un poco la salud? — Su voz sonó ajena, distante. Leonor, intrigada, se acercó al lecho y miró a Hugo a los ojos.

—¿Cómo podéis decir eso? Os hemos cuidado desde vuestra llegada y hemos sufrido por vos, esperando que os repusierais de vuestra enfermedad...

El tono era rutinario, como el de un discurso aprendido que se suelta a destiempo. Ella quería que supiese que era falso, pero no era necesario que lo evidenciase tanto. "No me habrá creído tan estúpido —se dijo Hugo— como para pensar que yo esperaba una cálida acogida." Le entraron hasta ganas de reír. Era mala como en los cuentos que las viejas inventan en las noches de invierno en las cocinas.

—...pero no podéis esperar que sintamos gran alegría. Al menos por ahora. Ha sido una gran sorpresa, señor. Os marchasteis y, veinte años después, cuando ya nadie os esperaba, volvéis sin previo aviso.

—He estado en la guerra.

—Sin sentido. Una guerra sin sentido. ¿Era acaso la vuestra?, ¿dónde estaba la casa que debíais defender, en Antioquía o en Edesa, en Tiro o en Jerusalén?

—Bien, tuve un señorío cerca de Acre, sí, pero... ya sabéis cómo son las cosas en Ultramar: un día tienes un reino junto al mar y al siguiente mendigas un poco de agua.

—Es absurdo todo lo que hacéis, señor, siempre lo ha sido. Y también lo que decís. Pero quisiera saber, ya que os dignáis a hablar, qué pretendéis, qué esperáis, aunque ¿qué podéis esperar si siempre os habéis equivocado? Conozco vuestras andanzas en Palestina. Nunca habéis entendido nada, andábais por ahí perdido entre las nubes de vuestros estúpidos sueños, vuestros poemas y vuestras estrellas... ¿Sabéis lo que siempre han pensado los demás de vos?, ¿lo que he oído decir a unos y a otros, a tantos que os han conocido aquí y en Palestina? Que fracasaríais... siempre, hicieseis lo que hicieseis. Y así ha sucedido. ¿Qué ha sido de vos, señor, de vuestra estirpe?, ¿dónde vuestro legado, vuestras conquistas, vuestros tesoros?, ¿quién llevará vuestra sangre?

—Veo que a vos no os ha faltado sangre, por no decir otra cosa, con la que enriquecer vuestro linaje. Pero no os preocupéis. Quizá sea mejor que no haya engendrado heredero. Así tendréis

alguien menos a quien odiar. Por lo demás, mi sangre es como la de cualquier otro. Vos lo sabéis. Tan buena como la de un arquero ¿o un alabardero? Incluso peor, porque está cansada, vieja, enferma. Tenéis razón, Leonor, nunca he entendido nada, y eso que me he pasado la vida intentándolo. Pero decidme, ¿de qué os servirá que Raimundo sea o no señor de Axuch a vuestra muerte?, ¿y qué me ha de importar a mí? Es vuestro hijo, vuestro querido bastardo a quien ni siquiera podéis llamar hijo, pero no le daréis nada porque no podréis, como vuestra madre no os lo pudo dar a vos.

—¿Deliráis de nuevo, señor? Es la fiebre que ha vuelto...

—No, Leonor, no es la fiebre. Pero os lo agradezco porque he conseguido algo. Quizá estaba en vos y por eso me marché. Quizá por eso he vuelto. Creo que ahora... sí, es posible.

—No os entiendo.

—He vuelto para morir.

—Podíais haber muerto en cualquier otra parte.

—En cualquier otra parte no podríais haberme matado vos, señora.

Ella no sonrió.

El club imaginario

Fue mi hermana quien me convenció, una decisión así yo hubiera sido absolutamente incapaz de tomarla, primero porque no veía la necesidad y segundo porque, en fin, hubiera sido algo imposible en mí. Pero acudí esa tarde con mi hermana al 23 de la calle Ancla y entré con ella en el hall de ese edificio, parecido a un viejo cine o a uno de esos anacrónicos teatros de variedades.

Salgo poco a la calle y no conozco muy bien los lugares de reunión pero aquel me pareció extraño. Aunque antiguo, se hallaba perfectamente conservado; las lámparas de latón brillantes y limpias, las alfombras nuevas y la pintura crema de las paredes sin la menor señal de humedad. Hasta el portero era joven y su traje no estaba raído y apolillado. Me resultaba extraño que todo fuera tan viejo y tan nuevo a la vez.

Era invierno y fuera hacía mucho frío pero en el hall el abrigo me pesaba como si fuera verano. No había duda de que la calefacción funcionaba muy bien. Nos dirigimos al guardarropa y fue allí donde empecé a sorprenderme, aunque estaba

sobre aviso. "Toma, imbécil", dijo mi hermana a la chica que recogía su abrigo con una sonrisa. Me ruboricé como un adolescente mientras le ofrecía el mío con gran vergüenza. Mi hermana me dio un tirón del brazo y me dijo "no seas tonto y hazme caso. Ya te lo expliqué en casa." Sí, pero una cosa era una explicación teórica y otra comprobar que hechos tan extraños sucedían realmente. Seguí adelante, conducido por mi hermana, que tiraba de mí como de un niño pequeño la primera mañana de colegio. "Déjalo, vámonos, no creo que me guste esto." "Venga, no seas cobarde, ya que has entrado y has hecho lo más difícil, no te rajes, vamos."

Una gran puerta acolchada nos separaba del salón más grande que había visto en mi vida. Era enorme, sin columnas y con un techo no muy alto en relación a su extensión, comparable a la de varios cines juntos, cines de los antiguos, de los grandes, no esas ridículas salas que parecen pasillos del metro. Centenares de butacas estaban esparcidas sin orden ni concierto por todo el espacio, haciendo círculos, formando grupos de dos, tres, cuatro, diez butacas, aisladas en medio de un grupo o contra la pared, alguna que otra fila serpenteante entre las demás. Más que butacas eran grandes sillones de piel y tenían el aspecto de ser agradablemente cómodas, ideales para leer tu libro predilecto, o para sentarte con

un buen cigarro, una copa de licor y Bach. Solo algunas estaban ocupadas, la mayoría vacías pero, no obstante, allí dentro había bastante gente, quizá más de un centenar de personas, servidas por camareros de corta chaquetilla y pajarita que sorteaban las butacas esparcidas para llegar hasta su destino con los altos vasos, las copas, las tazas, las botellas, los canapés, en anchas bandejas niqueladas que se balanceaban sin volcarse en un mar de cabezas. Miraba todo aquello embobado, sin saber muy bien qué se esperaba de mí, cuando vi que mi hermana se separaba de mi lado y se introducía en aquel caos de butacas rojas. Antes de perderse entre la gente, se permitió lanzar una mirada atrás, sonreírme con malicia y desaparecer. Di tres o cuatro pasos carraspeando, sin saber muy bien qué hacer, en una de esas situaciones de la vida que tanto odio, cuando me veo en medio de la gente y solo deseo salir corriendo. Porque ese era mi problema, según mi hermana, y ella había encontrado la solución. Tenía que salir de casa de vez en cuando, hablar con alguien que no fueran ella ni Gloria, nuestra vieja tía abuela, cocinera excéntrica y única persona con quien cruzaba algunas palabras en las divertidas comidas o cuando venía al estudio para hacerme probar sus deliciosos dulces.

Soy historiador y vivo con mi hermana Julia y nuestra tía abuela Gloria en la casa de nues-

tros padres, una vieja casona del siglo XIX que mi bisabuelo compró cuando volvió de América y donde ha vivido siempre la familia, compuesta ahora solo por nosotros tres, desde que murieron nuestros padres hace ya algunos años. Bueno, sí, en realidad soy un ser bastante solitario que puede pasar días y días sin hablar con nadie. Cuando mi hermana vuelve de alguno de sus continuos viajes, o incluso tras una breve salida a la calle, me suele preguntar "¿cuánto tiempo llevas sin hablar?" Sonríe e intento decirle la verdad. Suele ser mucho, pero no he adquirido el hábito de hablar solo. Considero que el hecho de pasarme las horas leyendo y escribiendo es en sí como una larga y rica conversación, un diálogo con personajes pasados y desaparecidos, que aún me hacen llegar su voz, y con personas que aún no son pero que quizá sean en un futuro incierto. Soy el intermediario, el comunicador, en un flujo de información infinito. Me parece más importante y enriquecedor que toda la cháchara insulsa de tanta gente, como la de mi hermana, siempre contando cosas tan importantes como el último menú de la última cena de la última fiesta de la última amiga que le ha robado el último amante. A veces me divierte. Y me relaja. Por lo general no la soporto.

La idea había sido de Julia y ahora me encontraba allí en medio, sin saber qué hacer. Avancé

hacia el centro, mirando alrededor disimuladamente o distraídamente o como queriendo aparentarlo. Solo veía gente que charlaba, se paseaba o bebía su copa en silencio. Otros encendían un cigarrillo y exhalaban el humo azul con un placer automático y ausente. Nadie me miraba, era como si no estuviese y, aunque no puedo decir que empezara a sentirme cómodo, al menos sí podía respirar con una cierta soltura, pese al humo de los cigarrillos, y mis manos estaban dejando poco a poco de sudar. Un camarero se me acercó y me preguntó qué deseaba. No sabía. Soy abstemio y tampoco tomo té o café. "Agua" le respondí. "¿Alguna marca en especial?" "No, agua, un vasito de agua, gracias." "De nada, señor". Se marchó decidido pero tras dar algunos pasos volvió ligeramente la cabeza y, al ver que me quedaba allí, esperando que volviera con el agua, me dijo "No se preocupe señor, puede seguir con su paseo, yo lo encontraré." "Bien, bien", y seguí caminando como si se me hubiera dado una orden. Dos minutos después me ofrecía un gran vaso de agua fresca.

Un señor gordo y fofo se levantó de su butaca y vino a mi encuentro con una gran sonrisa en la cara, se me plantó delante y me dijo "encantado de verle, señor, pero por favor, no me moleste estoy muy ocupado en este momento", al instante la sonrisa se convirtió en un rictus de enfado,

en su mirada adiviné el desprecio. Sin dignarse a darme explicación alguna y antes de que yo hubiera podido articular palabra, dio media vuelta y volvió a sentarse mirando al vacío. Me sentí ridículo y a punto estuve de dirigirme hacia el tipo aquel y golpearle la calva con un zapato, de la rabia que me dio, pero recordé las palabras de mi hermana: "En el club todo vale siempre que no haya contacto físico. Puedes insultar, halagar, declarar tu amor o tu odio, gritar a quien te plazca, soñar con ser quien quieras, poco importa tu aspecto, ser mujer u hombre, hablar bien o mal, piroppear a ancianas como si fueran jovencitas, o perorar como el presidente de la república que pudo ser y no fue, qué se yo, todo vale. Con todos tus conocimientos históricos puedes sacar un gran partido, no tendrás problemas para iniciar o cortar una conversación y, ¿quién sabe?, igual encuentras a alguien interesante."

Seguí andando, tratando de olvidar al estúpido calvo que venía a este lugar a sentirse importante, hinchado de sí mismo como un ministro decimonónico —o actual, pensé, poca diferencia hay—. Un grupo de personas de más de dos metros estaba de pie en una zona despejada de sillones, pasé entre ellos como por un bosque humano, mirando hacia las copas desde la altura de sus cinturas, sintiendo aumentada mi pequeñez en ese contraste. Uno de ellos se agachó y me su-

surró al oído: "si has venido a ridiculizarnos ya te puedes largar." "No, —le dije— solo pasaba por aquí." Una mujer enorme, de las mas altas que he visto jamás, acercó su boca a mi otra oreja, como una jirafa mascando hojas de acacia inclina su cabeza hasta el suelo para cortar un brote de hierba, y me dijo: "si no fueras tan grande te llevaría conmigo a casa pero no cabes en mi cama, querido, así que olvídalo." Pensé que nunca me habían gustado las exageraciones, así que abandoné el bosquecillo de secuoyas humanas y me perdí entre otra gente.

Las palabras que mi hermana utilizó para convencerme seguían en mi cabeza. "Tu personalidad se libera, pruebas con aspectos de tu yo que en la vida real no puedes experimentar sin riesgo: el docto que tiene que hablar bien toda su vida habla hasta con faltas de ortografía, el cobarde cuenta sus hazañas a quien las quiere escuchar, el envidioso, el servil, el agotado, el traidor, todos somos todo y todos podemos asumir todos los rasgos y ser libres de los verdaderos, de los que nos hacen esclavos. Somos libres. Te aseguro que la mayor parte del tiempo la pasas solo, porque ese es el mayor placer, imaginarte a ti y a los demás en relación a eso diferente que tú eres. Cada uno piensa que es lo que sueña ser, lo que siempre ha soñado ser."

Perdido entre tanta gente pensaba que yo no

soñaba con ser ni con que los demás fueran, mi ser estaba al margen porque no importaba tanto para mí. No quería ser nada en especial, ni tenía mayor interés en lo que los demás quisieran ser. En el momento en que más perdido estaba en mis absurdas cavilaciones, de entre la gente surgió un rostro, una figura que me resultó familiar y que creí reconocer. Te acercaste, me entregaste un pequeño papel doblado, una pequeña nota y te alejaste. Decías que me amabas. Entonces comprendí mi gran error al ir al club.

¿Cómo podría volver a imaginarte, siendo como eres, existiendo como existes en algún lugar, y sabiendo que nunca me podrías amar?

No he vuelto al club jamás, ni te he podido volver a soñar desde entonces.

El ciclista ocasional

4 de agosto

El ciclista no entiende mucho de bicicletas ni ha demostrado nunca especial interés por el ciclismo, pero una incipiente panza le advierte de los efectos de la excesiva cerveza y el escaso ejercicio físico, por ello ha decidido desentumecer los oxidados hierros de su mal llamada "bicicleta de montaña" y, sin ni tan siquiera engrasar la cadena, se encarama en el duro sillón de escai, dispuesto a devorar poco a poco los kilómetros que se presenten y los milímetros de cintura que pueda.

Arremete cuesta arriba, huyendo de las carreteras por las que, en estos días, discurriendo cerca del mar, pasan demasiados vehículos, a veces no muy atentos a los ciclistas, sean estos semi-profesionales en esforzado entrenamiento, modelos de tienda de deportes o treintañeros emprendedores dispuestos a recuperar un poco de línea y elasticidad, gracias a la pérdida de unas pocas grasas.

El inicio es suave; enseguida, junto con las casas, se acaba el asfalto y el ciclista contempla el desierto frente a él.

Hacia el oeste, una rambla impracticable; hacia el sur, casas, carreteras y el mar; hacia el este, el punto de partida; hacia el norte, la cárcel.

El centro penitenciario es una gran mole absurda en mitad del desierto. Las montañas azuladas de la sierra que le sirven de decorado resaltan los perfiles de las torretas achatadas, tres octógonos superpuestos, cemento, vidrio, metal, y los diferentes polígonos no definidos que componen el cuerpo geométrico y confuso del plano y bajo edificio rojo. Parece una cárcel privada del medio oeste americano, pero dentro no hay serial killers, contables de la mafia, saxos de jazz con poca suerte y mucha nariz para la coca importada por sus vecinos de celda colombianos, psiquiatras antropófagos ni mafiosos acusados de colarse gratis en el autobús, ese tipo de presos que hace de una cárcel americana lo que es: una película, claro. Aquí hay rateros reincidentes; yonquis iniciales o terminales de sida, o sea, los mismos; algún empresario celoso, matón y excesivo, pero de escaso celo en el respeto de las leyes; un cretino que mató a su mujer porque le puso poca sal al puchero y otro que la mató por ponerle demasiada. Y algún etarra de poca monta.

El ciclista enfila hacia la cárcel, que está solo

a un par de kilómetros, por un camino que ni las cabras. Gruesas piedras y hondos baches lo marcan, casi merecería la pena evitarlo si no fuera por los espinos que lo rodean. Con lo nada acostumbrado que está a la bicicleta, mañana tendrá el culo dolorido. Y espera que sea solo eso.

Dos perros grandes arrastran las orejas unos metros más adelante. Lo miran indiferentes, esperando que pase para seguir olisqueando en busca de algo que engullir, pero al ciclista los perros le dan un poco de miedo. Siempre ha oído que el miedo lo pueden oler, y que es entonces cuando atacan. Cada vez que se cruza con uno de estos grandes perros solitarios no puede evitar que un escalofrío le recorra la espalda y las mejillas, y entonces piensa que el perro lo atacará. Pero no, estos perros no tienen ganas de morder ciclistas esta tarde. Lo dejan en paz para que siga pedalando con fuerza, dándose ánimos, y llegue enseguida a la carretera secundaria que bordea la cárcel, con el plato más pequeño, el piñón más grande y la lengua más larga posibles, pues el camino tenía un cierto desnivel, no digamos cuánto.

Es una pequeña encrucijada que ya conoce, pues hace unos meses, en otro decidido intento ciclista también llegó hasta aquí, solo que con una rueda pinchada. Si coge a la izquierda, hacia el suroeste, llegará a la carretera principal, que

era lo que quería evitar. Hacia la derecha, la carretera se dirige hacia dos pueblos perdidos en el desierto, entre la autovía y Sierra Alhamilla: Cuevas de los Medinas y Cuevas de los Úbedas, a seis y doce kilómetros, o seis y ocho, o doce y seis, respectivamente o al contrario, ya no recuerda el indicador tantas veces visto en la diaria vuelta a casa.

Gira a la derecha, hacia los pueblos. La carretera bordea parte del perímetro de la cárcel. A la sombra de sus muros, en una inesperada pista de tenis, dos, supone, funcionarios entre altas vallas persiguen con malicia e ineficacia una única pelota amarilla. Están bastante peor que él en cuanto a peso y tampoco su indumentaria es de lo más moderna. El ciclista, reconfortado, aprieta la barriga, se encoge, pone un piñón un pelín menor y pedalea con garra, pero una chancla se le resbala del pie. Al intentar evitar perderla ha estado a punto de caer. Los tenistas no se han dado cuenta y él sigue como si nada, casi silbando.

Unos cientos de metros más adelante, tras diversos aparcamientos vallados y controles de entrada al recinto vacíos y como abandonados, aparece un todoterreno de la guardia civil y, apoyados en él, dos miembros del cuerpo. No tiene motivos, pero le pasa como con los perros, le dan miedo, cree que lo pararán para preguntarle dónde va, de dónde viene, dónde vive, qué hace aquí,

no ve que esto es una cárcel, y ese tipo de cosas.

Un ciclista de los de verdad, con una buena bici, culotte brillante, corte de albañil en los brazos y, por supuesto, unas gafas psicodélicas degradadas del violeta al verde y las patillas azules y negras, lo adelanta a una respetable velocidad, lo que no hiere en absoluto su amor propio pues él está paseando, o eso finge al menos. El otro como si ni existiera.

Los guardias lo miran pasar con indiferencia marcada de un cierto reojo, cree él, como habrán visto pasar antes a los perros, como éstos lo han visto pasar a él. Pero los que sí miran interesados son los dos o tres curiosos —¿de dónde habrán salido?— que, arrimados al pequeño y viejo puente que surge tras una curva, contemplan ociosos cómo unos cuantos trabajadores sudorosos intentan levantar uno nuevo sobre la rambla, o hundir el que hay, que el ciclista no entiende mucho de obras públicas. Ni saluda, no le gustan los mirones del trabajo ajeno que tanto abundan, y sigue su camino cambiando plato y piñón, pues la carretera ahora desciende un poquito. Lo agradece.

En la cuesta abajo la bicicleta hace un ruido extraño al alcanzar cierta velocidad, como un vespino, y el ciclista se da cuenta de que la rueda trasera está mal ajustada y roza un poquito con la horquilla. También le falta aire al neumático.

Espere que la bicicleta no se descuajaringue antes de volver a casa.

Hacia el oeste el sol está aún alto pero la luz ya va enrojando. Se baja las gafas un momento, haciéndolas resbalar hasta la punta de la nariz. Aún queda bastante luz, en realidad, solo que su modelo de falsas rayban panorámicas tiene una subida tendencia al rojo. Se las deja puestas, aunque vea menos, porque no sabe dónde ponerlas y por si las moscas, o los mosquitos.

Es una buena hora para hacer fotos, pero no ha traído la máquina. La quiere demasiado para arriesgarse a una caída con ella en bandolera. Si ve algo interesante, volverá otro día con el coche y con todo el equipo. Demasiado tarde, cuando ya no haya nada que fotografiar.

La carretera no se decide. Baja, sube y luego una curva, baja, sube y otra curva. Así durante un buen rato. Cambia constantemente de piñón aunque no le resulte fácil. Pero peor es cambiar de plato, debe presionar con toda la mano la palanca de cambio del puño, pedalear con constancia y, tras varias quejas y reniegos del plato y amenazas de la cadena de salirse o partirse, consigue que entre, cuando ya casi no lo necesita y tiene que volver a cambiar. Buena, la bici. Y el sillín, que ya le va despellejando el culo y no ha hecho más que empezar. Quiere reducir barriga y en cambio va a acabar como un mandril.

Empeñado en subir una cuesta de una cierta dureza, no oye el camión que se acerca hasta que está casi encima y le suelta un bocinazo; se arri- ma al estrecho arcén y huele cómo lo adelanta un camión de basura. Recuerda entonces que por aquí debe andar el vertedero municipal, pues más de una vez ha visto camiones como éste coger la carretera de las Cuevas. No tarda mucho en apa- recer el gigantesco vertedero, varias hondonadas excavadas en terrazas. Cerca de la entrada hay un coche aparcado. A pocos metros, en la cues- ta de una loma, una familia coge higos chumbos de unas paleras que están deseando pinchar a al- guien desde hace por lo menos cincuenta años. Hay ganas, se dice el ciclista, siguiendo el im- pulso de una dulce bajada que le hace respirar un poco.

De repente oye ruido de coches a gran veloci- dad y se pregunta extrañado si no habrá también un circuito de carreras por aquí. Y un canódromo, ya puestos, eso faltaba. Una cárcel, un puen- te en construcción, un vertedero, un scalextric y un canódromo. Es la autovía, que el ciclista cruza por debajo, escuchando el fragor de los camiones a 120 y los coches a 200. Se aleja todo lo que puede, dudando ya de si hoy es el día oportuno para tanto esfuerzo, si no será mejor empezar poco a poco y llegar mañana hasta las Cuevas de quien sea, cuando ve un camino a la izquierda y

un pequeño letrero. Campo de tiro. ¿Y a quién o a qué le tiran?, ¿a las chumberas, a los lagartos? Pues no, no hay un canódromo pero como si lo hubiera.

Entre curvas, la carretera sigue subiendo y el ciclista empieza a estar cansado. Hay un coche con matrícula extranjera, no muy de lujo, aparcado junto a la carretera. Busca entre las lomas a algún cazador u otra familia cogiendo higos chumbos y la encuentra. Pero no son higos chumbos lo que recoge, o roban, sino higos, higos de higuera. A estos sí que les picarán los brazos y la cara cuando acaben. ¿Cómo habrán llegado hasta aquí estos turistas?, ¿o serán emigrantes retornados para el veraneo?, ¿será fiesta en alguna de las Cuevas?

Se olvida de ellos, ahora al ciclista le espera el peor castigo de la ruta, una empinada cuesta que intenta subir con gran esfuerzo, con el empeño de los buenos deportistas. Pero no lo consigue. No hay nadie que lo vea, ni siquiera la familia de los higos, pero por si acaso, su orgullo queda a salvo gracias a un camino que se desvía a la derecha. Se detiene y observa que los pequeños cerros hacia levante están agujereados. Son cuevas. Se acerca con la bici. Todas están abandonadas. Más abajo hay cinco o seis casas medio derruidas. Entre ellas hay una encalada a la que alguien, con más voluntad que acierto, ha intentado dar aspecto de chalé, con un pequeño jardín y un columpio.

Pero el paisaje de ojos vacíos en las laderas y de casas abandonadas que lo rodea es desolador.

La cuesta que había abandonado momentos antes sigue ahí, a la espera, desafiante, y el ciclista no puede por menos que decirse ¡ea!, ponerse el artefacto metálico entre las piernas y darle duro a los pedales. Llega arriba sofocado, pero avanza aún unos centenares de metros más. Se distingue al fondo ya lo que tiene que ser, si no lo era el que acaba de ver abandonado, aunque no cree, uno de los pueblos anunciados, unas u otras Cuevas. Pero está en alto. Y ya no puede subir más por hoy.

Decidido a volver, el ciclista gira en redondo y comienza el descenso. Claro que le había costado subir. La bajada ahora es vertiginosa, los roces y chasquidos de su bicicleta le hacen temer en las cerradas curvas y tampoco se atreve a frenar, no vaya a derrapar; asume alocadamente el peligro y se lanza a tumba abierta hacia la cárcel, hacia su casa. Que no son lo mismo.

Todo desfila ahora al revés. Solo el sol está bastante más bajo y se tiene que quitar las gafas por fuerza. El rojo no es ahora solo suyo, la tierra y el aire tienen el mismo tono de sangre que el sol y las paredes de la cárcel. El horizonte, allá abajo, es el mar.

Al ciclista le duelen las piernas y el culo, tiene ganas de ducharse y cenar. Pero sabe que volverá.

Ya no le importa la barriga. Quiere ver las Cuevas, las de los Medinas y las de los Úbedas. Y las verá.

12 de septiembre

Ya han pasado los calores de un agosto agobiante en el que coger la bicicleta hubiera sido un suplicio, ahora empieza a refrescar por las tardes y el ciclista se decide por fin a pedalear de nuevo. A decir verdad, hace ya un par de semanas que pasó el calor pero su eterna pereza ha aplazado hasta hoy las ganas de volver a las Cuevas. La bicicleta lo espera sumisa en el garaje, esta vez la equipa incluso con un botellín de agua de los de ciclista que encontró olvidado en la despensa. El agua sabe un poco a plástico, pero no puede llevar otro tipo de envase si quiere ir sin mochila, y qué envase iba a llevar, se pregunta, ¿una bota?, ¿un botijo? Mejor no reír, que se pierden fuerzas.

Ahora atardece antes y no está seguro de si le dará tiempo a llegar hasta las Cuevas más lejanas, las de los Úbedas, que ahora sí sabe con certeza, se ha fijado, que están a doce kilómetros y medio, pero está decidido a intentarlo y sale con ganas. El camino que ya hizo antes pasa ahora rápido, con la monotonía de lo conocido, incluso delante de la cárcel se permite un breve sprint, demostrando su buena forma y su familiaridad con la carretera para evitar sospechas, ya

son bromas lo que se le ocurren cuando ve a los guardias civiles, hoy hay más, será día de visita.

Le corta el paso, dos curvas más allá, el brazo de una grúa enorme que, plantada en mitad de la carretera, carga un camión de tierra. Un obrero con un stop de hojalata en una mano le hace el alto con apremio, incluso desde la distancia le grita, alarmado y un poco mosca, que se detenga, tendrá miedo no vaya a ser que el ciclista choque con el camión o la grúa y los destroce, lo que hay que ver. Se baja de la bicicleta y sigue andando por lo que antes era el arcén, ahora todo es igual, carretera y campo, un barrizal que se le va quedando en los zapatos y en las ruedas, hasta que llega a la altura del peón caminero, como se llamaban antes y no sabe si ahora. Un erreseis blanco mugre con el maletero lleno de alfalfa atraviesa el barrizal en primera, sorteando el brazo de la grúa mientras el peón le grita que aún no puede pasar, tiene ganas el hombre de regular un tráfico inexistente. Tendrá que encontrar un motivo para justificar que lo hayan hecho venir a trabajar un sábado por la tarde. Pero el conductor de la boina no parece hacerle el menor caso.

El ciclista tampoco. Sacude como puede la bicicleta para que el barro no acabe en su espalda al empezar a rodar y continúa dispuesto a no bajarse hasta llegar a la última cueva. Y rueda bien hoy, se siente con fuerzas, no podría ser menos,

después de la paletilla de cordero que se ha jalado al mediodía.

Ya no hay ninguna casa alrededor, ni obras, ni nadie, pero hay huellas de que se va acercando al vertedero que quiere pasar cuanto antes, no es que huela mucho, al menos hoy, pero no le resulta agradable. Parece como si los camiones de la basura hubieran dejado tras de sí un muestrario de su contenido, el arcén es un reguero de desperdicios, bolsas, botellas de plástico, latas de refresco, papeles, incluso una bolsa negra de basura que aún no se ha desparramado, aún no la habrán visto los perros. Espera que más adelante todo esté más limpio. Pasa la curva que lleva hasta la entrada y el vertedero queda atrás, pero sigue habiendo todo tipo de cosas a los lados del camino, improbables restos que la desidia y el desprecio por el campo han ido esparciendo con meticulosidad: una lata de cerveza verde, un guante de trabajo destrozado, un tubo gris de pvc, una bolsa de pañales y otra de patatas fritas, los restos de una lavadora harta de centrifugar, un neumático de moto, un montón de escombros y, al lado, un contradictorio saco de cemento, no da dos pedradas sin encontrar señales de pura guarrería.

Aparece ante él, para adormecerle la conciencia ecologista, la cuesta que la vez anterior no pudo subir de una vez. Ahora decide que lo hará. Maldita cuesta, lleva el plato pequeño, el que no

entra tan fácil, pero ni aún así, ya no le cabe más aire en los pulmones, le quedan pocos metros y ha de hacer un esfuerzo supremo para llegar hasta arriba, no quiere bajarse. Suenan disparos a su izquierda, por donde quedaba el campo de tiro y el ciclista espera no ser el blanco, aunque de todos modos prefiere irse a equivocarse. Llega arriba vivo pero en qué estado. Más que la paletilla de cordero lo que recuerda y regüelda ahora es el pepino de la ensalada, malditos pepinos, siempre igual. Es hora de beber, mejor de remojarse un poco la boca para que no le dé flato, tenía que haber traído también el bicarbonato.

Ya está cerca de las Cuevas de los Medinas, se ve el pueblo en alto, demasiado en alto quizá, aunque espera no tener que subir hasta arriba. Hay casas abandonadas hace mucho a los lados de la carretera, cuatro paredes desmochadas, sin tejado, todo cubierto de hierbajos, mientras se va acercando al pueblo que se muestra abierto frente a él, las dos laderas de la rambla cubiertas de casas. Algunas son cuevas con las fachadas de cemento, otras, típicas casas de campo de las de por aquí, que la gente se va haciendo con restos de otras casas, materiales de construcción sobrantes, losas de todos los diseños y colores posibles en la fachada, no hay dos iguales, una pérgola de uralita. Alguna es incluso bonita, aunque el conjunto resulte un tanto estrafalario.

El pueblo es mayor de lo que pensaba, aunque no pase de ser una aldea, cuatro casas amontonadas, y tiene árboles: granados, higueras, algarrobos, almendros, que junto a los jardines y las macetas de los balcones, dan una sensación de verdor inesperada. De vez en cuando bajará agua por la rambla o habrá algunos pozos. Las calles, el espacio retorcido entre las casas, tienen nombres un tanto retóricos y redundantes, Calle Real de las Cuevas de los Medinas, Calle de la Iglesia de las Cuevas de los Medinas, Camino del Molino de las Cuevas de los Medinas. Quizá el ciclista no ha sido el único en confundir las Cuevas, pero a cualquiera se le olvida ya el nombre del pueblo.

El ciclista decide ver el pueblo más despacio a la vuelta si le queda tiempo y luz, ahora tiene que seguir si quiere llegar a las otras Cuevas, las de los Úbedas.

La carretera se divide en dos en el centro del pueblo, y las dos van hacia arriba. A la izquierda hay una casa antigua, de las de aquí, de grandes ventanas que llegan casi hasta el suelo, con un letrero rojo de estanco. Se acerca para preguntar, subiendo la cuesta con ahínco y no hace falta que se baje siquiera, hay un viejo sentado a la puerta que lo mira con cara de lagarto. ¿Se va por aquí al otro pueblo?, pregunta el ciclista y el otro, saliendo del aparente coma con inesperado entusiasmo le espeta, no sin cierta ironía, ¡sí, sí, sigue p'arriba,

dale, dale! a lo que el ciclista no puede por menos que responder con un gracias sofocado y levantar el culo, que la cuesta es empinada y tiene que quedar bien. Pero pasada la primera curva, cuando ya no lo ve el viejo, crece en él la sospecha de que, por mucho culo que levante, esa cuesta no la sube nadie, o al menos no con la facilidad que él quisiera.

El ciclista ahora tiene que subir toda una ladera haciendo eses en la estrecha carretera, respirando afanosamente, esperando que no venga ningún coche con espíritu de rallye que se lo lleve por delante. Antes de marcharse decide hacer un alto para mirar hacia atrás y ver el pueblo; enfrente, en lo alto de la otra ladera hay bastantes más casas, aunque el centro quede abajo, quizá sea la "zona residencial" pues las casas parecen más chalés que cuevas, al menos no parecen estar empotradas como éstas, tendría que subir a echar un vistazo y comprobar si desde allí se ve el mar, de ser así, y es muy probable, el pueblo ganaría bastante, aunque haya que pasar para llegar a él por una cárcel, un vertedero y un campo de tiro. A la derecha ve asomar una cruz blanca pero no es la iglesia sino el cementerio lo que asoma entre árboles y casas. Como no le han gustado nunca los cementerios, vuelve al camino.

Ahora el firme es peor, más estrecho, con más baches y, sobre todo, mucho más empinado. Cla-

ro, está subiendo desde el nivel del mar hacia la sierra y, por poco desnivel que haya, el ciclista no es un escalador que digamos. Espera que después de estos repechos haya un poco de llano donde recuperar el aliento que ya se le está acabando.

Mal que le pese, tiene que bajarse de la bicicleta y echar a andar porque, después de esa enésima curva, —que pensaba que era la última, ya está arriba ¡aff! ¡uff!— la carretera sigue subiendo aún en otra larga recta. Le echa toda la culpa al plato pequeño, tarda tanto en entrar que, claro, cuando lo hace, él ya está quemado de aguantar el ritmo que le impone el mediano, miserias de ciclista pobre, como el que tiene un caballo flaco, o tozudo. Pero ahora se da cuenta de que tampoco puede caminar muy bien, ha olvidado el emplasto callicida que lleva en la planta del pie derecho para ver si elimina ese ojo de gallo que le molesta desde hace meses, menuda figura, casi sin respiración, sudando enrojecido, medio cojo, empujando la bicicleta cuesta arriba en mitad del desierto. Sonríe, de nada sirve lamentarse, solo tiene que acabar de subir ese largo repecho.

Enseguida está arriba, que tampoco es tan dura la subida cuando se hace despacio. De pronto descubre que está realmente solo, ya no hay casas ni siquiera abandonadas, ni basura, ningún cortijo, ningún camino, nada, solo la carretera hacia delante, sinuosa y un poco en cuesta y todo el

campo alrededor, espartos y retamas, aulagas y espinos, la tierra roja y al fondo las montañas peladas de la sierra más cerca, ya no tan azules.

Aquí sopla un poco de viento que le seca el sudor y le da ánimos para seguir, despacio, despacio, que llega, ahora el camino es más suave, avanza bordeando la rambla que supone es la misma que atraviesa el pueblo que ha dejado atrás, la misma que llega hasta el mar cerca de su casa, descubre que ha ido siguiendo el camino que el agua hace, cuando la hay, cuando cae torrencial y violenta en pocas horas, la herida que el agua abre en la tierra seca en su descenso hacia el mar. Aquí los ríos duran solo unos días y son metáfora de otra cosa, ni se llaman ríos siquiera, son ramblas, el verbo arramblar vendrá de ahí, supone el ciclista mientras se acerca a un puente en rápido descenso, está bajando de nuevo y tendrá que volver a subir, teme.

Y así es, empieza a estar más que cansado, que ya lo está hace rato, agotado; pero el pueblo ya no puede quedar muy lejos después de todo lo andado. Va habiendo algún cortijo abandonado, cuatro piedras amontonadas donde antes hubo una pared, un techo, un pozo, ¿cuándo? se pregunta, e imagina hace treinta, cincuenta, cien años cómo podrían vivir, de qué, en estos secarrales, cuando Almería era pobreza y hambre, sol y miseria, tan cerca del mar y tan de espaldas,

aquí arriba como en tantos otros rincones ahora abandonados.

Pero la cuesta no lo deja pensar mucho en tiempos pasados, ni a ello ha venido, que su intención es otra. Si consigue acabar de subir esta larga recta, aunque sea a este ritmo de tortuga, hay arriba árboles que prometen sombra, son cuatro pinos altos que viene viendo desde hace un rato, quizá sea ya el pueblo, se promete, o quizá al menos haya agua, aunque lo duda. Agua aquí, así sin más, será difícil, aunque si es un cortijo y hay gente puede pedir un trago, porque ésta de plástico no hay quien la trague.

Y ahí va subiendo despacio y tranquilo, sin poder levantar el culo ni querer mirar cuánto le queda para llegar, cuando cree ver en el ribazo al lado de la carretera un libro. ¿Un libro?, se pregunta, ¿qué hace aquí un libro?, y claro que para, incluso por menos lo hubiera hecho, está buscando una excusa hace rato. *El hombre no existía*, es el primero que coge, no es mal título; *Nadie hablará del muerto* está bajo un esparto, más retorcido y más pálido —será por lo del muerto—; *Una mujer de 100.000\$* es el mejor conservado aunque también le ha dado el sol un rato. Son todos del señor Silver Kane, seudónimo de quién sabe qué escritor a destajo de novelas del oeste. El ciclista piensa que quizá sean viejas, pero qué va, están publicadas las tres en esta década. Él no lee estas

cosas, claro, pero por lo visto alguien de por aquí sí, quizá algún pastor, si queda alguno, se sienta sheriff o forajido o algo por el estilo, mientras deja pasar las tardes muertas viendo pastar a las cabras, desde luego el escenario y los decorados son únicos. ¿Qué hacer, dejarlas aquí para que acabe de pudrir las el sol y la lluvia que alguna vez caerá? No, prueba a meterlas en el bolsillo triangular de la bici, en la alforja, como diría el señor Kane, quizá luego en casa les eche un vistazo. Y a seguir con la cuesta, que ya queda poco, pero hay que subir hasta los árboles. No es el pueblo todavía, solo un cortijo más, abandonado, y aunque las paredes las tiene aún enteras, no parece que haya nadie. Desde aquí si se ve ya el pueblo, tiene que bajar aún y cruzar un valle, luego subir de nuevo porque el pueblo está un poco en alto, en la ladera de la montaña.

Está a quinientos metros más o menos y el sol raya con la loma molestándole, ni la visera de la gorra o la mano lo ayudan para distinguir bien el pueblo en el fuerte contraluz del atardecer. Una curva más y entra en la sombra de la montaña. Ya a la entrada se detiene a verlo, aunque no tiene mucho que ver, no sabe si seguir, más que un pueblo son unos cuantos cortijos agrupados y cuatro cuevas abandonadas al pie de la sierra, separados por la rambla. No hay lo que se dice calles sino caminos de tierra que llevan de uno a otro. Uno

de los caminos, el que lleva al otro lado de la rambla, incluso tiene una cadena cruzada, es un camino privado. La mitad del pueblo es inaccesible.

Así que éstas son las Cuevas de los Úbedas, acurrucadas en el regazo de la montaña frente al mar cercano y a la vez extraño, entre rocas peladas, chumberas, pitas y espartos. Un buen sitio para perderse, si es que es posible perderse en alguno.

El sol va bajando, en el valle ya todo son sombras y, aunque aún se vea bastante bien, el ciclista tiene que ir pensando en volver. Camina un poco aún, bordeando la rambla, hay algún huerto que verdea, olivos y granados aprovechan el agua que las montañas recogen, alguien incluso se ha cuidado de plantar cuatro matojos en las pequeñas terrazas. Aunque la sensación de abandono y olvido es absoluta, hay una extraña quietud, quizá sea el mar allá abajo, grande y lejano, quien otorga esta sensación de paz.

Se aleja despacio, rumiando impresiones, preguntándose quién vivirá aquí y de qué.

Como si alguien le respondiera, le llegan voces nítidas aunque no sabe bien de dónde, solo pueden ser del pueblo que ya ha dejado atrás, pues alrededor no hay nada ni nadie, que eso lo puede ver bien claro. Es el viento que empuja frases enteras, respuestas de un hombre algo enfadado que trata de explicar algo. Consigue ver las

figuras que discuten, en un cortijo alargado con cinco ventanas, un hombre sentado a la puerta y dos mujeres que van de un lado para otro, no consigue ver bien qué hacen... ¡pero si he ido ya cinco veces! dice el hombre impaciente con claro acento de la tierra. Quizá tampoco esté aquí la paz.

De regreso, se detiene de nuevo en el cortijo de los árboles. Es un molino, tiene aún la acequia por donde hacían pasar el agua de la rambla o de algún pozo más arriba. Es un lugar hermoso, en alto, rodeado de grandes árboles, justo al lado de la rambla, a unos dos kilómetros del pueblo. Hacia el sur se ve también el mar, en línea recta no debe de haber mucha distancia, o el cielo que parece el mar, la calima los funde en un horizonte difuso entre el azul y la niebla. A la casa se le ha hundido el tejado pero aún mantiene la distribución de las habitaciones, las paredes enteras, las grandes ventanas, la chimenea, una alacena. Al ciclista le gustan estas casas y sueña con reconstruir una algún día, cuando tenga dinero y más ganas de perderse. Pasar los inviernos frente a la chimenea, leyendo a Montaigne y oyendo el viento entre las lomas... Imágenes falsas e idílicas mientras mira, un poco ido, el horizonte.

Es hora de volver, se está demorando demasiado, tiene que bajar hasta el mar y queda poca luz. Como pinches vas a ver tú qué juerga bajar

andando medio cojo y arrastrando la bicicleta a oscuras, se dice mientras se da cuenta, al apoyar el culo, de que mañana no va a ser día de andar en sillas duras.

Nota que el aire es ahora fresco con la velocidad de la bajada, es un placer sentirlo mientras le seca los sudores, aunque no pueda relajarse mucho, tiene que andar con cuidado con la gravilla de las curvas, si por él fuera volaría sin manos pero sabe lo que duele una rodilla desollada y ya anda un poco tocado, así que mejor ir frenando, bajar despacio mientras contempla con calma lo que a la subida no ha podido casi ver, concentrado en el esfuerzo, atento solo a respirar.

Todo es rojo ahora, de un rojo cálido, como de tierra caliente, hasta la línea de las montañas donde empieza el cielo que se oscurece del añil al azul, no hay una nube que recoja destellos del sol que ya se ha ido tras la sierra.

La mirada lúbrica de un macho cabrío lo espera a la entrada de las Cuevas de los Úbedas, tras una curva que toma lenta para no ir a parar a las paleras que la bordean, parece el diablo sobre sus pezuñas, acompañado de varias consortes que mascan absortas hierbajos de la orilla de la carretera, pero no es noche hoy de aquellarres, ni siquiera hay luna llena, y estas cabras, cabras son, y él tiene que darse prisa y dejarse de tonterías si quiere llegar con luz a casa, aún tiene un trecho

que hacer por un camino de piedras y casi sin luz.

15 de septiembre

Algunas palomas planean en el cielo, otra se ha parado en la punta de la alta araucaria del jardín del vecino y un pájaro cuyo nombre desconoce, pero al que no le importaría echar a la cazuela, hace bu-bu-buuu desde hace días. La tarde es fresca y hacia poniente el crepúsculo es tranquilo y suave; los colores, velados por la calima, del malva al naranja pálido, se van difuminando despacio en un amable oscurecer. El ciclista —ahora ya no es ciclista, claro, pero es la costumbre— descansa en una tumbona, la espalda algo erguida sobre unos cojines, mientras escribe estos cuatro folios; su pierna derecha, escayolada, y no por culpa del callo, descansa sobre un taburete bajo y al alcance de la mano tiene una bandeja con una cerveza fresca y un cuenco con berberechos. Ahora ya no le importa que su panza crezca un poco más.

La vecina

El tipo tenía que ser argentino. Todos eran argentinos, me pareció, aunque podían haber sido uruguayos o paraguayos, quién sabe, pero no ecuatorianos, tampoco entiendo mucho, pero era una sorpresa más entre tantas otras y no la más importante, desde luego.

—Buenos días.

—Buenos días.

—¿Está muy lejos el pueblo?

—¿Cuál, hacia arriba o hacia abajo?

—El de arriba.

—Dieciocho quilómetros, carretera de montaña, todo curvas, mala hora para arriba, hielo.

El tipo había decidido abandonar el uso de los verbos, o quizá le resultaba difícil conjugar con la boca llena.

—Gracias.

No podíamos pensar en subir, se estaba haciendo demasiado tarde, yo estaba demasiado nervioso y mi coche no ganaba para sustos. Me faltaba derrapar en una curva y despeñarme por un barranco.

Habíamos parado entre las piedras, donde la carretera hacía un repecho y a la derecha, en lo que parecía el lecho seco de un río, pero vete a saber qué era, unos cuantos hombres sentados sobre piedras en grupitos almorzaban o comían o merendaban, qué hora sería, tarde seguro, no había sol por ninguna parte aunque el cielo estaba aún claro, en la montaña. Nos bajamos del coche y nos acercamos, yo pateando algún pedrusco, ella tras de mí, como buscando mi sombra innecesaria o mi inútil amparo. Los peones camineros o canteros o leñadores, qué otra cosa podrían ser, nos miraban de reojo mientras masticaban. En la montaña no se es muy afable, ni dicharache-ro. Nos sentamos a un par de metros del grupo, como quien tranquilamente contempla el paisaje. Yo trataba de ocultar mi miedo, mi cansancio, mi desilusión. Saludé, respondieron algo masticando. Solo uno me miró, los demás a ella.

—Tenemos que volver— le sugerí.

Me miró, yo ya conocía esa mirada defraudada, aunque ahora ya no me decía nada, si acaso tenía ganas de quitármela de delante, y ese impulso me fastidiaba, ya lo conocía y también la impaciencia que empezaba a invadirme.

—Tenemos que volver —repetí—, quizá ahora lo encontremos.

Mierda de perro, esperaba que lo hubiese atropellado un camión. Ella se encogió, encorvando

la espalda como si quisiera crear una concavidad entre su columna arqueada y sus hombros levantados para ocultar el orgullo de sus grandes y preciosas tetas. Porque ellas tenían la culpa de todo, sí, ellas y el maldito aburrimiento.

—¿De verdad quieres volver? —preguntó.

—Queda mucha carretera por delante, quizá más de una hora, tendríamos que volver ya de noche, hay hielo y tú deberías volver a casa con tu perro. ¿Qué vas a decir cuando tu marido vea que no está?

—Que se ha perdido.

—Claro, supongo que es así de fácil. No sé, si tú crees...

Estábamos atascados. Yo estaba atascado, con los pies en un barrizal que se iba secando por momentos y me estaba dejando los pies duros y helados. Dentro de poco no podría moverme. No podría volver a moverme jamás.

Volvimos al coche. Arranqué. Al menos lo intenté, pero el coche, esa mierda de coche nuevo, el caprichito de mi mujer, no arrancó. El barro me empezó a emparar las pantorrillas. Frío y húmedo como la arcilla, un arrebato de impaciencia me erizó los pelos de la nuca, los únicos que tengo casi, y empecé a maldecir y a golpear con los nudillos el cuentakilómetros hasta romper la pantalla y cortarme. Me quedé mirando como un imbécil mis dedos ensangrentados, ella también

los miraba en silencio. Cada vez estaba más oscuro fuera. El argentino de antes se acercó.

—¿Algún problema?

¿Algún problema? Joder, todo era un problema, pero no podía contarle con la suficiente claridad, propiedad y calma que me había escapado con mi vecina, veinte años más joven, para pasar el día en cualquier parte y follar como locos porque tenía unas tetas increíbles que hacía meses que me amargaban la existencia, y que antes de salir ya se había enterado su marido, aunque no le importaba según ella, pero que me mataría según yo, por eso o por haberle perdido el perro cabrón quien, después de haberme llenado de pelos el coche en el que no se puede uno ni tirar pedos, porque mi mujer te estrangula con una simple y correcta mirada de basilisco urbano, se ha tirado por la ventana, provocando que diese un volantazo, derrapase y me cargase el alerón derecho anterior, dejando los cristalitos del faro incrustados en el recio tronco de un roble centenario. Y el perro se había largado, evitando así quizá tener que devorarme después de la patada en los huevos que estaba deseando darle en cuanto lo pillase. No, no podía empezar a contarle eso al peón caminero argentino que me miraba con seria sorna con un ojo y bizqueaba con el otro hacia las tetas de mi vecina, que asomaban tímidas de su carcasa protectora, evidenciando una más que

inoportuna coquetería, dado mi estado de ánimo.

—Pues que no arranca.

—Suenan a la carburación.

—¿La carburación?

A estas alturas de siglo, ¡la carburación!

—Sí, por la altura. Intentalo de nuevo.

Lo intenté. No tenía la menor intención de ponerse en marcha.

—Se habrá ahogado.

¿Cómo hostias se iba a ahogar en el lecho seco de un río, de un río seco, seco de cojones? ¿Qué se creía que era, la Derbi de mi abuelo? Ese tipo se había estancado en la mecánica de un R6. Me estaba empezando a gustar el argentino, sí, era el momento apropiado de que entrase en mi vida un gaucho.

—Bajate. Dejame que lo intente, vos abrí el capó.

El capó lo va abrir tu padre, pensé mientras me sujetaba la mano con un pañuelo de papel que debía de llevar años en el bolsillo de ese tipo.

Se sentó, le dió una patada al embrague, y en cinco segundos con el contacto puesto lo arrancó, miró feliz a mi vecina, ella lo miró también feliz, es decir que se miraron y yo traduje nosotros dos sí que lo haríamos bien, ¿qué hacés con este boludo?

¿Era un conato de celos por ella o por el coche, o por ambos? Estaba a punto de decirle: tomá mi

vida, che, mi coche y mi vecina, que yo me voy a picar piedra y a cantar milongas por estas heladas sierras. Pero se bajó del coche diciendo ya está y se fue tras de sus compañeros con paciente andar gauchesco. La madre que lo parió, qué chuleta. Mi vecina babeaba.

Mi vecina. Dos meses, solo dos meses y ya no recordaba quién era yo antes. Dos meses pidiendo pan o azúcar, destornillador o alicates, cómo se programa la alarma, no tendrá un... dos meses para perder el equilibrio, solo dos meses, sin querer salir de casa esperando, nervioso, que me pidiera algo, verla pasar o arreglar el jardín. Sus camisetas producían insomnio y yo, que nunca fui mirón, acabé yendo al oculista. Mi mujer no la miraba con recelo porque sabía (lo *sabía* la muy puta, estaba convencida, ¡pues toma! pensé esa mañana) que no había nada que temer. Y ahora no estaba, se había marchado una semana. Para mi felicidad. Dos meses y la noche anterior, yo una bolsa de basura, ella un perro peludo en la mano, nos abrazamos en la esquina del contenedor y sentí por fin sus pechos contra el mío en el frío de noviembre. Por cierto, la luna estaba en cuarto creciente.

Anoche, fue anoche, pensé, y la sigo deseando aunque falten aún demasiados días para la luna

llena, pero cómo salir del barro, cómo mover un pie y luego otro, dónde encontrar las fuerzas. Me escuecen los nudillos y la rodilla se resiente. Niña, ¿qué estoy haciendo?

—Mañana, si quieres, nos vamos a alguna parte, algún pueblo cerca, pasamos el día juntos, ¿de acuerdo? Mi marido se marcha y no vuelve hasta la noche, ya tarde. Tenemos todo el día.

Y yo llamé al trabajo. Dudé entre la gastroenteritis y la gripe. Para la primera no hay que disimular la voz, solo colgar rápido el teléfono. Así que quién se iba a esperar que, nada más montarse ella (y su perro, para mi sorpresa) en el coche, apareciera el marido de vuelta porque había olvidado algo. Y nosotros sentaditos, la lengua del perro colgando entre los dos, y él que aparca de frente. Nos mira, sonrío, se baja, se acerca, abro la ventanilla del lado femenino (no por miedo, es que por ahí se acercaba) saluda y pregunta (yo ya estaba dispuesto a algo, no sé a qué, pero a algo) y pregunta:

—¿Has visto mi agenda?

—Estaba en el cajón del aparador.

—Vale, gracias. Hasta luego.

Y esa sonrisa, esa maldita sonrisa que no entendí: ¿amenaza?, ¿desprecio?, ¿complicidad? Mis nervios ya andaban un poco así tras el sofocón, pero ella afirmó con aplomo que no ocurría nada,

que lo llevaban muy bien, así que podíamos seguir. ¿Que llevaban muy bien el qué? ¿encontrarla en el coche de un vecino a las ocho de la mañana de un jueves, con el perro incluido?, ¿era frecuente, entonces?, ¿era yo el enésimo vecino?, ¿había truco?, ¿sería un timo?

Salimos. Una hora más tarde, aparcaba bajo un árbol y me acercaba a ella. Como en una película que no recuerdo ni quiero. Como en un mal sueño, como en un tópico, el perro comenzó a gruñirme en cuanto le cogí la mano. No es que fuera un perro de los de espanto, era grande pero de aspecto más bien simpático, y parecía dócil por lo que se entreveía de su cara peluda, pero capaz de convertirse en una fiera de extrema puidibundez. Obcecado por su estricto sentido de la fidelidad (conyugal, supongo) o por unos celos caninos, no permitía que me acercase a su vecina, digo a su dueña. Lo bajamos del coche y empezó a ladrar. Lo subimos y nos bajamos nosotros. Además de que el perro seguía ladrando, hacía un frío de mil demonios. Estaba bien por sus pechos, que se pusieron deliciosamente duros, pero no había quien aguantara ahí afuera. Así dos horas.

Otra vez los tres dentro, agarré el volante y suspiré por no aullar.

—¿Buscamos una habitación en algún sitio?

—Vamos hacia arriba, a algún pueblecito de la sierra.

Entonces allí, en mitad de la sierra, el perro que se larga por la ventanilla, y nosotros, otras dos horas llamándolo, silbándole, buscándolo, enbarrándonos, encabronándome, el lateral del coche destrozado, la líbido a la mierda y la sensación de ser el tipo más ridículo desde Adán.

La segunda vez que derrapamos no fue culpa del perro. No se le ocurrió otra cosa a la muy pava que, lloriqueando para pedirme perdón y prometiéndome nuevos días de gloria, abrazarme en plena curva. El barranco tenía siete metros, mi coche siete meses y siniestro total y yo siete huesos fracturados.

Pero lo peor de todo fue la cara de mi mujer en el hospital, una cara que se reía muy seria mientras me decía:

—Sabía que contigo no había nada que temer.

Via del Portone 11

Me desperté de repente, saliendo en un instante de un sueño profundo, no con la intuición sino con la absoluta certeza de que en la habitación había alguien. No me estremecí, ni tuve miedo. Con los ojos abiertos de par en par, intenté distinguir en la oscuridad un perfil, una sombra, una sensación de movimiento en el aire, pero nada se movió, ningún ruido hendió el silencio ni la oscuridad. A tientas, encendí la lámpara de lectura. Estaba solo en la habitación. Todo estaba donde y como debía estar. Mis ropas, desparramadas sobre la banca de madera; la estufa de gas, apagada en el rincón de la izquierda; la puerta del baño interior, entrecerrada; alguna pluma escapada del edredón con una esquina descosida, inmóvil en el suelo; el habitual aire frío, casi gélido, de la habitación con la calefacción apagada. Nadie más, aparte de mí, pero en mi piel sentía aún esa presencia. Me levanté, abrí la puerta del baño, me asomé: nada. Permanecí un segundo de pie, descalzo sobre las baldosas heladas, sorprendido por el modo incoherente y rotundo en que me

había despertado y, más aún, de verme allí, desnudo en mitad de la habitación buscando quién sabe qué o a quién. Me volví a arrebujar bajo el edredón, todo plumas que volaban, y me dormí de nuevo, casi al instante, como si nada hubiera ocurrido. No recuerdo haber soñado. No le dí mayor importancia y pensé que sería mejor olvidar el asunto.

Vivía en una casa de la *giudecca*, el antiguo barrio judío de Reggio-Emilia. Era una casa de tres plantas, alta y estrecha, en Via del Portone 11, antigua al menos trescientos años, según lo que me había contado el vecino del taller de restauración que veía trabajar desde la ventana del salón, y con quien a veces charlaba un rato, cuando volvía por las tardes de Bologna.

Se veía que era antigua, o solo vieja, por el estuco resquebrajado de la fachada, por la puerta de madera bastante deteriorada, pudriéndose ya por abajo, y por la estructura interna de la casa, toda ella huecos y vanos, escaleras estrechas y habitaciones absurdas. Tenía un sótano lleno de libros, viejos uniformes militares, mochilas y cacharos de esquí, entre tantas otras cosas. Pasé allí dentro muchas horas, registrando baúles y estanterías y aún conservo algún libro tomado en préstamo y que no llegué a devolver, más por despiste que por ganas de conservarlo. Dudo que

nadie lo echase en falta.

Solo el enorme salón era acogedor en aquella casa (aunque quizá la palabra "acogedor" sea excesiva) gracias a las dos altas ventanas que daban a la estrecha calle y a la vieja *Becchi*, una estufa de terracota tan alta como yo, y de la que solo me separaba, cuando estaba en casa, para ir al wáter o directamente a la cama. Hacía mucho frío en aquella casa, hacía mucho frío en Reggio-Emilia aquel invierno.

Había acabado allí por casualidad. Tras llegar a Bologna en octubre, no había conseguido encontrar un alojamiento que fuese a la vez habitable y económico. Más aún, no había encontrado ninguno que no fuese una pocilga, un robo o, la mayoría, ambas cosas. Casi desesperado tras varias semanas de búsqueda, una mañana de domingo había ido a visitar a Andrés, un compañero de facultad que vivía en Reggio-Emilia, una ciudad cercana a Bologna.

Por diferentes motivos, Andrés estaba buscando un apartamento para compartir con alguien y fue fácil ponernos de acuerdo para buscar juntos. Había una buena combinación de trenes y, como yo solo tenía que ir a Bologna dos días a la semana para los seminarios y las consultas de biblioteca, en Reggio podría trabajar tranquilamente en mi tesis, disponiendo de una casa tranquila. En

solo media hora escasa de tren, me podría acercar a Bologna cuando hiciera falta.

Unos días después de mi llegada a Reggio, Andrés encontró la casa de Via del Portone. El joven que nos la alquiló prefería vivir en un moderno apartamento de las afueras. Solo nos pedía dejar en el sótano todas las cosas viejas que habían pertenecido a su padre, capitán de aviación ya desaparecido, y con las que no sabía muy bien qué hacer, aunque no quería malvenderlas o tirarlas. Para nosotros no suponía ningún problema. Y, por lo demás, el precio del alquiler era sorprendente, pagándolo entre dos me permitía incluso comer casi todos los días. Nada mal para un becario que estaba preparando la tesis: casa grande y estómago (casi) lleno. Por lo demás, como Andrés pasaba mucho tiempo fuera, la casa era casi siempre toda entera para mí.

De las dos habitaciones del segundo piso, Andrés había elegido la grande y yo, con la vana esperanza de que resultase también la más caliente, la pequeña. Los primeros días sufrí un frío antártico en aquella cama turca, la otomana la llamaba, con dos mantas de la segunda —o de la primera, quién sabe— guerra mundial, bajo las cuales me enterraba en vida, sin epitafio, y que más que calentar, apabullaban. Una amiga caritativa me prestó ese generoso edredón de plumas medio

descosido que daba a la habitación un ambiente rural o celestial, según la música o la hora, con la ventaja de que no había cacareos de gallinas ni ángeles revoloteando. O eso creía yo.

Del invierno en aquella casa recuerdo los muchos libros que leí sentado en el antiguo y hermoso escritorio de piel y madera; el *chianti* y la *grappa* bebidos cada noche para intentar calentar el frío; la pesada bicicleta china encontrada en el patio, que me reparó un amigo relojero, con herramientas de relojero; y los dedos ateridos delante de la vieja *Becchi*, intentando que recuperasen la movilidad para seguir escribiendo. Y de aquella noche en particular me quedó grabada la extraña certeza que tuve. Después de todo, no había bebido tanta *grappa*, creo, ni era ni soy más miedoso de lo normal —de haberlo sido no habría durado ni diez minutos en Via del Portone 11— y quizá ni siquiera la recordaría si Andrés no me hubiese escrito algunos meses después de mi partida. Él también se había marchado de Reggio-Emilia y me escribía desde Berlín. Entre otras cosas me contaba:

Cuando estaba preparando la mudanza de Via del Portone 11, me acerqué a saludar al vecino del taller de restauración para despedirme. Me aseguró que habíamos sido muy valientes viviendo allí, sobre todo tú, que pasaste tantas noches de invierno solo en aquella casa. Curioso y sor-

prendido, le pregunté que por qué valientes. Él pensaba que sabíamos lo que había ocurrido en aquella casa. Sonrió por mi —por nuestra— ignorancia. El aviador, el padre del chico que nos había alquilado la casa, algunos meses antes de nuestra llegada, se había pegado un tiro en la habitación donde tú dormías.

Helsinki

Cuando Teresa abrió la puerta supo que él había estado allí. No podía adivinar por qué. Nada había cambiado desde que dejara la casa, solo dos días antes. Cada cosa ocupaba su lugar, fiel a su perfecta inmovilidad, pero tuvo la certeza de que algo se había alterado en esa relación invisible entre los objetos que hacen que un sitio sea solo ese sitio, como si la presencia de él en ese espacio hubiera podido resquebrajar las paredes, los escasos muebles, el sofá, los cuadros, con invisibles fisuras que al menor movimiento, al menor roce, harían que todo se desmoronase. Nada se había movido, no había dejado ninguna huella perceptible, por supuesto, el olor de su cuerpo o el de sus cigarrillos, una mancha de barro en el parqué, una luz encendida, una puerta entreabierta. Nada. La pulcritud con que Teresa mantenía el aparente desorden de su vida estallaba ahora en silencio para reflejar un caos menor, intuitivo y falsamente exacto, ya nada le pertenecía en este otro lugar que había sido símbolo de una búsqueda incierta. Ahora, para ella, solo era la huella de un error, de otro fracaso.

No acabó de entrar en ese apartamento que ya nunca podría volver a considerar como un lugar posible. Cerró la puerta con suavidad, sabiendo que jamás podría volver a vivir allí, ocurriese lo que ocurriese. Al girarse en el pasillo lo vio, apoyado en la pared junto al ascensor abierto. Se miraron apenas. Él entró en el ascensor despacio, la puerta automática se cerró con un ligero siseo, haciéndolo desaparecer. Por un momento, Teresa dudó: ¿había estado allí, lo había visto en realidad frente a ella hacía apenas un instante? En alguna parte comenzó a sonar un teléfono que nadie descolgaba. Estuvo esperando que alguien lo hiciera, como si esperase una señal para marcharse, pero quien llamaba se cansó de esperar y el pasillo quedó de nuevo en silencio. Se dirigió hacia la escalera, evitando utilizar el mismo espacio cerrado en el que él acababa de respirar. En el tercer escalón se sentó al notar que lágrimas inesperadas, tímidas y leves, querían expresar algo que ella no podía sentir. No sabía por qué lloraba. ¿Era necesario o también llorar era una rutina?

Los animales se percatan de las cosas cuando ocurren, no necesitan pruebas, confirmaciones, desmentidos, preguntas. Lo saben. Y él, como un perro, como un perro viejo, también lo supo así. Estaba ocurriendo, sin más. Aunque era como si ya hubiese ocurrido hacía mucho tiempo, o em-

pezado a ocurrir, al menos. Sabía de dónde procedía todo y a dónde iba a parar. Todo, no solo su vida con Teresa, todo había dejado de tener sentido, despacio, con una lentitud imperceptible pero imparable. Descubres un dragón, un barco, un guerrero, un elefante, en una nube grande y plácida que domina el cielo. Sin embargo, poco a poco se va desvaneciendo, aunque aún lo veas, el dragón, el barco, el guerrero, el elefante, mientras va perdiendo su forma, difuminándose su perfil, deshilachándose en otras nubes que son otras formas pero no ya tu dragón, tu barco, tu guerrero, tu elefante. Creías que podría estar siempre ahí, pero de repente ya no lo ves más. Ha desaparecido, pero ¿en qué momento?

De pie en la barra de un bar, miraba las botellas, pensando en nubes y elefantes, removiendo absorto la taza vacía de café. No quería emborracharse, ya se encontraba bastante confuso, anquilosado en una estupefacta ebriedad que le devolvían los espejos de los ascensores, las lunas de los escaparates, las ventanillas del metro, los sucios charcos de esa tarde lluviosa, en forma de rostro ausente, hierático como el de una mascarilla etrusca. ¿Qué había ocurrido, en realidad? ¿Le importaba acaso o solo habría debido importarle? Habría podido abalanzarse sobre la rabia de los hechos, cabalgar su ola, le hubiera

supuesto un considerable alivio, supuso. Decidir, gritar, reprochar, aceptar, luchar, perdonar. Para nada. Conocía el mecanismo pero sabía que no intentaría hacerlo funcionar. Más por pereza que por orgullo. De todos modos ¿habría podido, sin saberlo, fingir más? ¿No era una oportunidad que esperaba desde hacía tiempo, que sabía que se le presentaría inevitablemente? ¿O era precisamente que Teresa se hubiera adelantado y le hubiera ganado la mano lo que le dolía y lo alegraba a la vez? ¿No llevaba tiempo buscando el coraje necesario para pensar de nuevo su vida? Y, después de todo, en un par de segundos, sin tener que hacer nada, con la sencillez de las cosas importantes, todo se había resuelto. Sin quererlo, Teresa había decidido por él. Como cualquier traición, también esta tenía algo de ridículo, de patético, de caricatura de la vida.

No quería analizar, odiaba esa palabra, no quería recordar ni pensar en todo el asunto. Solo estar ahí, mirando su rostro ausente en el espejo de un bar, perdido entre botellas que nunca bebería, dejando que la tarde no pasase, que siguiese ahí con su cielo sucio y su luz de ciénaga.

Lo más sencillo era marcharse, alejarse, huir. Así que fue lo que decidió. Sin más. Llevaba encima algunas tarjetas de crédito y eso bastaba. No le importó que lo pudiesen localizar. Eso haría que no se preocupasen. ¿Quién?, pensó ¿Teresa?,

¿mis amigos?, ¿en el trabajo? No quiso pasar por casa. Sabía que no habría ocurrido nada en caso de hacerlo, podía haber preparado alguna maleta, la vieja mochila, pero prefirió ir directamente a la estación y coger un tren. Al norte. A cualquier norte posible. No era cuestión de enfilarse hacia Helsinki. Aún no.

Helsinki, la ciudad blanca, la ciudad de hielo. Lejana, ausente y fría como la belleza. La ciudad de los sueños geométricos, de las visiones, de las promesas, de los deseos. La ciudad del silencio. El último refugio tras todos los fracasos, cuando ya nada más quedara, cuando todas las oportunidades desperdiciadas se amontonaran como periódicos viejos a sus pies, amarilleando, apestando a la podredumbre de sus viejas noticias, sus desgracias, comentarios, programaciones, asesinatos, ahora ya pasados, absolutamente inútiles, cuando su vida no fuera más que algo parecido a un montón de viejos papeles, cuando todo fuera parte del pasado, parte del fracaso, parte del futuro que no fue, cuando nada importara demasiado o cuando ya nada importara en absoluto, entonces quedaría Helsinki. La ciudad del olvido.

Al principio del viaje, en el primer tren, se sentó, tenso e incómodo, y miró alrededor buscando un asidero, una mínima causa que le permitiera relajarse. Empezar, tenía que empezar de nuevo, qué infinita pereza. Los demás viajeros entraban y salían buscando su asiento, cargados con ma-

letas bolsos mochilas paquetes. Se saludaban y se despedían en los andenes, corrían, se aburrían en los bancos. Nada nuevo. Él, inmóvil entre la gente, ensimismado, solo se sentía cansado. Cerró los ojos cuando el tren partió. Los viajeros se fueron calmando y la noche llegó para todos, haciéndoles dormitar o leer o simplemente desplazarse en silencio a través de la fría noche. Se fue sintiendo mejor a medida que la noche avanzaba, a medida que se alejaba. Parecía dormir pero en su cabeza, mientras buscaba inútilmente el sueño, cruzaban ideas a ráfagas, pensamientos que restallaban como latigazos de luz, adquiriendo de repente un sentido inesperado, absoluto. No hay nada más allá de las cosas. Verdades incoherentes y absurdas que eran simples motivos para seguir viviendo, mantras que desgranaba lentamente para comprender el porqué de ese vacío, de esa indiferencia. No hay nada más allá de las cosas. El mundo es externo y eterno, pero solo puedo verlo desde dentro y por poco tiempo. Desde fuera, hacia afuera, no hay nada. Solo soy parte de él. En el tiempo limitado, mínimo, que me corroe. Parar el tiempo, detenerlo. Soy lo que dicta mi pasado. Mi pasado es hermoso, cierto y sólido. Es mentira, una gran mentira. Es mi destrucción, es mi condena. Parar el tiempo, detenerlo. Volver a sentir su paso para olvidar. Para saber. No recordar, no sentir nostalgia, ni del pasado ni del

mañana. Olvidar. Para saber. Para no saber.

Se sucedieron los trenes y las ciudades, los andenes y los restaurantes, los hoteles y los autobuses, los bares y los parques, la gente, con normalidad, con monotonía. De esos días guardaría pocos recuerdos. No se trataba de recordar, sino de seguir. No era, o no era sólo, un viaje. Era el viaje. El único posible.

Poco a poco recuperó, convaleciente de un dolor indefinido y abstracto, la capacidad de percepción, la voluntad de estar, el interés por un detalle, la sonrisa. Una comida desconocida, un atardecer cerca de un río, el caos del tráfico en una hora punta, (en una hora puta, sonreía), un anciano con aspecto de sabio, probablemente tan ignorante como él, la seriedad de tantos rostros concentrados en su vida, le provocaban sensaciones apenas conocidas, como si todo le ocurriese por primera, o por última, vez, como si cada momento fuese único. Pero aún se sentía distante, lejano, como recién amanecido, un extraterrestre, el hombre invisible, en un mundo ajeno que no lo percibía. Había saltado en marcha, había parado su máquina, la misma que había compuesto durante años sin apenas concebir su forma, sus mecanismos internos, su finalidad. Quería romper todos los vínculos con su vida, con su pasado, si eso era posible. Había decidido. Bueno, Teresa

había decidido por él. En cualquier caso, qué importaba su valentía o su cobardía, de qué podría servir saberlo. Se había prohibido recordar, así que ya bastaba, no debía pensar en lo que había ocurrido, como tampoco quería saber qué haría mañana.

Ninguna ciudad era el destino final en su viaje. Cogía trenes regionales para acercarse a ciudades de extraños nombres, a pequeños pueblos que encontraba anunciados en los horarios de las estaciones, cambiando de región, de país, sin establecer ruta alguna, deambulando por lo que él consideraba el principio del norte, su frontera, una línea oscilante, imaginaria, de sensaciones, que lo introduciría poco a poco en el Gran Norte. Era ahí a donde quería dirigirse, no a donde quería llegar.

Apenas había visto, recorrido, olfateado una ciudad, un pueblo, buscaba otro tren. Seguía su camino. Cuanto más lejos se encontraba, mejor se sentía. Y sin casi darse cuenta, empezó a sentirse alegre, en ocasiones casi eufórico, aunque no sabía por qué.

Abandonó la estación y se adentró en la penumbra que algunas farolas intentaban deshacer con desgana, impotente su halo amarillento que se iba confundiendo con la niebla hasta desaparecer en la oscuridad grisácea de las aceras. Era

como volver de nuevo al túnel que había atravesado para llegar a la isla. Creyó que un puente comunicaría las dos islas, pero algunos kilómetros después de abandonar Fionia, el puente se sumergió en el mar que debía de existir al otro lado del cristal. El mar que no podía ver pero que sabía allí. Puente o túnel no importaba, todo era oscuridad al otro lado de la ventanilla. Y ahora era como estar de nuevo allí dentro, sumergido en la niebla, paladeando el amargo sabor a sal que era la única presencia del mar.

Caminó durante horas entre viejos edificios de una ciudad que no podía existir, una ciudad de otro tiempo, salida de un cuento o de un sueño, con sus grandes mansiones de altas chimeneas y amplios ventanales de madera que intentaban devorar las pocas horas de luz que el invierno permitía, de una luz que la lluvia hacía opaca y débil en su cansino caer de días y meses. La gente caminaba o esperaba el autobús tranquila y triste bajo la lluvia; entraba y salía de las tiendas, de los altos portones de las casas de piedra rojiza, de los cafés, cabizbaja, encogida como si acabase de conocer el frío, aterida por esa oscuridad que la niebla distribuía en todos los rincones con injusta equidad. Aún no era Helsinki, solo Copenhague.

—¿Hacia dónde se dirige?

Más que alto era grande, imponente y, por su-

puesto, rubio. Pretendía ser amable y lo era. No le importó hablar con él. Aunque no respondió a su pregunta. Tomaron varias copas de aguardiente y comieron arenques con pan de centeno, y cerveza. El aguardiente se llamaba *akvavit* y el café *Gråbrødetorv*. Como el barrio, explicó el hombre. Impronunciable, comentó él.

—¿El café o el aguardiente?

—Imbebibles los dos, por supuesto.

Sabía que no recordaría los nombres dos minutos más tarde. Se presentaron y siguieron hablando de la lluvia, de la niebla y del largo invierno del norte, cosas que ya suponía. Que no le importaban.

—No me ha dicho hacia dónde se dirige.

—¿Por qué supone que me voy a alguna parte?

—No creo que haya venido aquí para quedarse.

—¿Quién sabe? Quizá busque un trabajo... Aún no sé si quiero trabajar.

El hombre habló de su ciudad y su trabajo, con cariño y distancia, con frialdad, hilando en un mismo discurso vikingos y barcos portacontenedores, bacalao de Terranova y sal de España, distribución de mercancías en los estados bálticos, ya sabe, y Rusia, Finlandia...

—Conoce Helsinki.— afirmó él.

—Por supuesto.

—Hábleme de Helsinki.

—No hay mucho que decir. Hace frío ahora.

Mucho. Por lo demás, como cualquier ciudad, hay que verla, vivirla. La ciudad la llevamos con nosotros. Somos nuestra propia ciudad.

—Quizá me dirija a Helsinki. Quizá yo sea Helsinki.

—Está usted bromeando.

—No, en serio. Quizá vaya, pero no tengo demasiada prisa.

Dejó atrás el barrio, saliendo con alivio de entre esos bloques idénticos de apartamentos rojizos y sucios, hartos de pisar charcos de barro helado que crujían igual que las botellas rotas que había en cada esquina. También las ciudades de cuento tenían su estercolero humano, sus yonquis encogidos en los callejones, sus borrachos delirando, sus prostitutas heladas.

Al enfilar la zona portuaria la humedad del aire cambió, se adensó con el olor a aceite y gasoil, a pescado podrido, a herrumbre y salitre, olores que la lluvia tenaz no conseguía limpiar nunca. Se reconoció en esos olores particulares, era como estar en cualquier puerto. No es que hubiera estado en muchos, pero los había leído y ahora era como abrir un viejo libro.

Se dirigió hacia los barracones que le había indicado el hombre del café. No recordaba su nombre, aunque era probable que lo hubiese escrito en la nota que le había dado para presentar

al encargado de la compañía. Cansado de tanto andar, empapado, olvidado ya el calor del aguardiente, le parecía absurdo encontrarse ahora en mitad de un puerto, a esas horas, pensando en hacerse marinero como en las viejas historias de hombres que abandonan todo, se enrolan para conocer mundo y acaban en los fogones, en las sentinas, en las bodegas de cualquier mastodóntico petrolero. O eso o la legión extranjera, sonrió. Qué tópico. Pero el hombre del café —¿Smussen, Smansen?— no le había propuesto ser marinero en ninguna nave, solo le había ofrecido un camastro en un albergue del puerto, lo que le había parecido más atractivo que buscar una pensión. Solo por sentirse un personaje de Conrad por unos días. Solo por eso, quizá.

La lluvia arreció. Por más que caminaba no parecía disminuir la distancia hasta los barracones del fondo del puerto. Un viento polar, qué podía esperar, batía contra su cara. El agua le entraba por el cuello haciéndole estremecerse. Intentó apresurarse, aunque no consiguió avanzar perceptiblemente.

El vino caliente con especias lo hizo renacer, le prestaron un grueso jersey de lana, y se pudo echar a descansar en una litera. El albergue era un almacén reconvertido en una especie de gran dormitorio común. Una enorme estufa de carbón ocupaba el centro y en una pequeña cocina se

preparaba café, té, sopa y vino caliente. Tumbado en la litera se aburría, aún no era tiempo de dormir para él, pese al cansancio acumulado durante un largo día de viaje. Se sentó al lado de la estufa, apoyados los codos en la gran mesa de madera sobre la que colgaban dos lámparas bajas, como para jugar al póker, garabateando frases en viejos papeles de la compañía, mientras cruzaba alguna lacónica frase con Jansen, el único marinero que se mantenía más o menos despierto, más o menos borracho. Los otros cinco o seis con quienes había cruzado un saludo al llegar dormitaban ahora en sus literas. Todavía era temprano incluso para ellos, aún quedaban muchas horas de esa larga noche del Mar del Norte, pero no tenían nada mejor que hacer, salvo descansar, beber, esperar. La lluvia lenta que había caído durante todo el día, que caía desde hacía semanas, según le habían comentado, se había transformado en una lluvia recia e imprevisible que el viento lanzaba en violentas ráfagas contra las altas ventanas del barracón.

¿Cómo es el mar? ¿Una bestia engreída de quien solo conocemos el erizarse de su piel y el agitarse de sus cabellos? Si somos incapaces de concebir su tamaño, su inmensidad, ¿cómo podríamos entonces sospechar siquiera su fuerza, su potencia? El mar es inconcebible como un dios. Terrible es su violencia y hasta su blanca espuma es violenta. En la

oscuridad, cuando no llegas a verlo y solo sientes su rugido profundo, su latir vehemente, su bronco gemido de dios-monstruo, el latido de su desmedido poder, se hace aún más terrible...

En un folio amarillento intentaba describir, con la torpeza de un hombre de montaña, el mar embravecido que aún no había visto, que solo podía oír, presentir en el bramido ronco, cercano, que llenaba la habitación, mientras también a él lo iba venciendo el sueño...

Aún dormido, confuso y asustado, vio cómo a su alrededor los marineros saltaban de sus literas a los gritos de Jansen y empezaban a correr como poseídos, buscando los impermeables, cogiendo hachas, linternas, garfios, cuerdas, poleas, cada uno lo que sabía utilizar, lo que creía útil; él único que no sabía qué coger, ni para qué, era él. Alguien le tendió uno de los impermeables de lona amarilla. Se fue con ellos sin saber bien a dónde, ni qué podría hacer. Salieron a la noche oscura, más aún bajo la lluvia que venía de todas partes, y corrieron hacia el malecón. Los demás hombres se gritaban, no podía saber en qué idioma, quizá hablasen ahora en danés, en noruego, en sueco, pero él no podía entender nada, apenas podía oírlos. Era ensordecedor el bramido del mar que el viento llevaba enloquecido de un lado para otro.

El mar era una muralla de espuma del que solo se podía entrever una violenta línea blanca erizada, agitando mil brazos y descargándolos con rabia ciega y gratuita. El agua llegaba hasta él pulverizada, como vidrios estallándole en la cara. El feroz azote del agua y la sal heladas, que el viento empujaba caprichosamente por todo el muelle, hacían imposible prever de donde vendría la siguiente ola, el próximo golpe de mar, la siguiente embestida de la fiera.

Entonces pudo ver que dos remolcadores habían enfilado la bocana del puerto para intentar echar cables a un velero, pero el balanceo de las olas era demasiado fuerte y la zona hacia donde la deriva arrastraba el barco demasiado peligrosa para que se pudieran acercar. Solo se le podría ayudar desde tierra si la nave se acercaba lo suficiente o si quedaba embarrancada, a merced de las olas. O si naufragaba. Parecía un buen barco, grande y resistente. Pero esa noche de nada le servía, no podía maniobrar, mero juguete a merced de las olas y el viento que le impedían entrar a puerto, arrastrándolo hacía las rocas del rompeolas. Tampoco él podía casi mantenerse erguido mientras avanzaban por el espigón. Aquello era una absoluta locura. Esos hombres intentando, impíos y temerarios, enfrentarse a aquel mar. Desde alguna parte de sí mismo sintió nacer una nueva fuerza que pretendía renunciar (¿el can-

to de las sirenas!?), algo que lo impelía a dejarse llevar por el viento, dejarse arrastrar hacia quién sabe qué escolleras, qué arrecifes...

En ese despiste de un segundo, en ese pararse a escuchar, lo sorprendió la ola. El agua helada que lo empapó le produjo más pánico que frío, pero no tuvo tiempo de estremecerse, sintió de inmediato la potencia del agua, y pensó que lo arrastraría por el muelle y le destrozaría algún hueso contra el parapeto de hormigón que les cubría el flanco o contra alguna oxidada barra de hierro. Pero la ola lo engulló y lo llevó con ella de vuelta a la más terrible oscuridad. Al frío se unió el silencio ronco de las profundidades. Mientras descendía en el negro pozo, el primero, todo fue vacío alrededor. Pero intuyó que volvería a salir, al menos una vez, la despedida definitiva antes de desaparecer. Le sorprendió poder pensar que ya no sería uno sino todos sus huesos los que se quebrarían cuando la ola lo lanzase contra el muelle, contra el rompeolas o contra cualquier otra cosa si antes no se ahogaba; el mar regurgitaría aquel excremento del mismo modo que lo había tragado, sin percatarse siquiera de ello, ajeno a todo, concentrado en su negra y fría furia. Y casi veía ese rechazo como una esperanza.

Las olas lo zarandeaban arriba y abajo, sin decidirse aún a engullirlo para siempre o devolverlo a una tierra que no lo esperaba especialmente.

Cuando emergía, no conseguía ver ni oír nada que no fuera el tremendo estampido bronco y continuo del agua a su alrededor. Casi no podía nadar con la ropa empapada, las botas que lo arrastraban hacia el fondo. Consiguió deshacerse con dificultad del impermeable, tirando del cordón de la cremallera delantera, pero sabía que con las botas cualquier esfuerzo sería inútil.

Intentó elevar la cabeza sobre las aguas en una de las embestidas que lo elevaban algunos metros durante una fracción de segundo antes de dejarlo caer de nuevo en la negrura del mar. Eran los peores momentos, y los más duraderos, cuando su minúsculo cuerpo helado se enfrentaba a olas de varios metros que intentaban abrirse paso enloquecidas en un caos de espumas y rizos, de corrientes y vacíos que lo hacían hundirse durante largos momentos en los que todo desaparecía en un vertiginoso caos. Había perdido la orientación y no sabía a qué distancia podría encontrarse el muelle, así que era inútil, además de imposible, intentar nadar en cualquier dirección, salvo para mantenerse a flote. Al fin, en uno de los innumerables vaivenes, se elevó violentamente y vio pequeñas figuras moverse entre luces que emitían débiles rayos de luz que se desintegraban como a través de un vidrio esmerilado. Intentó gritar, agitar los brazos, dirigirse hacia allí, pero una mole de agua pesada y negra como todo un mar

le cayó encima y lo sumergió. Supo que ya no saldría de nuevo a la superficie. Y que nunca llegaría a Helsinki.

Perplejidad

Las amplias curvas de la autovía se suceden lentas. Hay momentos en que me parece despertar, aunque sé que no me he dormido. Intento recordar los últimos minutos, pero es inútil, soy un autómatas conduciendo con gestos mecánicos, mientras mi atención se centra en otras cosas, las nubes hacia el oeste, las encinas en lo alto de la loma. Estoy cansado, la monotonía de la autovía no parece que me pueda ayudar, debería parar, lo sé, desentumecerme caminando unos pasos, tomar un café, pero sigo conduciendo hipnotizado hasta que todo comienza a dar vueltas a mi alrededor, el horizonte se convierte en una línea continua sin comienzo ni final, el coche gira sobre sí mismo haciendo trompos, como si se deslizase sobre una enorme mancha de aceite, como si una mano lo hubiese hecho girar como una peonza. De repente, todo es silencio. Un vertiginoso vals mudo me lleva a estrellarme contra el guardarraíl, derribándolo. Salgo despedido por el aire, y en ese breve vuelo, durante esa décima de segundo antes del choque contra el fondo del barranco,

no veo pasar escenas de mi vida, ni descubro, por fin, la verdad, no veo ninguna luz al final de un túnel, ni siento mi vida como un todo lleno de sentido que me lleva hacia donde siempre he debido estar. No tengo miedo pero sé que voy a morir. Que estoy muriendo. Tengo una vieja sensación de *dejà vu*, de escena vivida, oída, leída en alguna parte y entonces recuerdo la carta que me ha traído hasta aquí.

Hojeando mis viejos escritos —ser poeta ya no era una ambición mía, ni mi manera de estar solo, remedando a Pessoa—, una tarde lluviosa de otoño, quizá buscando el deseo de escribir perdido, encontré entre viejos poemas, relatos sin acabar, esbozos de novelas y demás restos de mi naufragio literario, la carta. Habían pasado más de veinte años desde que la había leído en el periódico, en ese mismo papel amarillento que había sobrevivido entre folios garrapateados. Recordé que, en su momento, la había guardado porque me había dejado estupefacto. Al releerla sentí la misma extrañeza que tantos años atrás. Y volví a hacerme la misma pregunta: ¿era cierto?, ¿qué había ocurrido en realidad?

En aquellos tiempos aún compraba, cuando podía, el periódico, y lo leía de cabo a rabo. Tenía tan poco dinero que no podía permitirme el lujo de desperdiciar nada. A veces leía hasta las necrológicas. Y, por supuesto, las cartas al director.

Perplejidad

Señor director, quizá usted y sus lectores se queden tan perplejos como yo con lo que me está ocurriendo.

Bajando este verano de La Maliciosa con un amigo, decidimos bañarnos en una poza y cuando llevábamos un buen rato en el agua se desvaneció de repente y se hundió. Sin darme tiempo a coger aire, bajé al fondo, le agarré por la cintura y a tirones pude subirle hasta dejar su cabeza apoyada en una roca fuera del agua, pero antes de que yo pudiera salir, noté que me hundía y perdía el conocimiento. Entonces ocurrió lo que una vez había leído que se sentía en el momento de morir. En una claridad cegadora se materializaron imágenes de momentos intrascendentes de mi vida que pasaban muy deprisa, pero aun así podía retener en mi retina detalles muy precisos de cada una de ellas, aunque lo más asombroso de esta visión era la coherencia que yo encontraba entre unas y otras, como si toda mi existencia hubiera tenido un sentido, lo que es muy extraño, pues nunca antes había sospechado que los actos de los mortales pudieran ser tan coherentes. La última imagen, interminable, me mostraba impotente, mirando cómo me ahogaba yo mismo en La Maliciosa.

Así se lo conté a la enfermera al salir del coma, cuando me preguntó por lo que me había ocurrido, y sin pensárselo mucho me contestó: "Nunca había oído nada parecido, pero es mi obligación decirle que usted está aquí desde hace tres días, después de chocar contra un tractor en la autovía de Talavera".

León Urzáiz, Madrid. El País, 03/12/1990

La perplejidad de su título perfecto, la que debía haber sentido León al saber que su memoria le hacía recordar algo que podía no haber sucedido, había sido también la mía.

Me resultaba extraño que apareciera en las cartas al director. Mi duda era si se trataba de un micro-relato, y por tanto una invención, o de la experiencia real de un lector. En cualquiera de los dos casos no entendía por qué lo había enviado a esa sección. De ser un escritor, es posible que estuviera buscando la manera de hacer público el relato, aun a sabiendas de que sería flor de un día en un periódico. Pero al menos tendría lectores. Si, en cambio, era un relato verídico, hasta el punto en que podía serlo, tampoco entendía que el lector lo hubiera publicado ahí. ¿Buscaba a alguien que lo creyese o, simplemente, contarlo fuera del círculo familiar y de amigos? ¿Hasta qué punto la perplejidad propia y la incredulidad ajena lo habían empujado a enviar esas breves líneas a un periódico nacional?

El autor decía ser de Madrid, o al menos residir allí, pese al apellido vasco. La Maliciosa es un pico de la Sierra de Guadarrama, y sería en alguna poza del Jarama donde León y su amigo se detuvieron para bañarse. Era curioso que el autor no diese noticias de su amigo, si viajaba con él en el accidente de la autovía de Talavera, si se había salvado o no, pues podría haber corrobora-

rado o desmentido la historia del ahogamiento, convirtiéndola en ese caso en una fantasía producida por el shock del accidente. Aunque León no dudaba de haber bajado de La Maliciosa y todos los detalles que recordaba se referían a la poza. Era allí donde se desarrollaba todo lo vivido. El accidente de coche era lo extraño para él. Además, si el accidente había sido en verano y la carta llevaba fecha de publicación de primeros de diciembre, es de suponer que había pasado al menos parte de esos meses en coma.

Evidentemente, todo me llevaba a pensar que era simplemente un buen relato: las reflexiones sobre el momento de la muerte, tan literarias, tan rebuscadas, con la referencia casi borgiana a la coherencia de los "actos de los mortales"; la visión desdoblada del yo, cómo se contempla a sí mismo mientras se hunde en la poza; y, por supuesto, el sentido de lo narrado, la reflexión de fondo, pensar que lo que crees haber vivido resulta ser algo totalmente diferente de la realidad, que nunca puedes tener la certeza de que lo que vives es auténtico, que somos solo memoria y que ésta solo consiste en una serie de sinapsis neuronales que le dan forma arbitrariamente, que si solo somos memoria y esta no es de fiar, ¿qué es la verdad?

Guardé todos mis viejos escritos de nuevo en su archivador, para que siguieran su lento camino

hacia el olvido. Quizá algunos años más tarde, en otro arranque de nostalgia activa, los volviese a ojear, para recordar de nuevo aquellos tiempos, aquella manera de sentir, aquel otro yo.

La carta se quedó entre los papeles de la mesa durante varios días; cada vez que la volvía a ver pensaba tirarla a la papelera, pero posponía la decisión y la releía casi sin querer, volviendo a saborear la extrañeza de León cuando la enfermera le cuenta por qué está en el hospital. Había algo en la historia que yo no acababa de entender, digamos que la intención del texto. Si ésta era inquietar, conmigo lo había conseguido veinte años antes y ahora volvía a hacerlo de nuevo. La curiosidad me mordisqueaba. Me resultaba obvio que intentar saber de qué se trataba después de tanto tiempo sería inútil y, además, tenía poco sentido.

Pero una mañana, sin demasiada convicción ni entusiasmo, tecleé el nombre de León Urzáiz en Internet, aunque la búsqueda no resultó muy esclarecedora. La carta aparecía, fechada y con los mismos datos que yo poseía, publicada en El País, pero nada más. De la existencia de algún León Urzáiz, escasas noticias. Lo primero que pensé es que podía tratarse de un escritor, pero en la base de datos del ISBN no constaba que hubiera publicado nada. Un Urzáiz futbolista, cómo no, aparecía en la mayoría de las entradas de Google. El autor más probable, dado que se dedicaba a

algo más o menos creativo, era un productor de TVE de los 80 que, entre otras cosas, había producido un programa concurso, "A la caza del tesoro", con Miguel de la Cuadra Salcedo, en 1984 y había dirigido la serie "El cuaderno del holandés", basada en el cuaderno de viaje de un tal H. Van Baitover, emitida en 1988. "Desde la costa de Almería a la sierra de los Filabres", era uno de los capítulos. El hecho de que yo entonces viviese en Almería habría podido ser una coincidencia, una "sincronicidad", pero tampoco conseguí encontrar el documental ni nada relacionado con ese holandés errante. León Urzáiz, ingeniero municipal de Larache en 1927, era la última, remota, imposible coincidencia.

No aparecía nadie con ese nombre en las diferentes guías telefónicas que consulté, ni en la provincia de Madrid, ni en Euskadi, ni en Navarra. Busqué en muchas otras provincias, incluso en Almería, pero ni rastro de León Urzáiz. Tenía que resignarme y quedarme con la duda para siempre, así que decidí que olvidaría el asunto haciendo desaparecer de una vez la carta de mi mesa. Pero antes la escaneé y la archivé en el ordenador. No sabía muy bien por qué, pero me resistía a olvidarla.

Durante los días y semanas siguientes seguí pensando a veces en León Urzáiz, en quién sería,

en cómo podría encontrarlo. Si la carta se publicó en 1990, es posible que estuviese ya muerto, aunque si había podido subir a La Maliciosa era porque estaba en buena forma, probablemente no tuviese entonces más de cincuenta años, por lo tanto ahora no tendría más de setenta. Pero en más de veinte años se puede morir de muchas cosas y de muchas maneras. Obstinado, volví a buscar en la guía telefónica, esta vez no a León, sino a cualquier Urzáiz que apareciese. Curiosamente, había más en Madrid (una docena) que en Vizcaya, seis, o Guipúzcoa, uno.

Un escritor, o un detective privado, habría comenzado enseguida a llamar uno por uno a todos los Urzáiz posibles, empezando por los de Madrid, claro, que podían ser familiares de León. Y, pese a que me costó decidirme, por vergüenza y pereza, al final lo hice, los llamé a todos, en Madrid y en Euskadi. Pero nadie conocía a ningún León Urzáiz. A quien me preguntaba por el motivo de mi búsqueda, intentaba explicarle que era por motivos literarios, por unos libros publicados años atrás, y que me interesaba localizar al autor para una propuesta editorial. Y quizá fuera cierto; si León había escrito más cosas, quizá fuese interesante publicarlas. Pero no había ni rastro de León así que, desanimado, desistí de seguir buscando.

Algunos días más tarde recibí un sms que me desconcertó: *León Urzáiz, Calle de Ambrós 20, Madrid 28028*; el número estaba oculto, por tanto no podía llamar ni responder al mensaje para saber quién me había enviado esa dirección, código postal incluido. ¿Quién me enviaba aquella información y, sobre todo, qué podía hacer con ella, de qué me servía? Yo había estado preguntando por León desde mi móvil y desde cualquiera de los más de veinte teléfonos a los que había llamado me podían estar enviando esa información. Entonces recordé que ese código postal, 28028, había sido el mío durante los años en que había vivido en Madrid, cuando había leído la carta por primera vez. Busqué en el mapa de Madrid. Conocía perfectamente esa calle, yo había vivido en ese barrio, la casa estaba justo a la entrada del parque de Fuente del Berro, donde había pasado tantas mañanas leyendo o corrigiendo pruebas de traducción, tumbado en la hierba o sentado en uno de los viejos bancos junto a la estatua de Bécquer. En Google Street la casa no se podía ver, oculta entre palmeras que necesitaban una buena poda, pero yo recordaba aquellas casas con jardín en el centro de Madrid, cuyas ventanas daban a un parque oculto y tranquilo, aunque nadie podía evitar que hasta allí llegase, como un mar de fondo, el ruido de la M30 que lo circundaba algunos cientos de metros más abajo. Quizá allí hubiese

vivido o viviese aún León Urzáiz.

Tardé más de un mes en decidirme a desertar un fin de semana de mis escapadas a la montaña. Tampoco sabía para qué podía ir, ni qué podía sacar en claro de todo aquello, quizás por una vez pudo más la curiosidad que mi pereza. Ir a Madrid era un viaje de seis horas solo la ida así que, para no reconocer que iba solo para acercarme hasta el parque de la Fuente del Berro y visitar la casa, me inventé la excusa de una visita a un museo. Me armé de paciencia y, sin muchas ganas, enfilé la autovía.

Volví al barrio en el que había vivido durante tres años, a la calle donde había tenido mi apartamento de traductor que quería ser escritor, en una ciudad en la que me sentía pequeño, insensato, débil, pobre. En realidad, era todo eso, pero también era joven. Sin mucha convicción, intenté convertirme en un ciudadano más, en un urbanita más, pero no lo logré. La ciudad me derrotó, o yo ni tan siquiera intenté conquistarla. Me marché, feliz de poder abandonarla, a la primera ocasión. No habría imaginado entonces que volvería a recorrer las calles del barrio con esa sensación de vuelta a casa, al menos a la que había sido mi casa durante un tiempo, pero la nostalgia es extraña y paradójica. En realidad, no lamentaba haberme ido de Madrid, sino el tiempo pasado, el tiempo perdido.

Me acerqué hasta la casa de la calle de Ambrós, justo a la entrada del parque. Parecía abandonada. Llamé al timbre, pero no logré oír nada ni nadie salió a abrirme. Esperé durante algunos minutos; estaba claro que allí no había nadie. Estaba a punto de marcharme cuando me pareció ver en una ventana de la casa de al lado a alguien que, probablemente me había observado husmear por la casa. El anciano que abrió después de llamar varias veces al timbre puso cara de extrañeza cuando, al preguntarme si buscaba alguien, le hablé de León Urzáiz.

—Es curioso que alguien pregunte por él después de tanto tiempo. Sí, aquí vivía un tal León. Yo lo conocí poco porque llevaba unos meses en la casa cuando murió, creo que durante las vacaciones se ahogó en algún lugar de la sierra. Nunca ha vuelto a vivir nadie en la casa.

Me despedí del viejo y me marché inmediatamente de Madrid.

Abro los ojos despacio, con un inseguro y débil parpadeo. Todo es blanco, no hay formas ni perfiles y tanta luminosidad es dolorosa. No sé dónde estoy ni en qué tiempo, en qué momento, es un despertar tan confuso que no recuerdo ninguna resaca tan imponente. Tampoco oigo nada, mis sentidos no consiguen transmitirme ninguna sensación. Absoluto nirvana que me hace pensar

en la posibilidad de estar muerto, pero sé que en la muerte no hay conciencia y conciencia es lo único que parece quedarme. Creo saber quién soy o, al menos, que soy.

La habitación cobra vida con una lentitud exasperante. Empiezo a vislumbrar borrosos perfiles, a escuchar sonidos lejanos, extraños ecos amortiguados, mis dedos rozan el algodón de las sábanas y comprendo que me encuentro en una habitación de hospital.

Amable e impersonal, la enfermera me informa de por qué estoy aquí.

—No debería ir solo a la montaña, tiene suerte de poder contarlo, menos mal que aparecieron esos montañeros y pudieron avisar. Aunque era una zona de difícil acceso, el helicóptero consiguió rescatarle con rapidez. Como ya sabe, el factor tiempo es vital en caso de infarto.

Trabajo fácil	7
Love in the close	17
Mañana de verano	27
Poulet au feu follet	39
Ilusiones y fracasos de Fidel Valera	55
Falsa rima	69
Colillas	85
Regreso de Ultramar	109
El club imaginario	145
El ciclista ocasional	155
La vecina	181
Via del Portone 11	193
Helsinki	201
Perplejidad	221

Este libro ha sido editado
y maquetado en el
TALLER DE LIBROS DE ARENA.
Retamar, diciembre de 2012.



ISBN 049371608-1



9 788493 716080 >



Ediciones Perdidas